

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.º 670 y 671

E. GOMEZ DE BAQUERO

(ANDRENIO)

# El valor de amar

CUENTOS



Precio: Una peseta

MADRID, 1922



E. Gómez de Baquero

EL VALOR DE AMAR

CUENTOS



MCMXXI

1989

-8-34  
860



D. **PAESANO** O AUTOR

**Escenas de la vida moderna (Cuentos).**—Madrid, Renacimiento, 1913.

**Aspectos (Diálogos filosóficos y comentarios de costumbres).**—París, P. Ollendorf, 1909.

**Letras e ideas (Crítica).**—Barcelona, Henrich y C.<sup>a</sup>, 1905.

**Novelas y novelistas (Crítica).**—Madrid, 1918, Biblioteca Calleja.

**Soldados y paisajes de Italia.** Madrid, 1918.

R. 112.605 47/1045587  
E. GOMEZ DE BAQUERO

(ANDRENIO)

# El valor de amar

CUENTOS



MADRID, 1922

2606

ES PROPIEDAD

R. 4501680

## EL VALOR DE AMAR

La conoció en Niza. Volvía Eugenio de Montecarlo, en el tranvía, después de haber perdido algunos *luisés* en la gran chirlata de Europa. Más que como jugador había ido como curioso, para anotar entre los recuerdos de aquel viaje de vacaciones la imagen de la encantada ciudad de la fortuna, que acaso no volvería a ver nunca. El viajero, mareado por aquel ambiente febril del Casino, por el tintineo del oro, por el lujo recargado y frío de los salones; caldeado por tantas miradas ardientes de angustia, de esperanza, de placer impregnado de todos los perfumes de las bellezas internacionales ambulantes, tenía clavado en la retina aquel espectáculo, correcto y trágico a la vez, en que muchas gentes, con la sonrisa en los labios, se jugaban la última esperanza de una vida azarosa. Después fué evocando las imágenes de aquel viaje, que había sido un sueño y que un inesperado obsequio de la fortuna en forma de premio de la Lotería le había permitido realizar. Vea París, con su encanto, que se adueña de las almas; Ginebra, cosmopolita y alegre, tendida junto al lago azul y los

montes nevados; Lucerna, con sus puentes cubiertos, su león conmemorativo, sus grandes hoteles, majestuosos y señoriles; Milán, con sus maravillas artísticas, con el *Duomo* de encaje de mármol, con la *Cena* de Leonardo, con sus corsos y su galería llenos del bullicio de una metrópoli de cantantes, de cómicos, de artistas de todos los países; veía, por fin, aquella deliciosa *Riviera*, que hacía anhelar la riqueza con el ímpetu con que se desea a una novia amada. La prosa espesa de la vida iba a echar un velo sobre aquellas encantadoras imágenes. Era preciso dejar todo aquello. Las seis mil pesetas de la Lotería tocaban a su término. No había más remedio que volver a la vida obscura y trabajosa de Madrid, a la sala del Hospital, a la visita mal pagada y a la clientela impertinente con que lidiaba Eugenio en sus primeros pasos de médico desconocido y pobre. Acaso había sido una locura gastar en un viaje aquel dinero llovido del cielo; pero era una locura de que no se arrepentía.

## II

Le distrajo de estas cavilaciones la grácil silueta de una viajera sentada al otro extremo del coche. Era delgada, muy airosa, rubia tirando a castaña. No era muy bella; pero sus ojos, de un verde líquido y cambiante; su boca, fresca, roja y sensual; la nariz un poco respingada, formaban un conjunto atrayente que retenía la mirada, indiferente al principio. Vestía un traje sencillo y elegante de tonos claros,

y sobre el blanco nacimiento del descote, pendiente de un hilo casi invisible de platino, fulguraba un brillante como una gota de agua. Era su única joya.

Eugenio se sintió interesado. No hay como la imagen de una mujer bonita para despejar las nieblas de nuestra melancolía. Una mujer desconocida, que nos atrae o nos intriga al cruzarse con nosotros, es como un rayo de sol que rompe las nubes y las barre. ¡Fuera cavilaciones! «¿Será una cocota?—se preguntó Eugenio—. No; tiene aire de mujer decente.»

Cuando llegó el tranvía a la plaza Massena caían algunas gotas. Eugenio, venciendo su cortedad de forastero novato, aprovechó el incidente para ofrecer su paraguas a la desconocida. Ella, después de una ojeada que le recorrió de pies a cabeza, tras un minuto de vacilación, aceptó. Rehusó un *taxi*. Se separaron a la puerta de la desconocida, quedando citados para el teatro. Al cabo de un *flirt* de pocos días subió con ella a su casa. Era una pensión vulgar; pero en la habitación se notaban pormenores de refinamiento y restos de grandezas... Un soberbio juego de tocador de plata, una cajita de oro para los cigarrillos egipcios, pañitos de encaje y búcaros con flores en todas partes. Lo que más intrigó a Eugenio al principio fué el retrato de un obispo y el lechó Enrique III, con columnas salomónicas y baldaquín de damasco. «¿Será la cama del obispo?», pensó irreverente. Pero Gladys—éste era el nombre de la desconocida—le dijo que los muebles eran de la dueña de la casa, que comerciaba en antigüedades. No había, pues, asunto de leyenda.

Ella le contó que era cantante y que estaba cuidándose la voz en el suave clima de Niza. De las realidades materiales de la vida, de la vil moneda, que ensucia y degrada las cosas más poéticas, no le hablaba nunca. Eugenio, asustado al principio de su aventura, vista la escasez de sus medios económicos, acabó por tranquilizarse, algo avergonzado de no ser generoso. Gladys no le pedía nada. ¿Qué extraña mujer era aquélla? Algunos días la hallaba nerviosa, preocupada, y se decía a sí mismo: «¡Hoy me da el sablazol!» Y luego, al ver que no se confirmaba su sospecha, se arrepentía de la mezquindad de su pensamiento.

Pero la vida en Niza es cara. Excursiones, teatros, flores, comidas de restaurante cuestan un sentido. Hasta el amor desinteresado es costoso. «El que no tiene dinero está siempre en ridículo», pensaba con amargura Eugenio. Y no era cosa de dejar que pagara Gladys. No podía durar mucho el idilio. Era forzoso volver a España. Nuestro héroe era un hombre sensato, que sabía pensar en lo por venir; pero aunque hubiese sido de otro temple, el bolsillo no le permitía locuras.

—Nos volveremos a ver—le dijo Gladys al despedirse, conmovida, pero serena—. ¿Quién sabe? ¡El mundo es tan pequeño! España no está lejos.

### III

Poco a poco la aventura de Niza fué borrándose, perdiendo el calor sentimental, convirtiéndose en uno

de esos recuerdos pálidos y lejanos que nos parecen un sueño. De tiempo en tiempo recibía Eugenio una postal de Gladys o un recorte de periódico que hablaba de la artista. Pasaban meses sin recibir noticias de la ausente, y cuando ya creía en el olvido final, una carta venía a acreditar la persistencia del recuerdo. Un día recibió un cestillo de mimbres lleno de frescas flores. «Te envío—le decía ella—unas pocas de nuestras bellas flores de Niza, ¿te acuerdas?» El resto de la carta era triste. La voz de Gladys iba de mal en peor. De continuar así, no podría seguir cantando.

Hubo otro largo período de silencio. Una tarde, al volver Eugenio a su casa, halló una carta, llevada por un mandadero. Reconoció en el sobre la letra de Gladys. ¿Cómo? ¿Estaba en Madrid? Rasgó, nervioso, el sobre. «Estoy aquí—le decía—. ¿No te dije que nos volveríamos a ver? Te espero...»

Experimentó encontrados sentimientos. Le era grato volverla a ver. Halagaba su vanidad masculina y removía el recuerdo de sus sentidos la reaparición de Gladys. Pero le asustaba hallarse con aquella mujer en los brazos. Sentía la cobardía de los egoístas, que temen echarse encima una carga. Las primeras entrevistas fueron, con todo, apasionadas y felices. Como si le adivinara el pensamiento, Gladys le tranquilizó, diciendo:

—Me voy a estar contigo unos días. ¡Para lo que tengo que hacer! ¡Lo que es con esta voz no puedo buscar contratas!

Lo decía sonriente, animosa, como si tuviera re-

suelto el problema de la vida. Y él mentalmente se decía, cual si le hubieran quitado un peso de encima: «¡Bah, unos días!»

Eugenio se sentía orgulloso acompañando a aquella mujer fina y elegante, que le envidiaban los hombres; mas al propio tiempo su estrechez de ánimo burguesa le inspiraba un vago malestar por la exhibición de aquella intimidación irregular. A veces deseaba que Gladys se fuera; otras veces se dejaba llevar del encanto de su compañía sin pensar en lo futuro, viviendo intensamente el minuto presente.

Daban largos paseos. A Gladys la encantaba el Parque del Oeste. Correteaban por allí como dos novios o como dos recién casados, entre las familias burguesas y las niñeras y los chicos, que usufructúan el parque, al que no ha aprendido a ir el Madrid elegante. Una tarde, Gladys, más animada que de ordinario, se fué quedando pensativa. Parecía madurar una resolución. Por fin habló.

—¡Qué hermoso es este cielo!—dijo—. Tú no sabes lo que me gusta Madrid. De buena gana me quedaría. Mira, yo necesito muy poco. ¡Si tú quisieras!... Como lo he tenido todo, me acomodaría a vivir como una modistilla... Sería bonito, ¿verdad?

Era lo que él temía. Empezó a balbucir torpes excusas, a lamentar su pobreza de un modo forzado y frío. Apenas ganaba para sostenerse. Ella no podría acostumbrarse a la pobreza. En realidad, no decía todo su pensamiento. Gladys le gustaba, sí; le enorgullecía el amor o el capricho de aquella mujer elegante, distinguida, que tenía además la aureola de

las tablas. Pero ¡cargar con ella, sacrificarse, renunciar a la esperanza de una boda con una muchacha rica! Eso, no.

Ella le escuchaba, triste y desencantada, mirándole profundamente, con una sonrisa extraña. Al cabo le interrumpió con un movimiento de orgullo:

—¡Déjalo! ¡No te apures! ¡Qué importa! ¡Para lo que hemos de vivir! ¡Qué hermoso es este cielo! —volvió a decir, tras una pausa, contemplando la puesta de Sol, que incendiaba en púrpuras oros y violetas el horizonte.

Regresaron silenciosos, cohibidos, cambiando alguna breve e insignificante palabra, como para disimular aquél silencio que los alejaba a uno del otro. La ilusión estaba rota.

\* \* \*

«¡Para lo que hemos de vivir!» Aquellas últimas palabras de Gladys, dichas con acento amargo y doloroso, resonaron trágicamente en el alma de Eugenio, cuando al día siguiente se enteró de que Gladys estaba moribunda. La había atropellado un automóvil. ¿Fue una desgracia casual? ¿Fue un disimulado suicidio? Cuando Eugenio la vió no podía ya hablar. Pero le parecía estarla viendo en el parque y oírla: «¡Para lo que hemos de vivir!... ¡Yo no he vivido mucho!» Y un dolor infinito, que no hubiera sospechado, le acusaba de no haber sido generoso, de no haber tenido el valor de amar.

## II

### LA ELEGIA DEL SOMBRERO

En este Madrid, que, digan lo que quieran los reformadores de costumbres, no está hecho para madrugadores, porque las operaciones de la limpieza de las calles le ponen intransitable por la mañana, presencié cierto día el último episodio de la decadencia y ruina, no de un imperio como el que historiara Gibbon, sino de un sombrero, símbolo de otro imperio más duradero y más universal que el romano: el imperio de la moda.

Era, en realidad, un guñapo; pero un investigador sagaz, acostumbrado a descifrar palimpsestos o a husmear antigüedades auténticas en el Rastro o en los rastros particulares de los chamarileros, habría conocido que aquella forma abollada y rota había sido algo. Un barrendero, riendo con risa brutal y estúpida, se lo puso en la cabeza, entre la chacota de sus compañeros en la ilustre orden de la escoba.

—Estás *mu* propio. *Paeces* una *señoritinga*—gritó uno de los jayanes entre carcajadas.

—Tú a mí me...—contestó el otro, continuando con verbos que ruborizarían a la letra de imprenta.

que aun conserva algunos restos de honestidad en estos tiempos de la novela erótica.

El sombrero fué a parar al cabo, como era consiguiente, al carro de la basura. Era una majestad caída, insultada groseramente por la plebe.

Para indemnizarle en algún modo de aquel amargo y lastimoso trance, quiero yo contar a la posteridad sus grandezas, para lo cual no invocaré a ninguna musa, como solían los poetas clásicos, temeroso de que no me haga caso. Me contentaré con llamar en mi ayuda a la imaginación, constante colaboradora de la historia y la musa que tenemos más a mano, la más dócil y complaciente de todas.

\* \* \*

Sí, había sido algo aquel guiñapo. Había sido un magnífico sombrero, modelo de París por más señas; una inmensa seta de turciopelo llena de plumas y cintas, que hubiera parecido una tapadera absurda de una cabeza humana, a no estar por medio la moda, antigua y acreditada bruja, que hace más maravillas que la buena hada de *La puerca Cenicienta*, que convirtió una cáscara de nuez en dorada carroza regia, puesto que aquélla trueca la fealdad en belleza y nos pone delante de los ojos unos anteojos sutiles e invisibles, al través de cuyo color de capricho toman las cosas más grotescas los selectos matices de la hermosura, la elegancia y la distinción.

Éstuvo, pues, el sombrero erguido en la percha del escaparate de una tienda de modas, pidiendo guerra. Una tarde se clavaron en él los ojos zarcos sombrea-

dos artificialmente de una real moza, rubia teñida, vistosa y *epatante*, que iba con un señor entrado en años. La buena moza entró en la tienda, con andar majestuoso de Juno, un tanto cocotesca.

—Pero, mujer, ¿otro sombrero? ¿Qué vas a hacer con tantos? ¿Vas a poner una tienda?

—Voy a ponérmelos. ¿Qué quieres? ¿Que me ponga un sombrerito de cinco duros, de quita y pon? A una mujer de postín no se la regatea una porquería como ésta.

—Pues si es una porquería, ¿por qué lo compras?

—Una porquería es el dinero que cuesta; ya ves, ¡sesenta y cinco duros! Pero el sombrero es una preciosidad. Vaya, me quedo con él.

El sombrero lució unos cuantos días en la cabeza helénica, pero sin seso, de *la Chorritos*, hasta que su voluble dueña advirtió que aquella forma no le iba bien. Precisamente madame Croquette acababa de recibir unos modelos divinos. El sombrero pasó a manos de una corredora, con encargo de sacar lo que se pudiera, aunque fuese diez duros.

\* \* \*

Metido en su caja monumental de cartón, fué el sombrero al teatro de la Opereta. La corredora se dirigió al cuarto de la Pérez.

—Señorita, le traigo a usted una ganga. Este sombrero no se lo ha puesto mas que dos veces la marquesa de H. Pero por el luto, lo da por cualquier cosa. Ya ve usted, veinte duros...

—No quiero trapos ni gorros. Estoy con el agua al

cuello. Este mes me he tenido que hacer los tres tra-<sup>\*</sup>jes. Y luego, ¡ese hombre, que se pasa la vida en el café y no gana dos pesetas... y el chicol ¡Vamos, que cuando una se casa es como si se ahorcara! Ya me lo decía mi madre. No, no me lo enseñe usted. No me voy a quedar con él.

— ¡Si es regalado! Me paga un duro cada semana. ¿Qué es eso para usted? Para cualquier obra tendrá usted que hacerse uno nuevo y le costará un dineral. Y don Eugenio, ¿no le ve usted?; me ha preguntado por usted dos o tres veces.

— No le veo, ni falta. Eso se acabó. Estoy de hombres hasta aquí. Nada de recaditos. Juan es muy bruto, y yo le quiero, y no quiero historias. Conque, doce duros le doy a usted, y si no, se lo lleva.

Sesenta noches lució el sombrero, renovado con algunos retoques, en la gentil cabeza de la Pérez, que en la revista *¡A París, a París!* hacía una cocota traducida que parecía original, según el arte con que la tiple se marcaba un paso de *cake*. Después pasó de mancs de otra corredora a Clotildita Ramírez, una simpática cursi, que le ostentó en Recoletos y en el Recreo Salamanca. Oyó entonces el sombrero, que a medida que se iba haciendo viejo iba volviéndose romántico, la música divina del amor, murmurada bajo su ala, de silla a silla de Recoletos, por un chico que estaba haciendo oposiciones a Telégrafos y los hacía con Clotildita sin oposición de la familia.

Ya bastante machucho el sombrero, Clotildita se lo regaló a Elisa, una alegre modista que le ayudaba a hacerse los vestidos. Entonces sobrevino la catástrofe que anima el final de las historias. Fué en un merendero de la Bombilla, un domingo. El vino, culpable de tantos crímenes, lo fué también del ignominioso sombrericidio. Iba Elisa con unos señoritos juerguistas y unas amigas desenvueltas. Las muchachas se habían quitado los sombreros para bailar. Uno de los señoritos, que estaba ya como una uva, quiso convertir el sombrero en recipiente. La dueña, rabiosa, tiró del gorro para rescatarlo. El gahnápiro se lo arrebató y bailó un zapateado sobre él.

—¡Bruto, animal, *asaúra!* —gritaba, colérica, ella.

—¡Calla, no te pongas pelma; mañana te compraré otro!

Elisa se empeñó en salvar su sombrero. Pero era tarde. Sus amigas la convencieron de que no tenía arreglo. ¿Qué iba a hacer con aquel pingo? Y, al volver, lo tiró desde la manuela en la calle de Peligros.

Así pereciste, infeliz sombrero, que fuiste marco de bellos y pintados rostros, ostentación de lujo de la testa arrogante de *la Chorritos*, instrumento de trabajo sobre los negros cabellos de la actriz, simulacro de elegancia sombreando la carita pálida de la cursí. Arrancaste piropos y aplausos, oíste frases de amor y acabaste pisoteado por un juerguista brutal, como tantas otras delicadezas femeninas. La trapearía te sea leve.

### III

## EL ERUDITO

#### I

Don Julián de las Arenas se frotó las manos con satisfacción, y luego se puso a liar un pitillo de cincuenta céntimos. Había terminado su trabajo del día. En principio, todos los hombres están conformes con el espíritu del tercer capítulo del *Génesis*, en aquella parte que presenta al trabajo como una pena. No importa que el trabajo sea grato, que nos apasione. El suspiro de satisfacción, al dejarle para el día siguiente, es inevitable. Acaso el libre animal del Edén, que corría y jugaba feliz, sustentado por la Naturaleza, hasta que la curiosidad le hizo probar el fruto embriagador del árbol de la Ciencia y nació entonces la civilización con su precio, el trabajo, ha dejado en nosotros tan honda herencia, que siglos de hábitos civiles no han podido raerla por completo.

Alrededor de don Julián, del docto escritor don Julián de las Arenas, como le llamaban ordinariamente los periódicos, bullía un hombrecillo enteco, ratonil, mugriento, con una vil calva de zapatero y

una americana de color indefinible, cuyas mangas protegían unos manguitos. Era el auxiliar del Archivo, que iba recogiendo tomazos y legajos para colocarlos en el lugar correspondiente.

—¡Cuidado que crían polvo estos papelotes!—dijo el hombrecillo.

—Es su ejecutoria—contestó campanudamente don Julián—. ¡El polvo de los siglos!

Aquel polvo que molestaba al pobre cagatintas, encargado de tragársele mientras llevaba de una parte a otra el papelorio, a don Julián le parecía algo venerable y sagrado ungido por el tiempo y que formaba parte de la historia y era uno de los aledaños del saber.

—¿Y qué tal, don Julián? ¿Cómo va eso?—interrogó el otro sujeto, que era de esos que tienen la comezón de hablar, de hablar por hablar, como quien tararea o hace castañetas con los dedos; el *tic* de la conversación en suma.

—¡Phsl, vamos trabajando. Estas cosas, amigo, no se hacen en dos días. Hace falta mucho tiempo y mucha paciencia. He anotado ahí una escritura de venta a censo de una casa y dos majuelos, otorgada a favor de una Ana Farfalla. No sé quién pueda ser, pero sospecho si será una hermana de nuestro Andrés Farfalla de Ataíde, *mi* poeta. ¡Por más que el uso de los apellidos es tan confuso! ¿Cuántos hermanos tuvo Andrés Farfalla? Hasta ahora le he descubierto cinco. Esta familia me va resultando más dilatada de lo que pensaba. Hasta que no dé con el testamento del licenciado Hierónimo Farfalla, escriba-

no de la Real Chancillería de Valladolid y padre de nuestro poeta, no se sabrá nada de hijo. ¿Dónde demonios andará ese testamento? Tres años hace que le ando buscando.

—Usted le encontrará, señor don Julián—dice el hombrecillo del Archivo con tono suave y adulator—; sería el primer papel que se le escapase a usted. Digo yo, a menos que el bachiller, quiero decir el licenciado, muriese *ab intestato* (don Julián frunce el entrecejo). Cuando se publique la *Vida y obras de Andrés Farfalla de Ataide*, acuérdesese de este humilde servidor. A mí me gusta mucho leer esos libros instructivos; pero no hay *pecunia* para comprarlos (el homúnculo calcula para sí que bien darán un par de pesetas o tres por el librote).

—¡No faltaba más! Cuente usted con un ejemplar. Y don Julián, dando una chupada al cigarro, salió majestuosamente de la covacha del Archivo, mientras el otro acababa de recoger los papeles. Al salir a la calle experimentó como un deslumbramiento ante el sol cegador de aquella tarde de otoño. El cielo era de un azul intenso de añil. Pero don Julián no hacía caso de estas cosas.

## II

Don Julián es un reputado erudito. Ha publicado cinco gruesos tomos que al peso valen un dineral, premiados casi todos por Academias y otras doctas e imponentes corporaciones. Ha escrito la puntual

historia de una villa, que hoy es un lugarón de doscientos vecinos, probando que la fundaron los iberos, que un pretor de la Bética anduvo por las cercanías y que faltó poco para que naciera allí un primo de Garcilaso. Ha publicado, con notas que abultan mucho más que el documento, un proceso de la Inquisición seguido a unas monjas milagreras que fueron acusadas de posesión diabólica, y cuya memoria ha vindicado nuestro docto amigo. Se le debe el descubrimiento de un vejamen poético que sostuvo cierta Academia de poetas chirles con motivo de la venida a España de monsignore Pánfilo Bertoldi, Bartolo entre los árcades, vate romano que vino a España de caudatario de un legado papal. Y ahora está escribiendo su obra maestra (don Julián, no el árca de Bartolo). Se trata nada menos que de la publicación de la *Vida y obras de Andrés Farfalla de Ataide*, un poeta del siglo XVII, absolutamente inédito. El hecho de que ningún contemporáneo ni posterior hable del poeta Farfalla intrigó al principio a don Julián. ¿Habría allí algún enigma histórico, alguna obscura conjuración del silencio? Pero más que intrigarle, le entusiasmó. Su poeta era un verdadero descubrimiento, un hallazgo que salía de la nada, del olvido; un personaje completamente inédito, el ideal de un erudito, algo absolutamente suyo, su criatura. Si don Julián hubiera *inventado* a Farfalla, en el sentido de fingir una cosa que no existe, no hubiera sido más creación suya que con esta otra *invención* del hallazgo o descubrimiento de aquel vate completamente desconocido. ¿Qué importa, ante su novedad,

que fuese un poetastro? Y es el caso que don Julián, poco a poco, por el amor que tomamos a nuestras criaturas, se ha ido convenciendo de que Farfalla de Ataide no es sólo un poeta desconocido, sino un excelente poeta, víctima de la injusticia de sus contemporáneos, y ya *in mente* le compara con Lupericio Leonardo de Argensola, y hasta halla que en algunos respectos le supera. Para que nadie caiga en el lazo, insisto formalmente, ahora que no nos oye don Julián, en que Farfalla es malísimo y que el olvido es lo más piadoso para su memoria y sus versos. Si viviera, sería cosa de mandarle a presidio.

Pero es que nuestro don Julián ama sobre todas las cosas lo raro, lo inédito, lo desconocido, lo que no sabe nadie, aunque no importe un comino saberlo. Tener un dato, una noticia, un adarme de conocimiento suyo, absolutamente suyo, le produce la misma voluptuosidad que al celoso la posesión de la mujer, huerto cerrado para todos. Que no le hablen al bueno de don Julián de Cervantes ni de Lope. Eso es conocidísimo, bueno para la multitud (dice *la multitud* con un aire olímpico de desdén). Lo moderno le inspira un absoluto desprecio. La importancia de las cosas necesita cocerse un siglo por lo menos.

### III

Camino de su casa de huéspedes, don Julián va pensando en el testamento dichoso del licenciado Farfalla, que juega al escondite con él hace tres años. Al

llegar se acuerda de que tiene las manos imposibles, llenas de polvo, y sube a su cuarto a lavárselas. // *lavoro onora ma insudicia*, se dice para sí mientras se seca con una sórdida toalla. La reflexión no es suya. Se la oyó decir a una corista italiana, ave de paso que vivió en Madrid unos días bajo el poder de la misma patrona que él. De buena gana don Julián, que no por ser erudito deja de ser hombre, le hubiera puesto los puntos a la italiana, que era graciosa y desenvuelta. Pero un hombre consagrado a la busca y captura de los clásicos ignorados no puede perder el tiempo en estas bagatelas. Además, no sabía cómo empezar aquel descubrimiento, nuevo para él. La corista era, sin duda, una mujer fácil, mas a él le resultaba difícilísima, por la cortedad que sentía. Estaba ayuno en esta asignatura de procedimientos. Habría sido menester que ella le hiciera el amor.

Ya en el comedor, don Julián saluda con afable sencillez a los demás comensales. Casi todos son estudiantes de Facultad. Nuestro erudito siente cierto instintivo recelo hacia ellos, por conocer que son gente traviesa e irreverente, que no retrocede ante ninguna broma, libres de lenguaje y acciones, más amigos de las mozas y de los naipes que de los libros de texto.

—Don Julián—dice uno de los escolares, que es germanófilo hasta las cachas—, ya habrá usted visto que *hemos* tomado a Brest Litowski.

—¿Brest Litowski?—pregunta don Julián asombrado—. ¿Y qué es eso?

El de Brest Litowski suelta la carcajada, y otros le hacen coro.

—Pero, hombre de Dios, ¿es posible que exista un sujeto que no haya oído hablar de Brest Litowski estos días? ¿Usted no sabe que hay guerra? ¿Usted no lee los periódicos?

—¡Ahl, vamos—dice don Julián, que al principio recelaba que Brest Litowski fuese un *camelo* o cosa así—. Eso es de la guerra. Pues, hablándoles a ustedes ingenuamente, diré que a mí la guerra me importa un pito. Eso es bueno para desocupados. Los papeles no dicen mas que mentiras. De suerte que, como tengo cosas serias en qué ocuparme (cosas serias: Andrés Farfalla de Ataíde, etc.) y no me gusta perder el tiempo...

—Usted es de los míos, don Julián—grita un estudiante andaluz—. Esa es la fija. Todas las *trolas* que cuentan los papeles le ponen a uno la cabeza como un bombo, y al final resulta que no se sabe *ná*. En los periódicos no hay *na* que merezca la pena mas que las revistas de toros. He estado leyendo una que se las trae. Habla de la corrida de ayer en Santander, que fué *súper*. Belmonte cortó dos orejas.

—¿Conque Belmonte cortó dos orejas?—dice don Julián.

Y ese nombre Belmonte le parece tan lejano, tan fantástico y le deja tan frío como el de Brest Litowski. Pero no se atreve a decirlo. De Belmonte ha oído algo. Ha escuchado disputas entre los estudiantes gallistas y belmontistas; ha visto que se ponían hechos unas fieras. Teme que le den un abucheo si

declara paladinamente que para él Belmonte es lo mismo que un habitante de la Luna.

Brest Litowski, Belmonte... La conversación no interesa a don Julián, que come de prisa y se va. Quiere aprovechar la tarde. Los estudiantes, que poseen un amplísimo capital de tiempo, se quedan un rato de sobremesa.

—¿Pero habéis visto el chiflado de don Julián?— dice el germanófilo—. ¡No sabe que hay guerra europea! Para él el mundo no existe, fuera de sus papeletes.

—Lo que no está en los autos no está en el mundo—dice un estudiante de leyes.

—Señores, no exagerar—¡ replica otro—. ¿Cómo no va a saber que hay guerra? Lo sabe, pero no le importa, y eso le sucede a mucha gente. Estos sabios están todos un poco tocados; pero no me negaréis que es un tío que sabe mucho.

—Sabrá de qué color eran los calzoncillos del Cid.

—¡Arreal! ¿Sabes tú si en tiempos del Cid se usaban calzoncillos?

—Lo que sé es que don Julián es una especie de escarabajo sabio, que se pasa el tiempo haciendo bolitas con toda la basura de la Historia.

—No—dice un estudiante de Filosofía y Letras—. Es un infusorio, un artífice de lo infinitamente pequeño. Parece que no hace nada; está embebido en pequeñeces, dedicado a menudencias, y, sin embargo, él y otros como él están haciendo un continente que se llama la Historia.

—¡Bravo! Te auguro un porvenir haciendo la com-

petencia a don Julián. Cuando seas catedrático, te veo escribiendo la descripción histórica de los pucheros de Alcorcón desde la época de los celtas.

—Pregúntale a don Julián si tiene coleccionadas papeletas acerca de los pucheros.

—Pregúntale tú si tiene... narices.

—Vaya. Basta de don Julián. ¿Sabéis qué hora es? Las cuatro. Vámonos de paseo, a ver si vemos a esas chicas.

—Vamos...

Salen los estudiantes risueños y paileros. Y en el aire queda flotando la idea del escolar filósofo. Don Julián es un infusorio, pero de una especie que fabrica la Historia.

---

## IV

# LA TERTULIA

### I

Hay lugares donde se da naturalmente el tedio, como ciertas especies de árboles y hortalizas. Quizá hay en el aire algún cuerpo, desconocido de los químicos, que produce este resultado, o tal vez la costumbre de aburrirse, nacida en remotos tiempos, ha echado tan hondas raíces, que ha venido a ser una segunda Naturaleza y a formar parte de la psicología de la población. Uno de estos lugares es Villamar, aunque al forastero, que lo advierte en seguida, no le es posible decirlo sin incurrir en el desagrado de los habitantes, quienes por la fuerza de la costumbre no se enteran de que se aburren, y hasta algunos, los más patriotas, sostienen que se vive allí mejor que en ninguna otra parte.

Aconsejo al lector que no busque a Villamar en ningún Nomenclátor o Diccionario geográfico. Las Villamares que podría hallar en las páginas de estos libros nada tienen que ver con la de mi cuento, y para no herir susceptibilidades locales me apresuro.

a declarar que la Villamar del aburrimiento es una ciudad de invención, aunque no es posible negar que ofrece algunos rasgos de semejanza con diferentes ciudades que existen en el mapa y están habitadas por seres vivientes. Son entes hijos de la fantasía.

\* \*

Villamar tiene un Casino. Es uno de los remansos, o uno de los vertederos, según se mire, del aburrimiento local, que allí se manifiesta en forma de juegos de naipes, de chismografía y de discusiones políticas de campanario. En uno de los salones de este Casino hay una rueda de butacas y mecedoras. Todas las tardes, después de la hora del yantar, se forma la tertulia. Primero llega uno de los tertulianos, luego otro; piden café, encienden su pitillo y esperan a los demás concurrentes, que no tardan en llegar. Casi siempre son los mismos. Alguna vez llevan algún forastero a la tertulia «para que se distraiga»; pero los forasteros no vuelven nunca, sin duda porque son incapaces de apreciar debidamente la amenidad de aquella reunión.

## II

Hay ya sentados en la rueda tres o cuatro señores cuando llega, aquella tarde, don Felipe. Don Felipe es una de las notabilidades de Villamar. Ha vivido mucho tiempo en Madrid, ha corrido mundo. El dice que ha sido diplomático; otros aseguran que fué, en

realidad, viajante de comercio, punto histórico que no se ha llegado a esclarecer por completo. Don Felipe viste con mucha pulcritud y atildamiento, a la penúltima o antepenúltima moda. Lleva un pañuelo de seda en el bolsillo de la chaqueta o del chaquet; usa unos lentes de oro, sujetos a una cadena del mismo metal; en sus corbatas prende alternativamente un tresillo de zafiro y brillantes o un carnafeo falsificado de los que se venden en Nápoles por unas cuantas liras. Un periodista local, enojado con él porque le negó diez duros una tarde de mala suerte en el monte, le ha puesto el mote de *Brummel de los cursis*; pero la verdad es que el apodo no ha hecho fortuna, porque a los casinistas de Villamar les parece irrespetuoso, enrevesado y poco comprensible.

La especialidad de don Felipe es conocer a todo el mundo. No se habla de un político, de un torero, de un escritor o de una mujer que don Felipe no haya conocido hace muchos años, invariablemente hace muchos años. Cuando se trata de personas jóvenes, don Felipe ha conocido, al menos, a sus padres o a alguien que se parecía al sujeto en cuestión o tiene alguna relación con él. Especialmente en materia de mujeres, no se mienta alguna de edad madura que no figure entre los recuerdos de don Felipe, lo cual le ha dado entre sus amigos una fama misteriosa de Don Juan Tenorio, que no se funda en hechos precisos, sino en indicios y conjeturas. Por eso algunos de los tertulianos, eruditos en el género chico, le suelen llamar en la intimidad el Terriblé Pérez.

—¿Ha leído usted *El Eco*, don Felipe?—le pregun-

ta el registrador de la propiedad—. Dice que vienen al Principal (el mejor teatro de Villamar) las hermanas Chiarini; una de ellas creo que es una gran cantante. Vaya, cuéntenos usted..., porque usted de fijo las conoce.

—Hombre, sí; Lidia Chiarini no cantaba mal. La conocí en Milán. Por cierto que por poco tengo un disgusto serio por ella. No crean ustedes que hubo nada entre nosotros; se lo aseguro. Además, esas cosas no se cuentan. (Don Felipe las cuenta siempre, aunque no hayan ocurrido; pero usando de circunloquios, para que parezca que las adivinan los oyentes.) Era una morena espléndida. La otra no recuerdo. ¡Ah, sí! Será la hermanita pequeña, que entonces, esto debió de ser hacia el 95, iba de trenza y falda corta.

Don Felipe calla, y se queda como embebido en sus dulces recuerdos, evocados por el nombre de Lidia Chiarini y por la hermanita de la trenza.

Pero don Luis, el catedrático de Historia del Instituto, rompe el silencio, diciendo:

—¡Pero don Felipe, usted no está en sus cabales! Quien andaría de falda corta el 95 sería Lidia Chiarini. Si tiene treinta o treinta y dos años a lo sumo. Además, es rubia. Tengo guardado el recorte de *El Liberal* que habla de su *début* en el Teatro Real, y allí dice cuándo nació y cuenta su historia artística y echa una porción de piropos a su rubia belleza del Norte.

Los tertulianos se quedan un tanto suspensos, esperando la respuesta de don Felipe. Don Lino, el ca-

tedrático, es un coleccionador infatigable de recortes de periódicos, que tiene clasificados por años y por materias. Son los únicos documentos históricos que colecciona, y este archivo le da una fuerza de erudición que impone a sus contertulios y le proporciona a él frecuentes triunfos. Don Felipe se ha quedado un poco parado; pero en seguida replica muy fresco:

—¿Quién hace caso de lo que dicen los periódicos? Todas las mujeres se quitan años. Le digo a usted que Lidia tiene más de cuarenta años, y lo que es el pelo, se lo habrá pintado de rubio para seguir la moda.

Al oír la palabra pintado, algunos de los de la tertulia miran furtivamente el bigote de don Felipe. Don Felipe tiene la costumbre de teñírselo concienzudamente; pero como los adelantos de la química aplicada a la cosmética llegan con algún retraso a Villamar, el bigote de nuestro personaje está peor pintado que lo estarán los cabellos de la Chiarini, caso de que no sean rubios naturalmente, como asegura don Lino. Pero la réplica ha hecho su efecto.

—Este don Lino, siempre con sus periódicos.

—Vaya usted a saber, con estas modas de ahora, quiénes son rubias y quiénes pelinegras, y lo que es años, todas se los quitan.

Don Felipe ha triunfado por el momento, aunque en los espíritus quede cierto germen de duda. Después se habla de otras cosas, y cuando se disuelve la tertulia, salen juntos el periodista de los diez duros y un capitán de Caballería amigo suyo.

—Buena plancha se ha tirado esta tarde don Felipe—dice el militar—, porque lo que es a la Chiarini no la conoce ni por el forro. Puede que no la haya visto en su vida.

—Claro que no—contesta el periodista—. Don Felipe, además de un cursi, es un solemnísimo embustero; pero ahí está su fuerza. Todos los que han creído las mentiras de un charlatán se ven obligados a sostenerlas, para no confesar que han sido unos imbéciles. Creer una verdad es un acto natural que no nos compromete; creer una mentira es una simpleza que cuesta trabajo reconocer. Por eso las mentiras se defienden con más tenacidad que las verdades. Estos alcornoques han creído a don Felipe tantos embustes, que ya no tienen más remedio que tagarse todo lo que diga. Por eso don Felipe pasará a la historia como un gran conquistador de mujeres y un hombre que se ha tratado con todas las notabilidades de su época.

—Sí; pero la historia a que pasará don Felipe será... la que escriba don Lino...

---

## V

### LA VUELTA A ITALIA

Bajo la bóveda sonora de la estación resonó el traqueteo del tren como las pisadas de un gigantesco caballo de acero que llegase cansado y jadeante. En realidad, el tren sonaba a lo que era. Sonaba, sencillamente, como un tren que entra en la estación. Pero algo hay que conceder al lenguaje figurado. A Pamela Martínez se le ocurrió aquella imagen. Era romántica y aficionada a tropos. Veinte años de teatro y una inmensa biblioteca de folletines la habían empapado de retórica, de tal suerte, que el lenguaje de los poetas, buenos y malos, le parecía más natural que el hablar llano de las gentes vulgares. Aquella comparación que se le ocurrió al entrar en la estación central de Milán acaso la había leído en alguna parte.

¡Milano! ¡Estaba en Milán! Volver a Italia había sido su sueño, que creyó inrealizable por falta de recursos. La pobreza es enemiga mortal de los sueños. Al ver cumplido aquel deseo acariciado tanto tiempo y que en Madrid la puso loca de alegría cuando pudo realizarle, experimentaba un sentimiento indefinible. Estaba alegre y casi lloraba por

dentro. Se enternecía por sí misma, que es el enternecimiento más verídico. Por sí misma... y por otra. Por aquella Pamela Martínez de hacía veinte años, que llegó a Italia joven, llena de ilusiones, para aprender en Milán los secretos del *bel canto* y hacerse una *diva* de las que asombran al mundo y cosechan oro, gloria, amor, la poesía y la prosa, que no se contenta con menos una mujer imaginativa.

Pero en estas cosas no basta aspirar. Pamela no llegó a ser una gran cantante. Cantó, sí, ópera en algunas de las innumerables compañías que recorren las ciudades de Italia, pero como una de tantas, sin pasar de la medianía. Sueldos mezquinos, viajes incómodos y fatigosos, la garganta sometida a trabajos forzados en aquellas temporadas de provincias en compañías de *elenco* reducido; todo lo soportaba por la esperanza de llegar. Mas la esperanza es insolvente y hasta irresponsable, por lo mismo que la hacemos prometer todo lo que queremos, y en aquella ocasión, como en tantas otras, no cumplió sus promesas. Pamela, en vez de prosperar, se gastó lo poco que tenía, y tuvo que volver a España y descender a tiple de opereta para ganarse la vida. Mas, a pesar de su fracaso, aquellos primeros años de Italia, cuando creía tener un porvenir en la garganta, brillaban en su memoria con un esplendor que en la realidad no habían tenido. Eran como una edad de oro. La ilusión había puesto el oro, y el recuerdo, que es un poeta muy exagerado, lo avivaba de vez en cuando.

Pamela no era hija de una portera, como tantas

estrellas de teatro. Era una señorita; venía de la clase media. Su padre perteneció a esa fauna política que conoce, al compás de los cambios de Gobierno, las siete vacas flacas y las siete vacas gordas del sueño de Faraón, interpretado por José, sólo que aquí las vacas son menos, porque no habría partido cuyos estómagos aguantasen siete años de abstinencia. Cuando mandaban los suyos, don Braulio Martínez, el padre de Pamela, era gobernador de provincia o pescaba un buen destino en algún Ministerio. Cuando mandaban los otros, era un cesante sin una peseta ni otra ocupación que ir al Salón de Conferencias del Congreso a murmurar del Gobierno, que era tanto como murmurar de su cesantía. En este ambiente de alternativas entre la abundancia y la escasez, de posición ficticia, de «quiero y no puedo», se crió Pamela. El drama de la señorita pobre tomó en ella la forma del teatro como en otras toma la de un bodorrio por recurso, o la vida galante, o una soltería desesperada. La madre de Pamela, una señora muy cursi y pretenciosa, que parecía haber nacido predestinada para desempeñar, a la perfección el divino papel de madre de una tiple, tenía esperanzas locas en el porvenir de la *niña*. Pamela, que en realidad se llamaba Paula, era graciosa, un poquitín desenvuelta y cantaba con una vocecita agradable las piezas de moda en las reuniones del género *cachupinesco* que se daban en su casa. Cuando don Braulio murió de gobernador de una provincia de primera clase, lo cual le proporcionó un buen entierro, en que estuvieron representadas todas las fuerzas vivas de la po-

blación, doña Anita, la madre de Pamela, no vaciló: la niña debía dedicarse al teatro; su porvenir estaba en la escena. A las dos mujeres les habían quedado una pensioncilla y unos miles de pesetas. Se fueron a Italia, a Milán, vivero de cantantes, a esperar a la Fortuna, que no había de desairar a una joven de las prendas de Pamela.

Ya se ha dicho cómo se portó la Fortuna. Al cabo de veinte años de rodar por escenarios, Pamela no consiguió más que ir viviendo: lo comido por lo servido, como ella decía. Sin ser canonizable por sus virtudes, no descendió al bajo comercio de la galantería. Cierta delicadeza innata, más que arraigadas ideas morales, la defendía. Al fin era *señora*. Empezó a conocer la angustia de envejecer en una profesión implacable como el teatro, que no tiene consideración a los inválidos. Pensaba con terror en su porvenir; empezaba a hallar dificultades en las contratas, a percibir que la consideraban vieja para tiple ligera. Pero como Dios aprieta, pero no ahoga, la Fortuna se acordó al fin de ella. Un tío carnal suyo, hombre pacato y ahorrativo, que no quería oír hablar de Pamela desde que se había dedicado al teatro, se murió de repente. El buen señor era incapaz de dar a su sobrina cinco duros para que comiera en un momento de apuro; pero como murió *ab intestato*, Pamela se encontró única heredera de los veintitantos mil duros que en toda una vida de mezquindad y tacañería había logrado reunir el tío, el cual, aunque era natural y vecino de Soria, resultó para el caso un tío de Indias.

El primer pensamiento de Pamela fué meterse a empresaria y consagrarse a sí misma primerísima triple. Mas el instinto de conservación, aguzado por los apuros que había padecido, la apartó de esta tentación ruinoso. Resolvió irse a Italia. La vida es barata en el país del arte. Además, allí podría impresionar películas, acaso contratarse, ¿quién sabe? Sobre todo quería revivir las emociones de su juventud. He aquí por qué la hallamos en la estación de Milán fatigada del viaje, conmovida por los recuerdos de su pasado, al que volvía como de un país lejano.

\* \* \*

Ella había vivido en la «Pensión Saboya» durante su noviciado de cantante. Quiso volver; pero la «Pensión Saboya», a pesar de su título dinástico y patriótico, había sucumbido en la competencia con otros *albergos*, según dijo a la viajera el mozo de estación a quien se dirigió.

Un intérprete de hotel se acercó obsequioso: «¿Hotel Spontini?» Era el mejor del mundo y desde luego uno de los mejores de Milán. Pamela aceptó un poco desilusionada por la desaparición de la «Pensión Saboya». Por el momento, el caso era meterse en alguna parte. Más adelante vería. La impresión que le produjo el *Albergo Spontini* fué muy distinta de las hipérbolas del intérprete. Era sencillamente un hotel de tercer orden. Olía a comida. Había pormenores de limpieza dudosa. «No entro en Italia por la puerta de la poesía», pensó Pamela.

Volvió, sin embargo, en algunos momentos a sentir su antiguo Milán, el Milán de hacía veinte años. En la plaza del Duomo, en la galería Vittorio Emanuele, llena de artistas gesticuladores y parlanchines, que parecían estar representando papeles en medio de la calle, Pamela sentía resucitar las emociones antiguas. Aquellos veinte años pasados eran sencillamente *ayer*, una noche, en que había soñado muchas cosas desagradables. Pero esta resurrección sentimental del pasado era fugaz. Aquel Milán no era el suyo. Era el mismo, pero con otras gentes. Caras desconocidas por todas partes. De sus antiguos compañeros de hospedaje, encontró un día a un tenorino, lleno de canas y de arrugas, que al principio no la reconoció y luego la pidió diez liras para remediar una necesidad urgente: tres meses sin trabajar, la mujer enferma, etc. Una contralto famosa, que en tiempo de Pamela, en el tiempo de la ilusión, era una partiquina harta de rodar por antosalas de empresarios y por otros lugares, porque la vida es dura, no la quiso recibir, afectando no conocerla. Quizá había olvidado a su compañera de los años de escasez o acaso receló un *sablazo*, cosa bien ajena a la intención de nuestra heroína. Por otra parte, los negocios no marchaban: ni contratas ni películas. Comprendía Pamela que la consideraban una mujer pasada, a pesar de su talle esbelto, que a distancia la daba una apariencia de juventud. Algunos agentes o empresarios, más groseros que los otros, se lo dieron a entender. Aquella Italia de ilusión se le iba volviendo una Italia de desencanto.

Un día tomó el tren y se volvió a Madrid. A su modo, pensaba que nuestras horas son únicas y no hay medio de revivir las que volaron. ¡Milán, Italia! Eran la juventud y la ilusión, y las dos habían pasado.

«En último término pondré una casa de huéspedes», dijo para sí. Y sonrió con una sonrisa en que había lágrimas.

## VI

### MAL DE OJO

*(Un teatro.—En el entreacto.)*

RODRÍGUEZ.—El entreacto es a veces tan entretenido como la comedia para los espectadores viejos que conocen, como usted y como yo, a algunos de los personajes que no están en el escenario, sino en las butacas y los palcos y también en la galería, aunque a los de ahí no los vemos bien por la altura. Estos personajes de la gran comedia, de la comedia humana, ofrecen el inconveniente de que no dicen en alta voz sus pensamientos. Hay que adivinar la escena en que están o el episodio que representan...

GONZÁLEZ.—Pero tienen la ventaja de ser verdaderos...

RODRÍGUEZ.—¿Ventaja?

GONZÁLEZ.—Sí; su comedia tiene sangre, nervios, dolor, es palpitante y hay cierto placer semejante al del canibalismo en estos espectáculos. Es un canibalismo atenuado por los siglos y por la civilización. La carne humana ya no nos gusta, o hemos perdido el hábito de catarla; pero ¡el dolor humano, la emo-

ción sangrando, debatiéndosel... Y por contraste también lo cómico, la risa de la realidad, que no necesita de retuécanos ni chistes de peluquería.

RODRÍGUEZ.—Pues seamos un rato caníbales atenuados, mientras levantan el telón. Mire usted allá, a la derecha. Descubro un episodio vulgar, pequeño, si usted quiere, de la comedia humana. Fijese usted en aquel señor.

GONZÁLEZ.—¿Jordán? Todo el mundo le conoce.

RODRÍGUEZ.—Sí. Ese hombre es célebre, rico; sin ser un ejemplar de estatuaria griega, tiene una figura simpática; no es viejo todavía, está en esa edad madura, pero vigorosa, que es ahora la edad de moda en los protagonistas de las novelas y los dramas franceses; ya sabe usted que vivimos en la época del hombre de cuarenta años. Bien. Pues ahora mire usted un poco más allá, a aquel palco de enfrente. ¿Ve usted a aquella mujer?

GONZÁLEZ.—Ya caigo; es la Argoter. ¿No fué el amor de Jordán? Francamente, no comprendo. De seguro me gusta más su doncella, si la tiene y es joven y fresca. Verdad es que en amor todo es inexplicable.

RODRÍGUEZ.—Repáre usted. El rostro está ajado, tiene arrugas en la comisura de los labios, en los párpados. A pesar de los afeites, se ve que es una ruina. En un escenario acaso puede que todavía produjese algún efecto, por supuesto a honesta distancia. Pues lo que es fama de mala persona, la tiene. ¡Se han dicho de ella tantas cosas! Su carrera artística—porque todas estas señoras tienen más o menos carrera

artística—se ha reducido a hacer unas piruetas en unos cuantos *music-halls* de provincias y a pagar reclamos. Pues ahí la tiene usted, con aires de reina, y es que, con ofensa del orden de la Naturaleza, hasta en el amor se gana importancia por antigüedad. Observe usted cómo la mira Jordán. ¿No es un drama, un dramita o acaso un sainete el enamoramiento de un hombre así por una mujer así?

GONZÁLEZ.—No será el primer caso. Pero la verdad es que la actitud de Jordán no me parece la de un enamorado. No sé qué de irónico, de cruel, hay en su mirada. Digo, si los gemelos no me hacen ver visiones.

RODRÍGUEZ.—¡Si le oyera a usted la Argoter!

GONZÁLEZ.—¡Hombre, no tanto! Es una mujer pasada, gastada, que ha rodado mucho; pero ha tenido gancho, todavía está atractiva y puede que sea más joven de lo que parece.

RODRÍGUEZ.—¡Quiál Cuarenta y tres. Me consta. Yo también, en mis tiempos...

GONZÁLEZ.—Yo, no. ¡Qué milagro! ¿Verdad?

JORDÁN (*acercándose*).—¡Holal! ¿Qué tal les ha parecido a ustedes este acto?

RODRÍGUEZ.—¡Phsl! Pero hay aquí algo que le interesa a usted más que el acto. ¿Todavía sigue aquello?

JORDÁN.—Eso ya es historia antigua. Hace más de dos años que tronamos.

GONZÁLEZ.—¿Y no queda rescoldo? Usted la mira mucho...

JORDÁN.—Sí, es verdad, la miro; pero en secreto

les confiaré a ustedes que es casi una maldad, una venganza. La hago mal de ojo positivamente. Cada vez que la miro parece que se ahondan sus arrugas, que mi mirada intensifica, acelera la acción del tiempo. Es un desquite de lo mucho que me hizo rabiar.

RODRÍGUEZ.—Déjese usted de historias. El mal de ojo es el tiempo, que nos va haciendo viejos a todos.

JORDÁN.—Puede ser. Pero mirándola me curé de ella, y ya la miro por costumbre. Se me va yendo hasta la mala intención. Lo que sí es positivo es que me curé mirándola. A veces la ausencia es más peligrosa que la presencia. Sobre todo con estas mujeres. Lo peligroso no son ellas en carne y hueso, sino la *otra*, la imagen que nos formamos de ellas al amarlas, figurándonoslas como quisiéramos que fuesen y como creemos que son mientras las queremos. A fuerza de mirarla descubrí que se parecía a la *otra* como una caricatura, que el retrato estaba escandalosamente retocado. El cambio fué tan marcado, que me ha hecho creer en el mal de ojo. ¡Qué vieja está! A veces me da hasta cargo de conciencia el maleficio de mi mirada. Ea, adiós, que van a empezar.

GONZÁLEZ (*en el otro entreacto*).—La comedia humana tiene enredos y sorpresas más imprevistas que los de las comedias de papel y tinta. Creíamos a Jordán tan enamorado; nos adelantamos a filosofar sobre el caso, y ya ha oído usted.

RODRÍGUEZ.—Yo no me fío. ¿Quién sabe si todavía la quiere? Lo que ha dicho es verdad; pero apuesto a que Jordán no tiene la vista tan clara como nosotros, con ayuda de nuestros gemelos, por supuesto.

Veo próximo el día en que la Argoter va a pasar en la comedia del amor al papel de característica.

GONZÁLEZ.—¡Hora terrible! Porque estas características hacen papeles de estanqueras o de señoras de compañía.

RODRÍGUEZ.—Y otros peores.

---

## VII

# NOCHEBUENA DE ANTAÑO

### I

--Nada, no voy a vuestro *reveillon*—dijo Pedro Atarfe—. Estos días me ponen triste. Os aguarda la fiesta. Son días de familia, de intimidad, y yo, como no tengo a nadie, prefiero pasarlos solo, devaneando con mis recuerdos.

¡Cómo pasa el tiempo! Esa frase melancólica que se nos escapa alguna vez no indica sólo que vamos consumiendo nuestro capital de tiempo, que no hay manera de reponer y en que sólo cabe algún ahorro a fuerza de tantos sacrificios y cuidados que no merece la pena. Dice también que vemos cambiar las cosas a nuestro alrededor y nos vemos mudados a nosotros mismos. Si nada cambiara, nos parecería que el tiempo estaba quieto, y llegaríamos al fin sin enterarnos.

No se necesita haber vivido mucho para ver cambiar las costumbres. Como ese cambio es lento, gradual, de todas las horas y todos los minutos, no le percibimos más que en los ratos que consagramos al recuerdo, a hojear el libro de memorias que llevamos

dentro. Lo mismo pasa con nuestras propias mudanzas. Creemos ser los mismos, y tal día, evocando las jornadas de nuestra vida, vemos las primeras tan lejanas, que se nos antojarían ajenas si no supiéramos perfectamente que nos pertenecen, aunque sea con una mera posesión histórica de recuerdos. Una mañana alegre, llena de esperanzas, de sol interior, nos despertamos hombres habiéndonos acostado niños; pero esa mañana no tiene fecha fija en ningún calendario personal. La reconstituimos idealmente *a posteriori*. Como tampoco tiene fecha fija aquella otra mañana o aquella tarde en que delante de un espejo, o ante el espejo interior, advertimos que íbamos para viejos, partiendo del supuesto de que no seamos tan majaderos o no tengamos tan indecoroso apego a la vida, que nos hagamos la ilusión de que el tiempo no pasa por nosotros.

## II

El mudar de las cosas y nuestro propio mudar lo notamos más agudamente en las fechas propicias al recuerdo. Tal es la Nochebuena. A pesar de su alegría, este amable misterio cristiano es una fiesta de recuerdos, lo cual pone en ella cierta neblina de melancolía.

Diciendo con el cantar:

La Nochebuena se viene,  
la Nochebuena se va...

advertimos que las Nochebuenas que vienen se van diferenciando de las antiguas, y no sólo dentro de nosotros, sino en el ambiente exterior de las costumbres.

Las Nochebuenas mundanas de ahora, con sus alegres *reveillons* del Palace y del Ritz y sus árboles de Navidad, exóticos en el mundo latino, evocan en nuestra memoria la Nochebuena clásica de Madrid, del Madrid de nuestra infancia. Mucho antes de las doce, las calles quedaban solitarias. Se cerraba todo. A la actividad y al movimiento del anochecer y de las primeras horas de la noche, en que las amas de casa más retrasadas hacían las últimas compras para la cena familiar, sucedían la tranquilidad, el silencio, la soledad. Sólo alguna pandilla de borrachos y gente de rompe y rasga alborotaba un poco, entonando villancicos con voces aguardentosas. Diríase que la ciudad se había eclipsado, refugiándose junto a la lumbre alegre de miles de hogares. Durante algunas horas no había ciudad; había sólo casas, hogares, interiores de familia.

### III

Como una estampa antigua, descolorida, se va dibujando en mi memoria una casa madrileña. Es una casa vieja, de espaciosas estancias, altas de techo. Tiene una capilla con columnitas y angelotes dorados y una Dolorosa, que dicen es milagrosa, en el retablo. Tiene un estrado de damasco rojo con muchos

retratos ennegrecidos y algunos cuadros de devoción. Los retratos más modernos son el de un caballero que viste el frac azul y la corbata de muchas vueltas de los románticos y el de una dama con lisos bandós negros y una rosa en la mano. La estancia está alumbrada con muchas bujías puestas en candelabros y en la araña de lágrimas y colgantes de cristal. Caldean la casa grandes braseros de bronce y alguna chimenea de leña. Allí no ha entrado el gas; la electricidad no se conoce. Todavía, en las habitaciones interiores, alumbran relucientes velones andaluces, que aun no se habían puesto de moda ni se habían mixtificado convirtiéndose en aparatos de luz eléctrica. En las demás habitaciones se usan bujías, a veces los famosos *cabos de Palacio*, que son de Palacio bajo la fe del tendero que los vende.

Habitan la casa dos señoras viejas con sus criadas. Estas dos damas son muy pulcras, muy finas, de porte muy señoril. Tienen largas y delgadas manos marfileñas, en las cuales es frecuente ver un rosario de nácar o un libro de devoción, y otras veces un abanico de varillas de nácar con recamos de oro y paisaje mitológico, de una mitología inocente y vestida, por supuesto. Estas damas no se ponen sombrero mas que cuando van de viaje. Llevan siempre, fuera de esa ocasión singular, mantillas de ricas blondas. Siempre van de negro, un poco retrasadas en la moda. Las modas nuevas les parecen extravagantes, impropias de señoras formales. Pero no se crea que estas damas son lúgubres y tristonas. Nada de eso; las vemos sonrientes, bondadosas, comunicati-

vas; hacen visitas, cultivan el trato de sus parientes y amigos. Alguna rara vez van al teatro por la tarde, acompañando a unos sobrinillos, a ver una comedia de magia, como *La redoma encantada*—en esta redoma está encerrado el marqués de Villena, que pasa por un gran encantador—, o una zarzuela de espectáculo, como *Catalina* o *Los Madgyares*. De vez en cuando se ve en la tertulia de las señoras a algún eclesiástico de palabra discreta y finas maneras, que parece un abate retrasado.

## IV

Nuestras simpáticas señoras han tenido un día muy atareado. El 24 de diciembre hay mucho que hacer. Han estado en la plaza de Santa Cruz comprando figurillas finas de barro para el nacimiento, que cada año, al ser armado y desarmado, experimenta sensibles bajas en sus frágiles personajes. Han comprado también musgo y ramaje. Han pasado por la cerrería a recoger un gran paquete de candelillas de colores. Después tenían que pasar por la «Dulce Alianza» a elegir una gran anguila de mazapán para la cena, y otras cajas que regalan a parientes y amigos.

La «Dulce Alianza» tiene la especialidad de que sorteá entre sus parroquianos una gran caja de cubiertos de plata. Nuestras dos amigas han estado también en un bazar de juguetes. Han entrado y salido en otras tiendas, y todavía han tenido tiempo para hacer algunas breves visitas y decir a sus deudos y

amigos de confianza: «¡Que no faltéis. Os esperamos. Hasta luego!» Por su parte, las criadas—nuestras dos damas no quieren servidores varones—no se han estado quietas. Mientras unas han andado atareadas en el trabajo de la casa, otras han ido a desempeñar diversas comisiones.

Las dos señoras llegan a su casa un poco cansadas, pero muy satisfechas. No se les ha olvidado nada. Su primer cuidado es ir a ver el nacimiento. Todos los años, en una habitación de la casa, se arma aquel colosal nacimiento, con innumerables figurillas de barro fino que reproducen, además de las santas figuras del Misterio, numerosos ejemplares, ya del reino animal, ya del humano. Hay ovejas, vacas, cerdos, pavos, gallinas, palomas, representados con mucha propiedad; hay pastores, lavanderas, viejecitas que hilan, otra que azota a un chico, una castañera, numeroso acompañamiento de los Reyes Magos, montados en dromedarios. La flora es también variada y numerosa. Hay ruinas de cartón piedra y una fuente de donde brota un hilo de agua natural. Las dos damas contemplan satisfechas el nacimiento y se dicen una a otra: «¡Está precioso!» «¡Se ha lucido don José!» Don José es uno de los eclesiásticos que visitan la casa; un andaluz muy servicial y habilidoso, que tiene fama de hombre de buen gusto y se ha encargado de dirigir la instalación del nacimiento. Es un alma de Dios, bien hallado con su pobreza, a quien las buenas señoras ayudan encargándole misas, de las innumerables que hacen decir en sufragio de sus muertos.

Luego las damas van a ver el comedor; pasan revista a la despensa y al oficio o cuarto de servicio; cercano al comedor, donde se hallan dispuestas sabrosas y abundantísimas provisiones. Allí hay de todo lo que Dios crió: granadas, naranjas y manzanas enviadas por los renteros; mantecados y tartos de dulce, regalo de unas monjitas a quienes protegen las señoras; mazapanes y turronec de todas clases, cajas de jalea y de perada, conservas de mil géneros, botellas de vinos añejos. Lo que no hay e *champagne*. A las señoras no les gusta; tienen contra él cierta prevención. Se figuran que es un vino escandaloso, de gente libertina. En la cocina hay gran tráfico y movimiento. Entre gran variedad de manjares, hay tres servicios absolutos, indispensables: el besugo, el pavo asado, la sopa de almendra. Una cena de Nochebuena sin esa base no se concibe. Como no conciben nuestras buenas viejas que sea completa una Navidad sin el nacimiento. El nacimiento es una institución. El árbol de Noel, que han visto en casa de una amiga aristocrática—ellas también tienen sus ejecutorias de nobleza muy cuidadas, muy guardaditas en sus tapas de piel roja con hierros dorados, que reproducen el blasón de la casa—, les parece una cosa de *extranjis*, algo sospechosa, una invención de protestantes, con la cual sería irreverente comparar al nacimiento, que se viene armando tradicionalmente en la casa desde que eran niñas sus dueñas.

Pronto la casa, tan tranquila, tan silenciosa de ordinario, se va llenando de ruidos, de risas infantiles,

de carreras de chicos por los pasillos, de estruendo de tambores y zambombas, de vocecillas delgadas de criaturas que cantan villancicos. Han llegado las sobrinas casadas, con sus chiquillos, y alguna amiga de confianza, que también es esposa tecunda. Las buenas señoras se multiplican para atender a la chiquillería, para que todos tengan su agasajo; evitan con maña que algún chicuelo travieso descomponga el nacimiento; consuelan a uno que se ha caído corriendo por los pasillos; mantienen la paz y armonía entre la grey infantil, y tienen para todos sonrisas, mimos, miradas de abuelas que no han sido madres.

Los chicos desaparecen de escena a prima noche. Son el prólogo de la fiesta. Se los llevan a sus casas, porque a la cena no asisten mas que personas mayores. La cena ha de celebrarse al dar las doce, porque antes no se puede promiscuar. En torno a la mesa se sientan viejos y jóvenes. Siempre hay alguna sobriñita a quien han puesto de largo el año antes, y algún muchacho recién salido de la Universidad que le hace una corte tímida y respetuosa a la sobriñita. Las dos damas miran enternecidas estos honestos idilios, que conducen invariablemente a la vicaría. No son de esas solteronas agrías que sienten con el amor el rencor de sus decepciones. Una de ellas ha guardado toda la vida viudez de corazón a un pretendiente que tuvo, un gallardo lancero que se dio a las órdenes de don Diego de León y a quien mataron en la guerra civil. La otra se consagró primero a sus padres, luego a su hermana, la doncella huérfana, y así han llegado serenas, felices en su rincón de vida.



tranquila, a la vez amable, que ha coronado de plata sus rostros pálidos, marfileños.

Algunas veces, cuando los pollos y las pollas que asisten a la cena —entonces no se llamaba muchachas a las señoritas—, cuando los jóvenes, digo, insisten mucho, las buenas señoras consienten en que se organice un rigodón o se bailen unas vueltas de vals, mientras llegan las doce. Cuando la cena termina y se van los convidados, deseando felices Pascuas a las señoras, nuestras dos ancianas no dejan de decir: «¡Jesús, qué calaverada; si son cerca de las dos!» «¡Como todos los años!», replica una de ellas.

## V

De todas las Nochebuenas pasadas, la que ha dejado una huella más tierna en mi espíritu es esta Nochebuena lejana en casa de las tías. «Si sois buenos —nos decía mi madre— os llevaré a ver el nacimiento a casa de las tías.» Y éramos buenos, o nos daban indulto, y nos extasiábamos ante el nacimiento, que era una institución familiar. Y al marcharnos sentíamos un poco de despecho y un gran deseo de crecer, de ser grandes, para poder asistir a aquella cena de Navidad, a que concurrían nuestros primos mayores, y que se nos figuraba una cosa maravillosa, una de las formas de la felicidad. ¡Con qué emoción, ya con bozo en el labio, asistimos la primera vez, pendientes de unos ojos negros que brillaban y de una boca de rosa que sonreía con el supremo saber de la inocencia!

## VIII

### LA CONQUISTA

Es una tarde calurosa de Madrid, en esa hora indecisa en que hay todavía una vaga luz opalina en el horizonte y empiezan a brillar los puntos rojizos del alumbrado. Por la ancha acera de la calle de Alcalá se sucede, lenta, la procesión de paseantes: familias burguesas con los niños delante; jovencuelos que van en bandadas, manoteando, bromeando; hombres maduros que hablan, se paran un momento, vuelven a andar y vuelven a pararse otra vez, discutiendo la guerra, la política o la estocada de Belmonte; damiselas equívocas que caminan de prisa lanzando ojeadas furtivas, exhibiéndose en la hora de los casados. En el centro de la calle, los timbres de los tranvías, las bocinas de los automóviles, el ruido de los coches forma un rumor heterogéneo y confuso que, sin embargo, es uno, es una voz: la voz de la ciudad en su desperezamiento vespertino, tras el calor y la fatiga de la jornada estival.

Los dos amigos están sentados en los sillones de mimbre de la acera del Casino. Miran pasar, pasar la gente, pasar la vida. Ambos son ya maduros, canosos.

Uno, Garcés, es flaco, enjuto, consumido por los climas tropicales, por largos años de Cuba y Filipinas, donde hizo su carrera y dicen que su fortuna. El otro, Alvear, robusto, musculoso, tiene el cutis fresco y joven de los hombres endurecidos por la hidroterapia y los deportes. Los dos gozan de lo que se llama una buena posición, la *aurea mediocritas*, la holgura del vivir, que a los hombres de trabajo les llega generalmente tarde, como todos los bienes de la vida, tardos en acudir a la cita que les dan los deseos. Tal vez se presentan cuando ya el deseo, que les esperó largas horas palpitante, se fué desalentado.

Gozan los dos amigos en este instante del placer de la contemplación, que es uno de los placeres de los viejos y de los que empiezan a envejecer. El aprendizaje de los ojos, de la visión interior y también de la interna, se hace muy despacio. Suele ser al declinar de la vida, cuando el espectáculo del mundo y el de nosotros mismos adquiere una voluptuosidad penetrante, un sabor desconocido en los años de la mocedad, cuando la acción nos absorbe y no hemos aprendido aún a pararnos a ver. La dulzura del vivir se hace más intensa cuando no caminamos ya impetuosamente hacia lo futuro, y el hombre gusta de detenerse y quisiera volver atrás. Para ello no tiene mas que una senda, imaginaria por supuesto: el recuerdo.

La conversación rueda indiferente, lenta. Hay más pensamientos y más imágenes que palabras. De pronto interrumpióse. Pasaba, atrayendo las miradas, una mujer arrogante. Alta, de formas llenas y armonio-

sas, tenía cierta majestad de estatua, animada por el ritmo de la marcha airosa. La cara, redonda, de palidez mate de nardo, tenía la misma regularidad de proporciones que el cuerpo escultórico. El pelo, negro y rizado; los ojos, negros también, ardientes e imperiosos, y la boca, encendida y pequeña, animaban con un matiz de pasión y de vida aquel rostro, que, sin eso, de puro perfecto hubiera resultado frío, imagen de figurín o de cromo. Iba toda de blanco, como un reto que su hermosura hiciese a la plenitud de su lozana madurez. Muy elegante; pero con tal cual matiz de esa penumbra de las modas donde se confunden lo cocotesco y lo señoril. Al pasar, una sonrisa dilató la boca fresca y carnosa de la bella, que hizo una leve inclinación de cabeza, contestando al saludo que iniciaba Garcoés, ese saludo intermedio que no es la reverencia cumplida a la dama ni el gesto familiar. ¡Oh gradación de los saludos! Se podría escribir un tratadito de psicología sobre las variedades del saludo.

El español no se quita fácilmente el sombrero. Se lo quita con pulso y cautela para no despilfarrar la cortesía. ¿Es la herencia etiquetera de los tiempos en que dos hidalgos andaban a cuchilladas por si me trató de merced siendo señoría? ¿Es acaso el miedo de los tímidos a parecer demasiado serviles o demasiado ignorantes, a no estar en el secreto? Sobre todo ¡ese medio saludo a la mujer equívoca, que es señora y no es señora del todo! Se ve la vacilación del hombre que no se decide a ser cortés ni a ser grosero y que prefiere parecer poco educado a que le

juzguen cándido. Hay en ese saludo a medias una vislumbre de la relación de los sexos en un país de hombres dominados por el miedo al ridículo y de mujeres apasionadas y conformes con ser en el fondo odaliscas.

—Buenas amistades tiene usted—dice Alvear, dando una palmada en el muslo a su amigo y soltando una risa sonora, de hombre sano y vulgar—. Es de primera...

—Amistad, phs...—contesta el otro—. La debo uno de los peores ratos de mi vida. ¿Usted se acuerda de mi cuestión con Federico? Ella fué la causa, bien impensadamente por mi parte. La he guardado mucho tiempo rencor. Tener una cuestión estúpida con nuestro mejor amigo, batirse sin animosidad, sin pasión, es desagradable. Cuando media el amor, bueno. Es un sentimiento primitivo, que nada respeta, que se ha quedado fuera de la civilización, como dice un personaje de no sé qué comedia francesa. Por amor hacemos todas las tonterías y hasta todas las canalladas imaginables, sin vacilación ni pesadumbre. Pero no había amor.

—Cuenta usted, cuente. No sabía nada. Eso promete ser interesante. Pero no invente, ¿eh?—interrumpió Alvear.

—¿Inventar? No tengo chispa para ello. Además, el lance es vulgar. Conocí a esa mujer en paseo. Me pareció fácil. La juzgué una entretonida, como se dice en el argot del mundo galante. Toda la vida he sido reservado en cuestión de mujeres. He pensado siempre que en cualquier aventura, por trivial que sea, hay una parte de nuestra intimidad que no debe-

mos desnudar en público con impudor grosero. Los hombres que cuentan sus conquistas o describen los encantos de las mujeres que les han concedido o arrendado sus favores me parecen tan mal educados como los que eructan en público. Esta reserva mía, acaso exagerada, me impidió hacer averiguaciones puntuales de quién era mi hermosa desconocida. Además, siempre he sido un romántico, y no me arrepiento, porque el romanticismo nos hace paladear algunos delicados sabores de las cosas que ignoran los hombres equilibrados y prácticos. Por eso experimentaba cierta voluptuosidad en conservar el misterio, en perseguirla sin saber quién era. Empecé a asediarla. La envié cartitas, ramos de flores; traté de hablarla en la calle; pero no me hizo caso. Tropezaba siempre con la misma repulsa: que hiciera el favor de retirarme, que no insistiera, que no podía ser. Excuso decirle que esta resistencia aumentaba mi deseo, y como los hombres tenemos siempre una inagotable vanidad de machos, una mirada, una sonrisa furtiva, un movimiento de la mano arreglando el peinado, cualquier gesto, que sería involuntario, me hacía pensar: «Pero, señor, ¡si esta mujer se tima!» Y volvía a la carga. Y otra vez volvía a recibir calabazas.

Así, pasando el tiempo llegamos a ser antiguos conocidos sin habernos hablado diez minutos. Yo no sabía de ella más que su nombre y las señas de su casa, que no me decían nada. Los informes que había recogido de una manera indirecta y vergonzante, disimulando mi interés, eran contradictorios. Viuda, decían los unos, y añadían: alegre; casada separada,

otros; amiga de un señor que se recataba mucho, ¡vaya usted a saber!

En el teatro, en cualquier parte, nos descubríamos en seguida y casi nos buscábamos con los ojos por la fuerza de la costumbre. Probablemente se diría ella: «Ahí está ese pelma.» Y yo me decía: «Ahí está esa presumida», pues la guardaba resentimiento por sus repulsas; pero seguía hallándola hermosa y deseable y no me hubiese hecho de rogar si se hubiera mostrado accesible.

Al cabo la creí ganada. Fué una noche en los Jardines. La vi sentada junto al quiosco, hablando con Arista. Iba, como siempre, con esa dama de compañía, perpetuamente de negro, que creo que es una tía o una prima suya, una parienta pobre. Una silla providencial me esperaba vacía.

Sin reparo de ser indiscreto, pues no me representaba a Arista, con su barrigón y sus sesenta y pico, en actitud de conquistador, y menos de una dama tan zahareña como mi desconocida, me acerqué y fui insensiblemente ingiriéndome en la conversación.

Ella, en lugar de mostrarse reservada y glacial como otras veces, me daba pie. El hielo estaba roto. Y, sin embargo, en aquella mujer, que charlaba por los codos y que parecía querer envolverme blandamente en sus mimos, notaba yo algo extraño, forzado, que sonaba a falso. Pero la satisfacción de juzgarla vencida, el amor propio, la seducción de su hermosura me impedían discernir bien aquella vaga sensación de fingimiento, de comedia. Por otra parte, yo no me la figuraba loca por mí ni mucho menos. Creía

sencillamente que su cambio de actitud quería decir: «Pase usted adelante.»

—No sé qué me pasa esta noche—dijo ella—; tengo ganas de hacer locuras. ¿No les parece a ustedes que esto está muy aburrido? Les voy a decir a ustedes un secreto. Si un amigo me invitara a dar una vuelta por la Bombilla, como amigos, ¿eh?, creo que no le diría que no. Se figurará usted de mí horrores—añadió dirigiéndose a mí—. No me haga usted caso. ¡Cuando les decía a ustedes que esta noche estoy en vena de locuras! No sé qué me pasa.

Aprobé entusiasmado. Arista, hombre metódico y poco trasnochador, no se mostraba encantado del proyecto. Al cabo fuimos ella y yo los que emprendimos la excursión a la Bombilla, que a mí se me figuraba viaje a Citeres o a Corinto. Entramos en casa de Juan. Algo violento, la acompañé a dar una vuelta por el jardín, entre chulos, señoritos juerguistas y daifas de diferentes pelajes, más malos que buenos. Temía una broma grosera, un atrevimiento con aquella mujer elegante, que desentonaba en el lugar, y luego la pendencia ridícula con el indocumentado que se atreviera. Pero ¿cómo negarme a su capricho la primera vez que la encontraba tratable? «Tengo curiosidad de ver qué gente viene aquí. ¿Creerá usted que no he estado nunca?», me había dicho. No, no lo creía; pero en fin; al cabo, con gran alivio mío, subimos a uno de los gabinetes particulares. La música chulesca del organillo, el contagio del lugar, el espectáculo de las parejas bailándose estrechamente el *agarrao*, juntándose al incentivo picante de

la aventura, me iban quitando la máscara ceremoniosa de la cortesía. Dejando a un lado la actitud reservada y platónica que había adoptado por cautela, para no echarlo a perder precipitando las cosas, la pasé el brazo por la cintura. Me rechazó ásperamente. «¡Déjeme usted en paz! Me está usted poniendo nerviosa.» ¿Qué extraña mujer era aquella? ¿Se estaría burlando de mí? ¿A qué había venido?

Dos o tres veces salió del cuarto con diferentes pretextos. Parecía inquieta, preocupada, y no se cuidaba de disimularlo. Me iba pesando ya la aventura. De repente, en una de sus salidas, oigo su voz ronca, atragantada de ira, gritando en el pasillo: «¡Canalla, perdido; ya sabía yo que te encontraría con esa golfá!» Y otra voz de mujer, la de la golfá aludida, contestaba en el mismo tono, con desgarro. Salí. Me parecía demasiado cobarde quedarme en el cuarto o tomar las de Villadiego. No había más remedio que intervenir en aquel escándalo, que me tenía abochornado y violento.

Parecía otra. El barniz señoril había desaparecido. Estaba al nivel de la chulilla—muy descarada y muy linda—, que la contestaba sin intimidarse, pronta a agarrarse con aquella rival de postín. Pero lo que me dejó helado fué ver al hombre a quien se disputaban las dos beldades. Era Federico, mi compañero de colegio, mi amigo de toda la vida. La escena, presenciada por la gente de los comedores cercanos, que se había asomado al oír las voces, le vejaba profundamente, y estalló contra mí.

—¿Conque eres tú quien la ha traído? Lo que has

hecho es una canallada, indigna de un caballero y de un amigo.

Y avanzó hacia mí con la mano levantada.

Nos separaron, evitando un pugilato lamentable. Y la mujer, sofocada, roja, atusándose el pelo ante el espejo, se volvió hacia mí y me dijo:

—Ahora, vamos donde usted quiera.

Lo mismo que a mí le hubiera dicho a cualquiera en aquel instante. Era el despecho, el afán del desquite inmediato... Mi ilusión se había evaporado. Comprendía que aquella mujer me había utilizado como un acompañante para sorprender al infiel. Cobrarme, siendo un mero instrumento de venganza, aunque la venganza fuera deleitosa, no me seducía. Además, estaba por medio Federico... Preferí tomar yo también mi desquite de corrección desdeñosa.

—Ahora—contesté—la dejaré a usted en su casa, si gusta, a menos que prefiera usted ir a buscar a Federico.

—¿Yo buscarle? Gracias.

Volvimos silenciosos. Me despedí a la puerta. Al día siguiente, Federico y yo; ya serenos, nos batimos por el «¿qué dirán?» Había habido amago de vías de hecho. ¡Figúrese usted! Pero los dos teníamos más ganas de abrazarnos que de pasarnos de parte a parte. Ahí tiene usted mi conquista.

—Pero ¿cómo no sabía usted que Federico y ella...?

—Federico tiene el mismo carácter que yo, poco expansivo. No se presentaban juntos. Me pasó lo que a los maridos. Fui el último en enterarme, y a mi costa.

## IX

### LA PRINCIPIANTA

*En un palco de un music-hall de moda. Personajes: LINA, ex actriz, amiga de muchos; JUAN VALDÉS, escritor; RUPERTO DE VULGARIA, hombre de mundo; PAQUITO TREVÉLEZ, muchacho bien. Todos, menos Paquito, que no ha cumplido los treinta, han pasado de la edad que llamaba Espronceda de funestos desengaños. Algunos la miran ya lejana.*

*(En el escenario baila una danzarina innominada, joven, bonita, mal vestida.)*

LINA.—¿Quién es esta muchacha?

RUPERTO DE VULGARIA.—Cualquiera de las que levantan el telón. Una insignificante.

LINA.—¡Yal Pregunto su nombre. Tú, Juan, ¿no lo sabes? ¿De qué te sirve ser revistero?

JUAN VALDÉS.—Ni lo sé, ni soy revistero, ni los revisteros están obligados a saberlo todo.

LINA.—Dispensa, hijo; pues ¿qué eres? ¿No escribes en los papeles?

JUAN VALDÉS.—Sí; pero hay que llamar a las cosas con un poquito de decencia. Llámame crítico.

LINA.—Como quieras; no me cuesta nada.

PAQUITO TREVÉLEZ.—¿Pero revistero y crítico no es lo mismo? Digo, yo...

JUAN.—Hay una diferencia de matiz.

LINA.—Y de pretensiones.

JUAN.—Figúrate que yo te llamara revistera en tu género, ¿qué dirías?

LINA.—¡Animall

JUAN.—Veo que me has comprendido. Perdona.

RUPERTO.—Señores, haya paz. Voy a pedirle el programa al acomodador y saldremos de dudas. (*El acomodador le da el programa.*) «Juanita Granada, bailes andaluces».

LINA.—No baila mal. Pero está hecha un horror. ¡Qué vestido! Las mallas son de algodón. Estas mujeres no tienen gusto.

VALDÉS.—Lo que no tienen es dinero. Si Juanita Granada prospera, dentro de algunos años la verás hecha un figurín, con vestidos según los cartones del pintor que entonces esté de moda.

LINA.—¡Crearás tú que todas las mujeres saben vestirse!

VALDÉS.—Es más fácil lo contrario. Convengo en ello. Pero aprenden a vestirse. El gusto es más fácil de adquirir que el dinero. Lo malo es que entonces, cuando Fulanita Granada haya adquirido el dinero, y los modistos y los amigos la hayan hecho adquirir el gusto y hasta la extravagancia, no tendrá esa piel, ni esa luz en los ojos, ni ese brío con que baila. Repa-

ren ustedes en que baila con convicción. Está escribiendo con los pies un poema de esperanza, de aspiración. Esa muchacha está decidida a llegar.

PAQUITO.—¿Con los pies un poema? ¿Como los poetas, entonces?

VALDÉS.—Diga usted siquiera como algunos, ya que se siente satírico.

RUPERTO.—A mí me gusta más así. Después de todo, los trapos...

LINA.—Pero, de veras, ¿es usted tan ordinario, tan vulgarote?

VALDÉS.—Los trapos son la mitad de la poesía de la mujer. Son el misterio, la decoración, el adorno del arte, -el lote femenino de la civilización... hasta ahora. Si hubiéramos seguido en el Paraíso, las Evas al natural habrían acabado por no interesar al hombre más que un amigo.

LINA.—¡Y luego dicen que gastamos mucho en vestir!

RUPERTO.—El que lo paga...

VALDÉS.—Los espectadores, nunca. La pasión femenil por los trapos es lo más lógico que hay en la mujer, que, por lo demás, es un ser profundamente ilógico. Son su armadura y a la vez su librea. Su triunfo sobre el hombre y su señal de sumisión al hombre.

PAQUITO TREVÉLEZ.—Como armadura, suelen ser una armadura ligerita.

VALDÉS.—Es una metáfora.

PAQUITO.—Los vestidos también son casi una metáfora.

LINA.—Con los hombres no se sabe nunca a qué

atenerse. Los hay que les gustan modestitas, con vestidos oscuros y sencillos y un velito.

VALDÉS.—No hay que fiarse de éstos. Son una invitación al bostezo.

LINA.—Pues mira a Ruperto. A pesar del vestido horroroso y de las mallas de algodón, no la quita ojo. No se la coma usted con la mirada, ogro. ¿Por qué no la protege usted, y así servirá usted para algo?

RUPERTO.—Me remordería la conciencia. Se aburriría demasiado conmigo.

LINA.—Ya encontrará alguna distracción por ahí.

RUPERTO.—Entonces me aburriría yo, y mi abnegación no llega a tanto.

LINA.—¿Sabe usted siquiera si le quería? Los hombres son de una fatuidad insoportable desde los quince a los setenta años; al principio, por la figura; después, por el dinero o por el pos.ín. Y a veces, señores Don Juanes, no hay de qué.

RUPERTO.—Por mi parte renuncio al experimento. El amor a los veinte años es una necesidad, a los cincuenta es una ridiculez. El hombre prudente debe contentarse con las falsificaciones.

VALDÉS.—Y, sin embargo, sucede que las toma en serio. El amor, que en la juventud es un poema, en la vejez parece un sainete. Y puede ser un drama.

PAQUITO.—El corazón nunca es viejo.

VALDÉS.—Falta a su obligación si no envejece a tiempo, al compás de todo lo restante. Ser viejo de joven es horrible, frío, antipático; pero seguir siendo joven cuando llega la vejez es un enorme peligro. Parece un bien y es un dolor. Hay que seguir el rumbo

de la vida y el orden de la Naturaleza. Conviene que haga calor en el verano y frío en el invierno. Crean ustedes que el mundo está muy bien arreglado.

LINA.—¿Qué ha de estar, hombre? No se debería envejecer nunca. ¿A qué viene eso?

RUPERTO.—Verdaderamente. Se pasa uno la vida afanándose, puliéndose, y cuando llega uno a ser algo, a tener dinero, a comprender la vida, a saber apreciar las cosas, ¡pataplún, se acabó! Viene el desenlace

VALDÉS.—Todas las comedias han de tenerlo. Además, si la plenitud de vida y de ilusión de la juventud durara siempre, morir se sería horrible.

LINA.—¿Te parece que ahora es divertido?

PAQUITO.—¡Si no hablásemos de cosas tristes!... Señores, ¡que estamos en un *music-hall* y sale otro número!

---

## X

# EL HOMBRE SERIO EN PARIS

### I

Sentado a una mesa de la terraza del Café de la Paix, don Braulio Renovares mataba el tiempo, que era su ocupación en París, en cuanto concluía la sesión del XVII Congreso de Psiquiatría, que le había llevado a la gran urbe, antiguo cerebro de Europa y lugar perpetuo de regalo y regocijo del mundo. París le fascinaba y le aburría. Bien comprendía que no era aquel paraje para aburrirse. Ya por las novelas francesas y los periódicos parisinos que había leído, ya por las mil señales externas que proclaman a París por Corinto moderno, se le alcanzaba que había allí, al alcance de la mano, mil placeres y esparcimientos. Pero su timidez de hombre de estudio, ignorante de la vida frívola, su falta de amigos, el miedo a ponerse en ridículo y hasta la gravedad que de buena fe atribuía a sus funciones de delegado del Gobierno español en el consabido Congreso, levantaban una infranqueable barrera entre él y aquel París del placer y de la alegría que pasaba rozándole por el bulevar. No sabiendo qué hacer, consumía su

tiempo en las terrazas de los cafés, mirando pasar la gente, asediado por *camelots*, que, viéndole forastero y novicio, le acosaban con ofertas de tarjetas postales, guías misteriosas de París o estampas sospechosas.

Don Braulio no había salido hasta entonces de España. Su vida había sido prosaica y feliz, como la de los pueblos que no tienen historia. Fué buen estudiante, ganó joven una cátedra, y casó, a gusto de ambas familias, con una señorita, ni guapa ni fea, de mediano caudal, que le dió tres hijos y una moderada felicidad conyugal, bastante para ver deslizarse el tiempo sin congojas ni inquietudes. Nuestro héroe no había sido joven, en el sentido romántico y alborotado de la juventud. Su vida igual, tranquila, en que todo había llegado por sus pasos contados —la posición oficial, la boda, los hijos—, se había deslizado sin sentir por el tiempo. Renovares llegó a la cincuentena sin enterarse casi de la fuga de la juventud, que le había visitado de incógnito. Se encontró hombre maduro, grave, con canas y autoridad en el mundo del profesorado sin darse cuenta de cómo había pasado tan rápidamente el tiempo. La felicidad es eso probablemente: vivir sin sentir el paso de la vida; pero como los poetas y los novelistas nos la pintan de otro modo, más accidentada y brillante, temerosos acaso de que la copia fiel de la realidad pareciese demasiado sosa a los hombres, los felices, como los maridos engañados, tienen la ventaja de no enterarse de su estado, lo cual les libra de la zozobra de perderle.

## II

La seriedad de don Braulio y su encogimiento de forastero y de sabio tímido no le impedía contemplar con cierto secreto alborozo del ánimo a las muchachas que con las ceñidas faldas de blandas telas modeladoras de la escultura humana cruzaban el bulvar como garrido ejército del amor, dejando una estela de sensualidad en las miradas de sus ojos sabios y en las sonrisas de sus bocas pintadas. En razón a lo moigerada y honesta que había sido su mocedad, el amor conservaba casi intacto su prestigio para don Braulio, un prestigio secreto de esos que no se confiesa uno a sí mismo mas que en los momentos de ensueño, en que nos emancipamos imaginariamente de los respetos y ataduras del mundo exterior.

En esta contemplación de bellezas ambulantes le sorprendió una voz amiga.

—¿Usted por aquí, amigo don Braulio? ¡Venga un abrazo!

El que así hablaba era Paco Roderá. Don Braulio le vió con alegría mezclada con su tanto de temor. Alegría, porque hallaba alma viviente con quien departir a sus anchas; temor, porque receló un instante que tras el abrazo que pedía Roderá pudiera venir alguna petición de numerario. Recordaba vagamente que Roderá, después de haber triunfado y brillado en Madrid, se quedó sin un céntimo y se fué a París, refugio de soberanos destronados y particulares tronados que cambian de clima... económico.

Venció, con todo, la simpatía que le inspiraba aquel sujeto alegre, decididor, ingenioso, cuya festiva charla le había entretenido muchas veces en el Casino de Madrid, porque don Braulio no era hombre adusto ni intratable. Por otra parte, el aspecto de Rodera no tenía nada de alarmante: vestía con refinada elegancia; sacó de una petaca de oro un cigarrillo turco y ofreció otro a don Braulio. Parecía contento, satisfecho de la vida y encantado del encuentro con su compatriota y amigo.

Pegaron la hebra.

—¿Va usted a quedarse una temporada en París?

—No; muy pocos días ya.

—¿Qué ha visto usted? Si le sirvo de *cicerone* me tiene a su disposición.

Don Braulio contó que había visto los museos, el Louvre, el Luxemburgo; que había subido a la torre Eiffel; había estado en una recepción oficial del Quai d'Orsay y visitado la Sorbona; hasta entró una noche en el cabaret de l'Enfer, donde algo le chocó, por falta de costumbre, la charla desvergonzada de uno de los diablos falsificados que recibían al público con vayas y cuchufletas. De buena gana nuestro héroe hubiese tomado asiento en uno de los enormes *char à bancs* en que Cook pasea a sus manadas de turistas por los monumentos y lugares curiosos de París; pero temió que alguno de sus compañeros del Congreso le viera en tal excursión y se descubriera así lo novato que era en la antigua Lutecia. Rodera se empeñó en llevarle a los restaurantes nocturnos de Montmartre.

—No puede usted irse de París sin dar una vuelta por allí. Es lo más característico. Se pasa el rato.

A don Braulio le pareció ridículo negarse. Quedaron citados para la noche.

### III

Rodera, obsequioso, quería hacerle ver una por una las *boîtes* nocturnas de la place Blanche y la rue Figa'le.

—Vamos a hacer la *tournéé des Grands-Ducs*—decía bromeando.

Por fin echaron el ancla en Albert's. El alma de don Braulio navegaba en una beatitud desconocida, mecida por el *champagne*, que había pagado generosamente Rodera, y por los vales de los violines zingaros. No quiero decir de un modo embozado y metafórico que estuviese borracho. Lejos de mí tal irreverencia. Pero su alma se sentía más ligera, más flúida, más suelta; tenía sed de movimiento y de bullicio; se abría a uno de esos brotes pasajeros y tardíos de juventud que parece que vencen momentáneamente al tiempo y remontan el curso de las horas. La música juguetona o *canaille* de los cuplés se le entraba en el corazón con una desconocida y nueva cadencia, que despertaba, como enjambre de doradas abejas, un tropel volandero de nostalgias y anhelos. Un italiano de aceitunada tez y perfil de medalla romana cantó una romanza sentimental-amatoria. Una muchacha rubia, con el pelo cortado a

media melena, a lo paje, con una cara sonrosada y picaresca de *soubrette* del siglo XVIII, muy pintada la boca, muy sombreados los ojos, verdes, profundos y gachones, se levantó de la mesa a que estaba sentada, tiró el cigarrillo de punta dorada que fumaba y se puso a cantar con gracia desgarrada unas coplas que contaban la transformación de una *midinette* en *cocota* de moda. Cuando acabó empezó a recorrer las mesas haciendo la *quête* con un plato en la mano. Era alta, esbelta, de cuerpo de muchacho y andares armoniosos y ondulantes. Cuando llegó a la mesa de los dos amigos, Roderer la echó un franco, don Braulio puso en el plato un luis. La muchacha le sonrió, le hizo una reverencia burlesca y le pasó por los bigotes una flor que se quitó del corpiño. Luego siguió hacia otras mesas, donde la llamaban a voces:

— ¡Meg! ¡Meg!

Roderer empezó a contar a su amigo horrores de la cantatriz. Don Braulio aparentaba escucharle, pero no le oía; seguía con los ojos a Meg. Su vida le parecía una cosa lejana, lúgubre, triste, ajena a él, algo como un ensueño de que despertase. Lo de ahora, lo que veía ahora era la vida, la alegría del vivir. Sentía la tentación de coger del brazo a Meg e irse con ella a través de aquel París encantador, donde el pecado parecía jugueteón, ingenuo, elegante, como una travesura del niño Eros, eternamente niño y eternamente divino. Era, sin duda, una tentación platónica que sabía que no había de vencerle. Le ataban su vida, su estado, su situación de hombre serio y arreglado, todas las ligaduras de aquella existencia,

dé que le alejaba entonces el vuelo alborotado de su fantasía, pero que seguía pesando sobre él.

—Es alegre esto—dijo por fin— No lo pasa usted mal en París, amigo Rodera.

—La vida es igual en todas partes—contestó éste—. Un libro nuevo, cuando abre usted sus páginas, tiene el mismo atractivo que una mujer desconocida. Usted quizá se divierte tanto en Madrid con sus libros y sus trabajos como los que vienen aquí todas las noches a correría o a matar el tedio. El caso es pasar el rato, ¿no es verdad?

Don Braulio asentía, pero sin convicción. En aquel instante se hubiese cambiado por Rodera.

---

## XI

# LA NOCHEBUENA EN EL SUBMARINO

*A bordo del A 11. Personajes: EDWARD LESLIE, ARTHUR BURDAY, tenientes de la marina inglesa, comandante y segundo del submarino. Es cerca de la media noche del 24 de diciembre de 1915.*

ARTURO.—¡Es estúpido! ¿Creerás que casi me ha hecho llorar el viejo Dickens con esta antigualla del Christmas Carol? ¡Para cánticos estamos! ¡Bonita Nochebuena! ¡Y lo que se prepara!

EDUARDO.—No es el libro. Es la ocasión. Hay instantes en que tenemos el alma palpitante, desvelada, ansiosa, dispuesta a abrirse a la menor emoción que llame a su puerta. Digo mal; lo que llama no es la emoción. La tenemos dentro. Llama un objeto, una ocasión cualquiera que en otras circunstancias no se haría oír.

ARTURO.—Bueno. Cuestión de nervios, ¿no es eso? No se lo hubiera dicho a nadie mas que a ti. Me tomarían por una muchacha sensible. Es que estoy triste, que pienso en mis viejos, que lo que hacemos me parece un crimen.

EDUARDO.—¿Un crimen? ¿Vas a discurrir como ese polichinela de Bernard Shaw? *Non sense*. Vivimos en instantes solemnes. Nos ha correspondido el mejor lote que puede tocar a un hombre: servir, sacrificarse por la comunidad, por los presentes y por los futuros. ¿Crees tú que nuestra existencia actual no vale infinitamente más que lucir el uniforme en los actos de servicio en tiempos de paz, llenarse de *whisky*, ganar o perder unas guineas en el Círculo o bailar con una bonita muñeca en un Club nocturno?

ARTURO.—Sí, todo eso es frívolo. Pero esto es inhumano, anticristiano. Dentro de unas horas vamos a ofrecer a los peces una magnífica cena de Navidad. Vamos a echar al agua seiscientos o setecientos hombres de ese barco que buscamos... si ellos no nos echan antes. En el fondo, es lo mismo. Claro que prefiero que sean ellos, aunque no sea más que por quedar encima. Pero esta guerra invisible, de acecho, es una monstruosidad. A cañonazo limpio, en un crucero, dando la cara, todo lo que quieras. Los inventores han deshonrado la guerra. Yo también he sentido desprecio hacia esos malabaristas de ideas, hacia esos fabricantes de frases bonitas, como Shaw. Cuando esperábamos la guerra, cuando seguíamos ansiosos el misterio de la hora inflexible que se acercaba, me parecían esos hombres bufones siniestros, que rebajaban y desvirilizaban al pueblo con sus cabiolas intelectuales. Pero casi voy creyendo que tienen razón.

EDUARDO.—¡Calla! Eres un chico malcriado, que dice tonterías que no siente para pasar el tiempo. Te

disculpo. Esto es aburrido. No se puede ni fumar. Pero, con todo, ¿te quejas de estar en un submarino? Estás porque eres robusto e inteligente, porque tienes buena nota. Lo has solicitado y has hecho bien. Hay muchos que quisieran estar en tu puesto.

ARTURO.—Ya lo creo; pero no es eso. A ti te hablo como si hablara conmigo mismo, como si pensara, sin palabras... No somos hombres. Somos un mecanismo más del torpedo.

EDUARDO.—¿Te figurarás que ellos tienen escrúpulos! ¿Que se lo pregunten a los del *Lusitania!*

ARTURO.—No, claro que no los tienen. Los aborrezco y los admiro. Tienen una impasibilidad magnífica de superhombres o de superbárbaros, que están más allá del bien y del mal en los ardides de la guerra. Es su superioridad, pero no se la envidio. Y lo peor es que les imitamos.

EDUARDO.—¿Y crees tú que a mí me complace dar de comer a los peces? Pero ¿qué remedio? Pensemos en la vieja Inglaterra, como decía Wellington en Waterloo. Ahora, te confieso que hubiera preferido no hacer nada esta noche. Pero es la ocasión y hay que aprovecharla. Yo también pienso en los míos. Betsey habrá puesto de seguro un bonito árbol de Navidad para los chicos. ¡Qué Dios los proteja!

ARTURO.—Eso mismo dirán ellos, pensando en nosotros, tu mujer y tus chicos, mis padres. Y esos hombres a quienes vamos a atacar tendrán también mujeres, hijos, padres, hermanos, que esta noche pensarán en ellos y dirán: «¡Dios los proteja!» Y la verdad es que no sé cómo se va a componer la Providencia

para protegernos a unos y a otros cuando llegue el choque.

EDUARDO.—¡Calla! Siempre estamos en las manos de Dios. Ahora, metidos en esta cáscara de nuez, que un solo cañonazo puede enviar al fondo del mar, parecemos hombres consagrados a la muerte. Y, sin embargo, en Londres, en tiempo de paz, protegidos por todas las sabias precauciones de la civilización y toda la policía de Scotland Yard, quizá la muerte ha andado más cerca de nosotros. Un automóvil, un enfriamiento, cualquier paralización, cualquier rozamiento de nuestra complicada máquina anatómica, que es más frágil que este submarino, puede ser la visita de la muerte.

ARTURO.—Sí; pero es una visita de incógnito, sin aparato dramático, con la cual no contamos.

EDUARDO.—Por lo mismo que ahora contamos con ella debemos estar preparados para recibirla dignamente. La amargura de la muerte se temple en el soldado con la voluptuosidad austera del sacrificio aceptado. Al menos es una muerte útil, una muerte noble, libre de las degradaciones y miserias de una enfermedad que mata poco a poco y antes nos convierte en harapos vivientes. Pero, ¡bah!, no se trata de morir, ni tampoco de echar discursos. Bastante hemos hablado. Se acerca la hora y hay que estar listos. ¡Teniente Burday!...

ARTURO (*en pie*).—Comandante.

(EDUARDO *da unas órdenes; el otro sale de la cámara.*)

## XII

# LA COMEDIA DE LAS IDEAS

## LA VOLUNTAD

Con la taza de café enfrente saboreaba don Antonio Ataulfo su cigarro, que no era, como diría un narrador aficionado a embellecer la realidad, un aromático habano, sino un cigarro de a veinte céntimos. La Filosofía suele ser pobre, y don Antonio la tenía por oficio, como catedrático que era de Lógica. Disfrutaba en aquel momento nuestro filósofo de uno de los grandes y fugitivos placeres de los hombres laboriosos: del placer del ocio, que no tiene deleite para los que no hacen nada, pues para ellos se llama aburrimiento; pero que cogido al vuelo y gozado como a hurto en los breves intervalos de una existencia atareada parece manjar digno de dioses.

Sobre la mesa del comedor, pequeño y triste, con luces a un patio, de la casa del profesor, veíanse las hojas de unas pruebas de imprenta. Era el trabajo que espiaba celoso frente a nuestro hombre, recordándole la brevedad de aquel minuto de *dolce tarmiente* y haciéndole más dulce, por lo mismo que iba a ser

breve. Las galeradas esparcidas sobre el hule de la mesa; los muebles viejos y de mal gusto de nogal chapeado; el cigarro barato; el conjunto del comedor, habilitado para escritorio después de la comida; los ruidos próximos de la cocina, daban la sensación de esa existencia estrecha y mezquina de la clase media, que rara vez aparece iluminada por un rayito de buen gusto, por una flor, por un piano abierto, cuando hay una mujer sensible que tiene en la cabecita rubia o morena algunos pájaros cantores. La prosa de esta vida suele dejar pronto vacíos los nidos de esos pájaros de la imaginación.

\* \* \*

Allí no había pájaros ni mujer. Don Antonio vivía solo con una criada, que pasaba de la edad canónica y que casi no tenía aspecto femenino, si en la idea de lo femenino prendemos alguna leve ilusión de gracia o de belleza. Acostumbrados los ojos del filósofo a aquellas cosas familiares y feas que le rodeaban, los muebles, la habitación, cuyas paredes cubría un floreado papel de antiguo dibujo obscurecido por el tiempo, las encontraba cómodas como unas zapatillas viejas y no reparaba en ellas por la acción esfumadora del hábito, que torna borrosas y opacas las imágenes que nos rodean. A fuerza de conocerlas no las conocemos.

Con el placer pasajero del ocio gozaba don Antonio el placer complementario de la divagación. Pensaba en su libro, cuyas eran las galeradas, un tratado

acerca de la voluntad, perteneciente a esa literatura moral de moda, que pretende comunicar a los hombres el secreto de hacerse señores de sí mismos, continentales, previsores, enérgicos, capaces, en fin, de forjar su propio destino. Como la Humanidad ha perdido la gracia para formar los mitos bellos y poéticos de las primitivas edades, se complace en formar estos otros mitos abstractos y en atribuirles el valor de específicos espirituales, propios para tonificar el ánimo, como un licor de quina del entendimiento. Se le ocurría a don Antonio que a él mismo le hubiera sido muy útil, cuando dió los primeros pasos en su vida, un buen prontuario de la voluntad que se la hubiese infundido, porque aquel hombre, que dogmatizaba sobre ella, no la había tenido nunca. Siempre se había dejado llevar mansamente por el juego de las causas externas, por la voluntad o el gusto de los próximos a él: parientes, maestros, amigos. Acaso por eso la voluntad le parecía tan simpática y tan influyente y su cultivo tan provechoso. No la había poseído, y tenía para él todo el atractivo de una facultad virgen y prometedora.

Su misma profesión... No le había llevado a ella una vocación, sino la voluntad paterna. De adolescente su sueño era ser militar, por culpa de una vecinita rubia y desenvuelta que hablaba desde el balcón con un teniente de húsares. La profesión militar era para Ataulfo, en aquellos días de la mocedad, un airoso uniforme azul que daba prestigio para hacer el amor a una muchachita rubia balconera. Siguió la carrera de Filosofía y Letras porque era enton-

ces una carrera corta, propia para un hijo de familia modesta, a quien no asustase el destino del don Hermógenes de *El Café*, dómine de Pioz y perpetuo opositor a cátedras. Luego las oposiciones, tan pronto a Griego como a Metafísica, a Historia Universal como a Literatura, hasta que al cabo fué catedrático. Y toda la vida así, sin un arranque personal, sin elegir, tomando las cosas como venían, sin forjar su vida, recibéndola humilde tal como se la modelaban las circunstancias. En la mente de don Antonio se dibujaban fantasmas lejanos, que ya no eran dolorosos por la acción apaciguadora del tiempo, pero que eran irónicos frente a aquella apología retórica de la voluntad en pruebas de imprenta. La mujer que le hubiera amado si él se hubiera atrevido; los compañeros menos inteligentes que él que medraron por su obstinado esfuerzo, por su arte de intriga, por su *mun-dología*.

La tagarnina de don Antonio llegaba a su fin. El filósofo abandonó con un pesar infinito aquel momento de divagación y de pereza y empezó a corregir sus pruebas, donde leía: «La voluntad es la gran palanca de la vida. Querer es una palabra mágica que nos abre paso en la existencia...»

### XIII

## EL HOMBRE QUE DESEÓ ENVEJECER

GONZÁLEZ.—¡Qué absurda es la vida! ¿Quiere usted a Romeo y Julieta? Aquella pareja que pasa. No son precisamente los que representó Shakespeare; pero, en fin, creo que son lo más parecido al original que he encontrado en la vida.

RODRÍGUEZ.—Usted desvaría. Si dijese usted Filemón y Baucis... Ella, dicho sea sin ofenderla, es una vieja, y él es nuestro amigo Ansúrez. Le encuentro un Romeo muy averiado, que debe de andar alrededor de los sesenta. Además, no se han muerto. Si querían imitar a los amantes de Verona, estaban en el deber de hacerlo. El amor es cruel; pone en ridículo a los que ya no sirven para sus designios. Es como la intancia inconsciente, como los niños malcriados, que no quieren dar un beso a un viejo o a una señora mayor porque les parecen feos. No me convence esa pareja de enamorados.

GONZÁLEZ.—Pues, a pesar de todo, yo creo que nuestro amigo y su dama es ahora cuando han conocido la plenitud serena y regalada del amor. No

hay que asombrarse. El amor es una ilusión, una visión enteramente subjetiva de la persona amada. ¡Por cuántas mujeres fatales y por cuántos hombres irresistibles no darían un paso los hombres y las mujeres, respectivamente, que les miran con frialdad, con la mirada objetiva de todo el mundo! Yo siempre he creído en los filtros de amor, sólo que no se administran en el agua, ni en la comida, ni por otro modo material y visible, sino que emanan como un efluvio de una persona en relación a otra, y no siempre, sino en tales ocasiones o circunstancias propicias. Es una operación de magia, obscura y complicada, que a veces se realiza inconscientemente.

RODRÍGUEZ.—Vamos, la afinidad electiva, obscura sí, pero no mágica. ¿Y qué filtro le habrá dado la señora esa del pelo cano a nuestro amigo? Me parece que si intenta conmigo el hechizo, pierde el tiempo lastimosamente.

GONZÁLEZ.—De la composición del filtro no sé, sí de sus efectos. Esos amores fueron famosos en el pequeño círculo de la murmuración cortesana. ¡Dieron tanto que hablar y hasta que reír, porque el amor, que es eminentemente trágico por dentro sentido, por fuera visto toma a menudo actitudes cómicas! Creo que Ansúrez la conoció en un baile de máscaras del Real, o acaso por una de esas presentaciones que no rodean precisamente de una aureola a la dama presentada. Ella es la Gracini. Vino de tiple en una compañía italiana. Se quedó. Sabía español y pasó a cantar zarzuelas. Las costumbres eran entonces más severas. Al ver a Ansúrez exhibiéndose continua-

mente con aquella mujer, le decíamos los amigos: «Pero, hombre, ¡estás desacreditándote!» Perdió una boda, y su reputación de hombre serio quedó muy quebrantada, aunque en todo lo demás ha sido siempre la formalidad en persona.

Las trifulcas de esta singular pareja fueron famosas. Cada año tronaban dos o tres veces. Ella se contrataba para provincias. Hasta creo que una vez se fué a Buenos Aires. El se exhibía con otras. Ensayaba el calmante del aturdimiento, que es el gran error de los enamorados; como que no sirve más que para encender y enconar sus recuerdos, si es que no les embarca en una aventura peor. Si yo me viera en ese caso, me iría a hacer ejercicios espirituales a un convento, me echaría en brazos de la lectura, aunque fuese de folletines policíacos, haría cualquier cosa menos tratar de quitar la mancha de la mora con otra verde, como dice el embustero refrán. Era un espectáculo conmovedor y ridículo a la vez ver a aquel hombre buscándola con la mirada en los teatros, en los paseos, siguiéndola como su sombra en aquellos períodos de borrasca. A mí me daba lástima, francamente; aun me hubiera inspirado cierto desprecio hacia tal abdicación de la voluntad y de la entereza si no hubiese visto en la cara ceñuda de Ansúrez la expresión de una gran angustia. ¡Estaba en aquellos días para pedirle un favor!

Al poco tiempo se les veía otra vez juntos. Transcurrían unos meses y se repetía la separación. Así se han pasado no sé cuántos años, la vida casi. Y ahora ya los ve usted, tranquilos, inseparables. Cual-

quier día saldrán temprano, se irán a una iglesia y se casarán de riguroso incógnito para no dar qué decir.

RODRÍGUEZ.—Pues, francamente, para Ansúrez será un desenlace desastroso. Es para creer en el filtro de que hablaba usted. ¿Qué le habrá dado esa mujer? Ya la voy recordando. Me parece que ni siquiera era bonita. Y ahora, que es una vieja, cree usted que Ansúrez... Vamos, habría que declararle loco de remate.

GONZÁLEZ.—Todos lo somos. Yo no he conocido a ningún cuerdo cabal. Ni siquiera lo son los tontos. Al menos esta locura tiene una vena de poesía, es romántica y quintaesenciada. Si lo más poético y singular de la historia es eso: el caso de un hombre que está anhelando que llegue la vejez de la mujer amada para que ya no se la dispute nadie, para que se calmen los caprichos y las ambiciones de ella, para que no tenga ya más horizonte que él. No se creería; y es como se lo estoy diciendo. Yo lo sé por casualidad. Se confió a mí en uno de esos momentos de angustia, de desolación interior, de abatimiento, en que nuestro dolor se nos sube a los labios. Me contó sus penas, los agravios que tenía de aquella mujer. Yo trataba de calmarle con los consejos vulgares: «Esa mujer no le conviene a usted, amigo Ansúrez. Pero, además, ¿qué le encuentra usted? Ya no es joven...» «Si lo que yo ansío es que envejezca, que el tiempo nos traiga la paz, el aquietamiento. ¡Si sólo pensando en eso, esperándolo, no he roto definitivamente con ella», me contestó.

RODRÍGUEZ.—Mas para que ella envejeciera An-

súrez tenía que hacerse viejo también. El tiempo anda para todos. De modo que es un hombre que ha deseado envejecer. Lo que decía antes, loco de atar...

GONZÁLEZ.—Es la locura de todos los sacrificios, que derogan el fuerte egoísmo animal, que es la máxima cordura, sana, robusta, sin complicaciones.

RODRÍGUEZ.—Hombre, al egoísmo no se le puede elogiar en público decentemente. Parece una ofensa al interlocutor o a los oyentes, si hay varios. Pero todos le tenemos en un altarito allá dentro. En fin, Ansúrez es, por lo menos, un original, un curioso ejemplar para el mundo al revés. Casi todos los hombres se cansan de las mujeres cuando envejecen, y él...

GONZÁLEZ.—Ahí verá usted.

---

## XIV

### LA DORO

Al trote menudo de la yegua que arrastraba la carretela volvían Enrique Gelmírez y Luis Ayala de la Castellana. Empezaba a anochecer. La no extinguida luz del crepúsculo, que daba al cielo un color opalino disuelto en una insensible escala de matices hasta encenderse en un fulgor de incendio lejano en el confín del horizonte, empezaba a recibir la competencia de las luces artificiales de la ciudad, que brillaban acá y allá desperdigadas, mientras en el cielo lechoso el verde de los árboles se destacaba con una coloración obscura, casi negra, y las mil agujas y salientes de que está erizada la edificación urbana, chimeneas, pararrayos, campanarios, se dibujaban con líneas duras y cortantes en aquella luz muriente, no velada todavía por las sombras próximas y libre ya del deslumbramiento solar de los cielos meridionales. A pesar de los mil ruidos del atardecer ciudadano, parecía descender del cielo una onda de quietud, de sosiego, que convidaba a la intimidad y al recogimiento y acaso preparaba para la confidencia.

Iban callados los dos amigos, que, sin darla de genios, tenían bastante sal en la mollera para saber

gustar de vez en cuando el placer vago y delicado del silencio. Al llegar a la plazoleta de Colón, pasó junto a su coche una elegante berlina, en que iba una mujer toda de blanco, desde la airosa pluma del sombrero hasta los zapatos, que dejaban ver la transparente media. Luis y Enrique reconocieron en seguida a la dama de blanco, que no tenía el aire ingenuo de la Beatriz adolescente, como la que vió el Dante por primera vez, sino la sensual y picante hermosura de una andaluza de tez de magnolia y ojos negros llenos de luz, de vida y de *ángel*. Elegantísima, alta, esbelta, con aire de gran señora, había, con todo, en su blanca silueta, a pesar de la sobriedad del atavío y la armonía del conjunto, un no sé qué llamativo e independiente que hacía pensar en una cómica o una entretenida de alto coturno. Ese indefinible matiz se concretó y tomó cuerpo cuando la señora de blanco se puso a hablar con el cochero, que, refrenado el tronco, la escuchaba y la respondía con aire risueño, distinto del aspecto glacial y servil de los criados de buen estilo, que miran siempre a los señores en impersonal, casi en abstracto.

—Ahí va tu amor—dijo Enrique.

—¿Mi amor?—contestó Luis—. Pongamos un *ex* que relegue a la lejanía de las cosas que fueron esa suposición, siempre dudosa, del amor. Mejor que de las cosas que fueron debería decir de las cosas que pudieron ser, porque yo, en realidad, con la Doro no he tenido nada, aunque hubo entre nosotros un coqueteo, un conato de historia de amor. Sin jactancia, puesto que ya no me importa nada, puedo decir que

creo que no le parecía mal. Lo que sí debí parecerle es un chiflado, un hombre tímido o incomprensible. Empecé a hacerla el amor por lo fino, como a una señorita a quien se corteja con buen fin. Nos cruzábamos casi todas las tardes en paseo, y a la mirada de sus ojos negros, qué me decían a las claras: «Pase usted adelante», contestaban los míos, que yo no sé lo que le dirían a ella, pero que, según mi intención, cantaban un himno a su belleza. ¿Por qué hacía yo aquello? ¿Por qué no declaraba a la Doro paladinamente mi atrevido pensamiento, que no envolvía, dadas las circunstancias del caso, un atrevimiento extraordinario? Empezó por juego, por afición al deleite del *flirt*, por poner un poco de ilusión en una aventura vulgar y fácil. En los simulacros del amor los preparativos valen más que la materialidad del desenlace. De nada como del amor, o de sus simulacros más o menos aproximados, porque el amor es un milagro raro o quizá un mito inventado por poetas y novelistas, se puede decir que lo mejor de las cosas es la víspera. Yo saboreaba ese placer de la víspera, de una víspera cuyo mañana no parecía dudoso, y poco a poco me fué invadiendo el hechizo del *flirt*, que se juzga triunfante, y empecé a idealizar a la Doro y a vestirla de ilusión, que es un vestido que parece barato y es el más caro. Ni Paquiní ni Worth, por mucho que aprieten en las cuentas, nos pueden salir tan caros como ese traje de ilusión con que de un cuerpo bonito hacemos un ídolo. Creo que corrí gran peligro de enamorarme de la Doro. Pero ella misma se encargó de disipar el encanto,

por lo cual la debo agradecimiento eterno. Una tarde, al entrar en la Peña, su cochero, ese mismo cochero que has visto, se me acercó: «¿El señor es don Enrique Gelmírez?» «Sí.» «Esta carta de parte de mi señorita.»

Era breve la epístola; era breve y no estaba escrita con muy mala ortografía, porque se puede ser hija de una portera, como la Doro, y haber recibido alguna iniciación en las primeras letras. Decía: «Muy señor mío: Me está usted comprometiendo siguiéndome a todas partes, y como no me dice usted nada, no sé qué pensar. Si quiere usted hablarme, puede venir a mi casa mañana a las cinco.» Seguían las señas y la firma. Aquel ofrecerse, aquel afán de llegar al desenlace mató el encanto del *flirt*. El placer fácil, que se sirve cuando le da a uno la gana, como la comida en un restaurante, no me ha seducido nunca. Contesté unas vagas frases de excusa y aplazamiento y no fui a la cita. Desde entonces la Doro me mira con ceño y afectando desprecio. Debo de parecerle un imbécil, un guasón, o Dios sabe qué.

—Y no le falta razón. Ponte en su caso. Dime, y el cochero parece tiene mucha confianza con la señorita.

—No formes juicios temerarios. Es su hermano. ¡Cuando pienso que hemos estado a punto de ser un poco cuñados!

## XV

### LOS TRES REYES

*(En un Casino, a media noche. Junto a una chimenea conversan despaciosamente unos cuantos señores mayores. El salón, aparte de este grupo, aparece solitario. No han terminado aún las funciones de los teatros, de vuelta de las cuales suelen agregarse a la tertulia algunos trasnochadores. Es la víspera de Reyes.)*

DON FRANCISCO *(uno de los señores mayores, mirando el reloj)*.—¡Vaya, señores, es hora de irse a casital Que los Reyes les traigan a ustedes lo que más les apetezca, o, mejor dicho, lo que les convenga, porque no siempre lo que deseamos es lo que nos conviene.

RODRÍGUEZ.—¡Hombre, es verdad que mañana es día de Reyes! No me acordaba. ¡Hace tanto tiempo que no recibo la visita de esos señores! ¿Usted va a poner sus botas al balcón, don Francisco?

DON FRANCISCO.—¿Yo? Vivo en un piso bajo y temería quedarme sin ellas. Como los Reyes no tienen hora fija, es muy posible que cuando pasaran no las encontrasen ya.

JUANITO GELMÍREZ *(a pesar del diminutivo frísa*

*en los sesenta*).—Pues yo no sólo no pongo las mías, sino que, a título de abuelo y de tío, en el buen sentido de la palabra, ejerzo de apoderado de los señores Reyes y tengo que surtir los zapatos ajenos, es decir, ajenos no, porque son los de mis nietecillos y mis sobrinos. Un montón de juguetes he mandado esta tarde a las respectivas casas, con la reserva consiguiente. Hay que respetar la fe infantil, y la fe no se conserva sin el misterio.

RODRÍGUEZ.—Le envidio a usted. Yo con los Reyes no tengo ya ni esa relación de apoderamiento que a usted le cuesta cara, pero le halaga tanto como a los beneficiados. Los Reyes no me han dejado más que recuerdos. De los primeros Reyes no guardo memoria; pero a los últimos ¡vaya si los tengo presentes! Como si fuera ahora los recuerdo. Mi casa iba a menos. La víspera de Reyes, tendría yo entonces nueve años, oí una conversación entre criados. «¿Sabes que los señores quitan el coche?», decía uno. «¡Esto va de capa caída!» Yo era un niño precoz, de sensibilidad extremada, como suelen serlo los niños enfermizos y mimados. Aquello se me grabó en el alma. Quitar el coche me parecía a mí, no sé por qué, la miseria. «¿Si no vendrán los Reyes?», me preguntaba. Había oído que los Reyes no iban a casa de los niños pobres. Vinieron. A la mañana siguiente hallé los acostumbrados juguetes. Pero lo del coche no se me borraba de la imaginación. «Mamá, ¿es verdad que no tenemos coche?», le pregunté a mi madre. Y mi madre, la pobre, tan buena y tan animosa, me contestó señalando un cochecito de juguete que figura-

ba entre los presentes de los Magos: «Mira, riquín: los Reyes han traído este coche y se han llevado el otro, el grande; pero para traernos otro más bonito.» «¿Y cuándo lo traerán? ¿Mañana?», pregunté inocentemente. «No, hijo mío, lo traerán el año que viene. ¿No sabes que los Reyes sólo vienen una vez al año? No lo trajeron ni volvieron. Las tristezas de la infancia hicieron de mí un hembrecito...

DON FRANCISCO.—No removamos tristezas. Los viejos necesitamos la alegría, que es el calor del alma. Las nuestras, por lo mismo que se van perdiendo, han menester de esa lumbre espiritual. Para quitarles a ustedes el sabor de boca melancólico de la historia de nuestro amigo les contaré a ustedes la de mis tres Reyes, que me visitaron ya talludito. Los dones regios fueron la mirra, el oro y el incienso. Los humanos, como seres imperfectos, los interpretamos en un sentido material. El oro me lo trajo un Rey... que no tenía dos pesetas. Era un bohemio extravagante que había comido mucho. Había sido periodista, conspirador, creo que secretario de Ruiz Zorrilla, y, ya viejo, se había acogido a un desti illo. Despreciaba olímpicamente a la Administración, considerándola como un asilo de inválidos. Yo servía en la misma oficina, tenía doce mil realitos de sueldo y andaba bebiendo los vientos por el ascenso. «Lo que le conviene a usted es que le dejen cesante—me decía mi Rey—; aquí acaba á usted por convertirse en una máquina; ahora que es usted joven, debe usted trabajar, perseguir osadamente a la Fortuna, que es una jamona que no hace caso mas que a los mozos.

Ser empleado es pan para hoy y hambre para mañana. A mí, al principio, me parecían absurdas las predicaciones de mi amigo el bohemio; pero poco a poco me fueron convenciendo. No me dejaron cesante, pero yo dejé el destino; me fuí a la Argentina, y allí, trabajando, reuní cuatro cuartos para la vejez. Mi Rey del incienso, es decir, de los honores, de la ambición, ya saben ustedes quién fué, Romero Robledo, que me hizo diputado y director y me dió la Gran Cruz. Rótulos para la papeleta de defunción. Pero, en fin, el hombre es un animal vanidoso...

RODRÍGUEZ.—¿Y el Rey de la mirra? Vamos a ver, don Francisco, ¿fué rey o reina?

DON FRANCISCO.—Claro que reina. La mirra es el amor, en mi exegesis de tejas abajo. ¡Lo que yo la quise! Estas reinas nos dan disgustos, pero nos traen lo máspreciado: la ilusión divina del amor.

JUANITO GELMÍREZ.—Pero de reyes o reinas habrá usted tenido más de uno, digo yo.

DON FRANCISCO.—No, estos Reyes nos visitan una sola vez en la vida. Los demás son viles imitaciones.

RODRÍGUEZ.—Pues mucho cuidado, don Francisco. A ver si los Reyes le ponen a usted este año en el balcón una buena moza, como la que pinta *La Vie Parisiense* como regalo de Noel para los solteros.

DON FRANCISCO.—¡A buena hora! No creo que los Reyes gasten esas bromas. ¿Qué iba a hacer yo con el regalito?

## XVI

### COMIDA DE TABERNA

#### I

Un criado pasó por los salones del Club tocando una campanilla. Esta campanilla simbólica tiene distintas significaciones, según las horas. A una cierta hora anuncia el comienzo de los recreos mayores, o dicho en lengua vulgar, de la timba. A otra hora anuncia que se va a empezar a servir la comida. El reloj declara que éste es el sentido del campanilleo que va recorriendo los salones para advertencia de distraídos.

En un ángulo del salón hay un grupo de muchachos jóvenes—casi no es redundancia, porque hay muchachos viejos o viejos que la dan de muchachos—. Charlan animadamente los del grupo entre risas y chupadas de cigarros egipcios. A distancia, llegan algunas palabras sueltas de la conversación: Luisilla... *Palace, panne, Camorra, tajada...* Estos miembros rotos de oraciones o frases lejanas bastan para comprender que el grupo no habla de teología. El salón va quedándose desierto en torno del grupo parlanchín. El contorno de las voces se precisa.

—¿Qué, nos quedamos a comer aquí?—dice uno.

—El *menu* no es gran cosa. Podemos mandar traer algo de fuera. Yo comería cualquier guisote ordinario. Unas judías de «Casa de la Concha» ¿no os dicen nada?

—Y unos callos.

—¡Y una ensalada de escabeche!

—¡Casal! Que venga uno de recados en seguida.

## II

Apartados del grupo hay dos hombres de mediana edad. Contrasta en el uno el pelo espeso y fuerte, casi blanco, con el rubio bigote marcial de largas guías. Hay un no sé qué de vejez prematura en aquel hombre, que tiene el aire de un militar vestido de paisano. El otro es un hombre flaco, consumido, moreno, con cara de Cristo viejo de pintor español.

—Buenos se van a poner esos—dice el hombre canoso de aspecto militar—. La Humanidad está chiflada completamente. Ese de las judías ya sabe usted quién es: Juanito Santaularia, la crema de la crema, nobleza rancia con una barra de bastardía de rey en los orígenes, y además millones, que son el mejor estuche de los pergaminos. Su madre tiene el mejor cocinero de Madrid. Aquí se come bastante bien, y, sin embargo, esos muchachos prefieren darse un hartazgo de judías estofadas, como un albañil.

—En la variedad está el gusto.

—¡Qué sé yo! Hay en nosotros no sé qué oscuro instinto que nos atrae en ciertos momentos hacia las

cosas bajas y ordinarias. Es como una protesta de la Naturaleza contra el refinamiento de la vida civilizada. Acaso lejanos atavismos. El hecho es que el hombre más culto, más fino, más civilizado, se complace a sus horas en cosas que le repugnarían de ordinario.

—Dice usted bien. Y si sólo se tratara de conductos de taberna, todo se reduciría a beber un poco de agua de Vichy. Lo malo es que el alma tiene también sus caprichos de comida de taberna. Yo lo sé por experiencia, por una triste experiencia, en que naufragó mi felicidad y acaso la de otra persona. Si no estuviéramos en una época incrédula, diría que era el pecado original, que tira de nosotros desde muy lejos, prestando a las cosas viles un atractivo penetrante.

Sonreía levemente el de los bigotes rubios ante aquella evocación impensada del pecado original a propósito de las judías de «Casa de la Concha». El otro prosiguió con voz velada, con esa voz que refleja antiguas emociones de drama, con la vista perdida en el aire, como si hablara a solas en alta voz.

### III

—No me explico cómo pude caer en aquella vil bajeza. Yo estaba enamoradoísimo de mi prima Angelina. Era la mujer soñada. Linda como un amor; el tipo de una duquesita de retrato de Reynolds: nácar, rosa y oro; virtuosa, sencilla, alegre, bien

educada, buena cristiana, una de esas mujeres que ya no se encuentran mas que en las novelas honestas que se escriben en provincias. De colegiala había mostrado esa vaga afición al estado religioso que suele ser una ilusión infantil de educanda de monjas. Cuando la vi de largo, convertida en mujer, me pareció algo sobrehumano, una aparición celeste. ¡Qué emoción inolvidable cuando, sonrojada, me autorizó para que hablara a su padre! ¿Cómo pude olvidar aquel instante? Como novio oficial, iba a su casa de tertulia todas las noches. Iba a señalarse la fecha de nuestra boda, y de repente surgió la estúpida y vil aventura que destruyó mi dicha, nuestra dicha, porque creo que Angelina hubiera sido feliz conmigo.

Trabajaba en un teatrillo de Madrid de tercer orden una cantadora andaluza: *la Cordobesa*. En mis gustos y en mi manera de ser he estado siempre en los antípodas de la flamenquería. ¿Qué extraño hechizo hallé en aquella mujer? Aun me parece cosa de brujería. Tal vez fué una venganza de la vida casta y recogida que llevaba entonces por amor a mi novia. *La Cordobesa* era lo que se llama brutalmente una buena mujer: alta, llena de carnes, de formas opulentas, de ojos y pelo negrísimos, de una ordinareiz supina en todo lo espiritual, aunque con cierta gracia desgarrada y chulesca. Un capicho sensual, un antojo como el de la comida de taberna me llevó hacia aquella mujer y me hizo contraer con ella unas relaciones absurdas en vísperas casi de mi boda. Absurdas, sí, porque yo seguía amando a Angelina, y

por nada del mundo hubiera renunciado a ella. Comprendía todo lo culpable e indelicado de mi conducta, me prometía romper de una vez con aquella mujer; pero aquella sublevación de instintos plebeyos que me tenía bajo su influjo me arrastraba hacia ella. Y todas las noches, despreciándome a mí mismo, comprendiendo la bajeza de pasar así del amar puro y honesto a la pasión viciosa, al salir de casa de mi prima iba a buscar a *la Cordobesa*. Cada noche me prometía que iba a ser la última; pero el propósito se disipaba al día siguiente con pretextos especiosos. Tenía el sordo presentimiento de que iba a ocurrir la catástrofe temida de que mi doblez sería descubierta. Razonaba con lógica fría la dificultad de que aquella relación secreta ignorada del Madrid alegre — con más razón ignorada de la familia de mi novia, que estaba en otro plano social y hacía una vida severa y retraída —, pudiera ser descubierta; mas esta lógica, que era una capitulación con mi locura o mi capricho, no podía acallar la voz secreta, el aviso del destino que se estaba fraguando. Vivía, como suelen los que están entregados a pasiones indignas, en un estado de excitación y de desasosiego casi sonambólico.

#### IV

Y la catástrofe llegó. Una noche, la recuerdo como si fuera ahora, iba, como solía, a casa de *la Cordobesa*. Era una noche glacial. Las calles estaban solitarias. Con el cuello del gabán de pieles subido hasta los ojos caminaba de prisa por la calle de la Mag-

dalena. Un hombre embozado en su capa pasó junto a mí y se quedó mirándome. A poco se quedó parado un momento; después siguió andando despacio. La soledad de la calle por una parte, y por otra aquel temor irrazonado y secreto, aquel presentimiento que no me abandonaba, me hizo fijarme en estos pormenores. Retardé el paso. El hombre se me acercó con vacilación: «Caballero—me dijo—, vienen siguiéndole a usted dos mujeres.» Le contesté bruscamente que me dejara en paz. Creí que iba a pedirme una limosna o acaso a intentar un atraco. Pero cuando el hombre se alejó, refunfuñando por la mala acogida de su oficiosidad, un sentimiento de curiosidad y de alarma me hizo volver la vista atrás. Efectivamente, por la misma acera que yo avanzaban dos mujeres muy tapadas. Caminé hacia ellas resueltamente. Retrocedieron. Traté de alcanzarlas y emprendieron entonces una verdadera fuga, subiendo a un coche parado en una esquina antes de que yo pudiese llegar junto a ellas. El corazón me dió un vuelco. Aquellas dos mujeres evidentemente huían de mí. ¿Luego era verdad que venían siguiéndome, como me había dicho el desconocido? ¿Quiénes eran? Me resistía a creer que una muchacha de buena sociedad, educada a la antigua, de gran recato y carácter tímido como era Angelina, pudiese emprender la extraña aventura de seguir a su novio por las calles de Madrid a altas horas de la noche. Sin embargo, el coche aquel particular que seguía a distancia a las desconocidas; su fuga cuando traté de aproximarme; hasta la estatura y el aire de una de las

tapadas, y sobre todo mi presentimiento, la voz de la conciencia, me decían que era ella. Yo no tenía líos o aventuras que pudiesen explicar aquella extraña vigilancia. Si era, en efecto, Angelina, dado su carácter, aquel paso representaba una prueba de amor extraordinaria, una pasión que yo no sospechaba en ella, aun confiando en su cariño, que parecía tierno y apacible.

No pude pegar los ojos en toda la noche. Esperaba angustiosamente el nuevo día, que me sacaría de dudas, y al mismo tiempo lo temía. Tentado estuve de escribir a mi prometida confesándole mi culpa, pidiéndole perdón. Pero ¿y si no era ella? ¿Y si todo había sido una falsa alarma, una equivocación?

No; mis temores eran ciertos. Nunca lo llegué a saber de sus labios; pero los hechos no dejaron lugar a la duda. Cuando llegué a su casa... cuando llegué a su casa, su madre, triste y severa, me dijo: «Angelina está mala, tiene un enfriamiento.» Pero la voz y la manera lo decían todo. No volví a verla más. Una breve esquila me anunció que debía suspender mis visitas. Angelina seguía enferma, estaba nerviosa, no quería ver a nadie. Intenté justificarme; fué en vano. Mis tíos acaso se inclinaban al perdón, con la indulgencia que dan los años. Mediaban las conveniencias sociales..., la boda casi anunciada; pero ella no quiso oír nada. Al mes entraba de novicia en las Comendadoras. Puede que haya sido feliz; pero yo tengo un remordimiento de haber destrozado dos vidas.

—Es casi una novela.

—La vida las hace.



## XVII

### LA NATURALEZA

PEDRO y JUAN, *figuras del diálogo.*

PEDRO.—Cada vez que leo la palabra «naturaleza» pienso en la inmensa edificación ideal que han levantado los hombres sobre ella. Es toda una ciudad de ideas, con los más variados edificios, con sus iglesias y sus casas llanas. ¡Parece mentira que una palabra pueda servir de cimiento para tanto! Para unos la Naturaleza es un dios; para otros, un demonio. La Naturaleza sirve de excusa para los extravíos y sirve también para condenarlos. Confiamos y desconfiamos en la Naturaleza; pero ¿sabemos lo que es? ¿Qué es la Naturaleza? ¿Qué es esa palabra en que caben tantas cosas diferentes?

JUAN.—La Naturaleza no es una palabra. ¿Qué cosa hay más real? Es un nombre que se ha dado a la tierra, considerada en los tres reinos: mineral, vegetal o animal, o en los cuatro, si tiene usted empeño en agregar el reino hominal o humano. De este punto de partida arranca toda esa construcción ideal a que usted se refiere. El edificio será fantástico, caprichoso; pero los cimientos no pueden ser más sólidos.

PEDRO.—¿Sólidos? Su solidez está en nuestros sentidos, en nuestras sensaciones. Es bien relativa. Vea usted el mar, por ejemplo: es inmenso, magnífico, grandioso, sublime. Pero ¿qué sería el mar si no hubiese un ojo humano que le contemplase? Su inmensa llanura, de que hablan las zarzuelas; sus verdes ondas o su manto azul, ¿a qué quedarían reducidos? Su color y su movimiento son sensaciones visuales nuestras; su bramar, sensación auditiva; la humedad de sus aguas, sensación de tacto. El mar, si no hubiera hombres, ¿sería algo? ¿Qué sería? Desde luego no sería lo que es, lo que de él hacen nuestros sentidos, concediendo que quedase algo. Y lo que digo del mar puede usted aplicarlo al Sol, al Himalaya, a los animales, a todo lo exterior. El universo está cimentado sobre nuestros sentidos. «El mundo es una representación», que dijo Schopenhauer. ¿Acertaría usted a representarse de algún modo la tierra si estuviera deshabitada de seres provistos de sentidos, si no existieran los fenómenos visuales, auditivos, táctiles, olfativos y del gusto? La luz, sin ojos que la vieran, ¿sería luz? Quitando al espectador, al sujeto, lo más que puede usted representarse es una sombra densa, un misterio, un caos.

JUAN.—¡Hombre, quedaría el *noumenos*, el ser íntimo de todas esas cosas, su potencialidad de producir sensaciones!

PEDRO.—El *noumenos* está bien para leído en Kant. Pero ¿va usted a responder de él? Nadie le ha visto ni le verá.

JUAN.—Es, sin embargo, una convención útil ad-

mitir que existe. No es cómodo considerarse habitante de un mundo de fantasmagoría y apariencias. En último extremo, el *noumenos* será la consecuencia con que se portan nuestras sensaciones, representándonos las cosas de la misma manera, en vez de desconcertarnos con imágenes variables e inseguras; aquello por virtud de lo cual el cielo parece azul a todos los hombres... cuando está azul.

PEDRO.—También esa constancia puede estar en nosotros, en nuestros ojos. Pero esta disquisición sobre la Naturaleza ha desviado mi pensamiento del punto de mira que tenía. La incertidumbre que rodea al concepto de la Naturaleza, de lo natural, sube de punto cuando se aplica al hombre. ¿Qué es lo natural en el hombre? Acauso lo artificial. La historia de la civilización es la historia de un viaje que ha hecho una especie zoológica e un reino especial, como usted quiera, alejándose de la Naturaleza. Para usted y para mí, por ejemplo, lo natural es andar calzados. No se puede sostener, sin embargo, que las botas entrasen en el plan primitivo de la Naturaleza.

JUAN.—Pero entró en él la inventiva del cerebro humano. Con esto basta para que todos los descubrimientos sean naturales y para que la civilización sea un fenómeno natural, una actuación histórica de posibilidades, de potencias que existían ya en el hombre de las cavernas, pero que necesitaban tiempo, mucho tiempo. El árbol de la Civilización ha menester de siglos para echar flores y dar frutos.

PEDRO.—No hay que fiarse, sin embargo, de esa

concordancia. En realidad, la Naturaleza y la Civilización aparecen de continuo en pugna. La segunda es la conquista y la derogación de la primera. Cuando se invoca a la Naturaleza, tratándose de negocios humanos, hay que desconfiar. Casi siempre es para disculpar vicios o rebeliones contra las reglas sociales que la civilización ha establecido. Recuerdo el caso de un amigo mío que ejercía el desagradable oficio de crítico de libros. Como casi todas las personas de buen gusto, abominaba del bajo erotismo que ha invadido la literatura industrial. «Yo diría que esto es un asco—me confesaba—; pero los autores se acogen al asilo de la Naturaleza y aparentan defender sus fueros. Y ya ve usted, ¿quién se indispone con la Naturaleza?» «No la tenga usted tanto respeto», solía contestarle. Si por ella fuera, todavía andaríamos por los árboles, comiendo frutas como los monos y hasta puede que tuviéramos rabo, como algunos sujetos, irreverentes con la especie humana, sospechan que lo tuvieron nuestros remotos abuelos. Ser un individuo de la especie humana en el siglo xx no es una gran cosa, pero es mejor que ser un antropopiteco. Pues la que somos se ha hecho en contra de la Naturaleza por su gran enemiga, que también tiene algunos títulos a nuestro respeto: por la Civilización.

JUAN.—Se calumnia a la Naturaleza. En el caso que usted cita no es la Naturaleza la culpable, sino los extravíos y las corrupciones de la Civilización. La Naturaleza en sí es casta. Para ella el amor es un medio de conservarse, una aspiración a la perpe-

tuidad. Ni siquiera ha hecho de eso una función permanente, sino que estableció épocas, primaveras de la especie. Es muy cómodo cargar a la Naturaleza con las culpas de la molicie. No es ella quien ha inventado el libertinaje.

PEDRO.—Pero tampoco ha inventado la moral. Tan alta victoria es ésta sobre el supuesto orden natural, que a la inmensa mayoría de los hombres les parece imposible haberla conseguido sin una revelación y una asistencia divina. Casi todo lo bueno del hombre es artificial: el heroísmo, la abnegación, la continencia, el respeto a lo ajeno, son contrarios a los instintos naturales. El héroe corre ya en el momento del peligro si la voz de la Naturaleza pudiera en él más que las ideas y los sentimientos a que obedece. Acuérdesse usted de la frase de Turena: «¿Tiemblas, cuerpo miserable? Pues todavía te he de poner en mayores riesgos.» Y, sin embargo, un hombre que se portara siguiendo el supuesto orden de la Naturaleza resultaría un monstruo. Luego en el hombre lo natural es lo artificial, la obra de la Civilización, que va mudando, que nos pedirá mañana otras cosas que las que hoy nos pide.

JUAN.—Es preciso reconocer que guarda también bastante consecuencia, a pesar de sus mudanzas y contradicciones. Lo natural en el mundo no ha sido siempre lo mismo; han variado las especies y el medio. Lo natural en la Civilización, costumbres, ideas, etcétera, también cambia. Pero ambas especies de natural duran lo bastante para que las admitamos con cierta firmeza. Una cosa que es aproximadamen-

te exacta durante largo tiempo tiene derecho a que la consideremos como verdad. No hay que adelgazar demasiado los razonamientos. Al final siempre nos encontraremos con que el laberinto nos ha conducido al punto de partida.

---

## XVIII

### UN POETA SE ABURRE...

*(Historia que parece cuento.)*

A mediados del siglo XIX, que ahora empezamos a acostumbrarnos a llamar pasado, vivía en Avignón un profesor de segunda enseñanza llamado José Roumanille. Avignón, la antigua sede de los Papas en el Cisma de Occidente, es una ciudad encantadora, tranquila, pacífica y aburrida, rodeada, como nuestra Avila, de un cinturón de murallas. Monsieur Roumanille era joven todavía, entusiasta, soñador y poeta. Como muchos profesores de Instituto y magistrados de provincias, hacía lindos versos galantes. Era erudito, y en sus ocios, que eran muchos, porque en Avignón hay muy poco que hacer, pensaba en la lejana Provenza legendaria, en las cortes de amor, en los trovadores que iban de castillo en castillo llevando las nuevas canciones de amor y de guerra y las murmuraciones y mensajes de aquel mundo refinado y sensual que destruyeron cuando llegó la hora de las guerras religiosas los rudos soldados de Simón de Monfort. Muchas veces pensaba Rouma-

nille, invadido de una vaga melancolía, de una repentina nostalgia, cuán preferible era la vida errante de los trovadores de antaño a la de un profesor moderno de Liceo.

Roumanille se aburría. Había visto infinitas veces el Palacio de los Papas. Le eran familiares los restos de los antiguos frescos y las dramáticas inscripciones del suelo de la gran estancia donde estuvieron presos en la época de la Revolución, en expectación de la guillotina, los realistas de la comarca. Se sabía de memoria todos los Vernets—José, Horacio, Carlos—del Museo Calvet. Había subido muchas tardes al *beffroi* del Hotel de Ville y visto de cerca a Jacquemart y su mujer, los dos corpulentos autómatas del reloj. Otras tardes, en sus paseos hasta Villeneuve-Avignón, había explorado el horizonte desde el torreón feudal de Felipe *el Hermoso*, esperando que apareciera algo nuevo, ese algo indefinido que aguardan todos los que se aburren. En resumen, Roumanille se aburría porque en Avignón todo le era conocido. Sólo le sacaban de su tedio los ojos de brasa de alguna avignonesa de cutis ambarino y perfil griego. Pero ya entonces las avignonesas miraban con predilección a los oficiales de la guarnición y a los jóvenes *dandys*, que sabían mucho menos, pero eran más arrogantes que los profesores del Instituto.

\* \* \*

Un día se le ocurrió a Roumanille: «¿Por qué no hemos de resucitar a los trovadores? Renacimientos

más difíciles se han visto.» Tenía Roumanille un discípulo que era un genio ignorado. Se llamaba Federico Mistral. Se entendieron rápidamente. Hablaron con otros poetas que se aburrían también en Aviñón, en Nîmes y en diferentes ciudades de la antigua Provenza, y a poco quedó fundada en el Castillo de Fontsegugne la Academia de los felibres, discípulos de las musas. Fueron los fundadores Roumanille, Mistral, Aubanel, Tavan, Mathieu, Giéra y Brunet. Mistral, que era un genio, escribió un hermoso poema: *Miréia*.

\* \* \*

El ejemplo de los felibres pasó el Pirineo como otras modas de Francia. El Gobierno español había dado una cruz a Mistral, y no sospechaba que aquello era la aurora de un gran movimiento regional. Los Gobiernos son como los maridos: no se enteran de nada.

En 1859 se estableció en Barcelona el antiguo Consistorio de los Juegos Florales.

Poco a poco aquel movimiento literario se hizo político y popular. Inspiró a Pompeyo Gener sus *Herejías*, donde se demuestra que la altitud de Madrid no permite que haya buenos cerebros; al doctor Robert, su teoría de la inferioridad de los ciéreos braquicéfalos de los castellanos; creó periódicos escritos en catalán y juntas regionalistas; se llamó Solidaridad y ganó las elecciones. Es decir, que el aburrimiento de un poeta que no sabía cómo matar el tiempo en Aviñón fué causa de que una gran re-

gión encontrara el alma antigua que tenía olvidada.

*Moraleja.*—Políticos: no desdeñéis a los poetas. Tienen algo del poder adivinatorio y mágico de los bardos antiguos. Os lo dice un hombre desinteresado, que no hace versos y se avergüenza de haber escrito algunos muy malos en su juventud. Gracias a que, como se escribieron en frágiles abanicos, habrán perecido.

\* \* \*

Ahora, tras una pausa, hemos meditado un instante sobre esta apostilla fantástica que hemos puesto al margen de un elocuente discurso académico del señor Navarro Reverter acerca del renacimiento de la poesía provenzal, barajando un poco con este texto, para que todo se sepa, nuestros personales recuerdos de Avignón. La meditación destruye en seguida enconadamente las cosas espontáneas y frescas en que, a hurto de ella, se entretiene el intelecto. Ella nos sugiere pérfidamente que hemos perdido el tiempo, que hemos estado desvariando. Nuestra divagación pasada ya no nos convence, aunque pudiéramos aducir en su abono que es una paradoja, la cual, según el señor Unamuno, es un procedimiento de demostración lógico tan legítimo como un silogismo y menos aburrido.

Pero, decididamente, la meditación ha helado nuestras fantasías, las ha echado a perder. ¿Vamos a abandonar, porque se nos hayan ocurrido aquellas divagaciones, nuestra antigua creencia de que el esfuerzo individual es un espejismo, un mito conve-

niente para algunos fines de la comunidad, una doctrina popular o exotérica inventada por los moralistas? Aunque Roumarille y Mistral no hubieran existido, o se hubiesen aburrido en Avignón, Cataluña hubiese encontrado, más pronto o más tarde, el alma lejana de los Concellers, traspapelada en el curso del tiempo. Sólo que Verdaguer hubiese escrito su *Atlántida* en endecasílabos, a lo Herrera; Xenius redactaría su *Glosari* en castellano, y *Els Segadors* se hubiera cantado en español.

---

## XIX

### AL VOLVER DE LA BODA

GONZÁLEZ.—Vengo de una boda.

RODRÍGUEZ.—¿Quién es la víctima?

GONZÁLEZ.—No se sabe todavía. ¿Qué nos importa? Los personajes, digo, los contrayentes eran la hija de mi médico y un joven galeno, que me resultó simpático porque es el médico de los demás. A mí no me ha asistido aún. Dos novios, en suma. La ceremonia me inspira siempre la curiosidad de un rito misterioso que conduce a lo desconocido. ¡Si le dijera a usted! Puede que se ría. Casarse es una cosa vulgar, que no ha perdido la actualidad, que hace casi todo el mundo, y, sin embargo, cada vez que lo veo me parece un drama litúrgico de otros tiempos, una representación convencional de una cosa que pasó.

RODRÍGUEZ.—¿Se va usted a meter con el Sacramento del Matrimonio? Por parte de un solterón es un abuso.

GONZÁLEZ.—Dios me libre. Ni siquiera glosaré lo que dijo Quevedo en su sátira cuando había Inquisición. ¡Buenos se pondrían los fariseos! Son tan far-

santes como los de Judea y alborotan más. Yo, a Dios gracias, soy ortodoxo. Respeto el Sacramento, la institución divina. Hablo de los hombres, de lo que va siendo el matrimonio en el siglo.

RODRÍGUEZ.—¿Y qué tiene de particular? Yo creo que, poco más o menos, es como siempre.

GONZÁLEZ.—Es posible. La historia es como los fotógrafos y los pintores aduladores, que embellecen a sus modelos. Al cabo de mucho tiempo, las cosas más horribles encuentran alguien que les saque algún rasgo de belleza. Pero vemos y sentimos lo próximo, y eso es lo que nos importa. Con los fantasmas históricos no tropieza uno mas que cuando quiere, en los ratos de lectura, y puede despedirlos en cuanto molesten. No hay mas que tirar el libro. Lo actual no es tan acomodaticio. No nos suelta.

RODRÍGUEZ.—Pero a todo esto, ¿la boda?

GONZÁLEZ.—Muy curiosa. ¡Si viera usted a las jovencitas amigas de la novia oyendo la epístola! Todo aquello de la sujeción de la mujer al marido, de que la esposa no cuidará demasiado del adorno de su persona, les parece un consejo de otros tiempos, que ha prescrito ya la antigua ley. Crea usted que ninguna piensa en observar la epístola al casarse.

RODRÍGUEZ.—Hombre, yo creo que las solteras que asisten a una boda no piensan en nada de eso, ni se les ocurren tales cavilaciones. Pensarán en si se decidirá pronto el novio, las que le tienen, o en si se presentará el que esperan, las que están vacantes; soñarán un poco en la virtud contagiosa de las flores de azahar... antes de morir.

GONZÁLEZ.—Pero debajo del pensamiento o del ensueño actual queda el concepto de la vida, el ambiente de las costumbres, que dice lo que yo decía. Yo soy un admirador del matrimonio. No se sonría usted. No me he casado por eso. Me sentía demasiado flaco y pecador para ensayar una institución tan admirable, muy superior a mis méritos. Pero la mutua consagración de dos vidas, el amor fecundo y perenne, la perpetuación de la personalidad en los hijos, la asistencia constante en las penas y la presencia constante también en las alegrías me parecen sublimes. Tan sublimes, que casi no se puede hablar de ello sin bordear el ridículo. Son vecinos. Nuestro pobre espíritu y nuestra pobre lengua se mueven torpemente cuando se alzan hacia las cosas muy elevadas, y en su esfuerzo para subir se exponen a hacer algunos ademanes grotescos.

RODRÍGUEZ.—Aquí de maese Pedro. No hay que elevarse tanto. Yo veo el matrimonio tal como es en la mayoría de los casos: vulgar, monótono, con las molestias inevitables del trato humano, y, sin embargo, a la larga, pienso que crea esa compenetración. Hasta dicen que llegan a parecerse los cónyuges. El hecho es que maridos y mujeres que en apariencia no se podían sufrir, se mueren de soledad y de tristeza cuando el otro se va. Sólo que hombres y mujeres son ingredientes muy lentos de fundir. Hacen falta muchos años.

GONZÁLEZ.—¡Filemón y Baucis, al cabo de algunos años de peloterías conyugales, o, lo que es peor, de alejamiento, de desvío, de ser extraños por dentro y a

veces enemigos! Es posible. ¡Puede tanto el hábito! Se acostumbra uno a unas zapatillas. ¿Por qué no ha de acostumbrarse a una mujer o ellas a un hombre? Pero el viaje para llegar a esa estación final de apaciguamiento, de ternura tibia y serena, suele ser molestísimo. ¡Y lo que promete la guía de ferrocarriles! Esa luna de miel, que hace creer a las gentes que la felicidad es un artículo de consumo general al alcance de todos. En realidad, es el lento descubrimiento de él por ella y de ella por él; el descubrimiento de que no somos lo que parecemos, de que parecemos mejor cuando somos desconocidos. El roce diario de la vida, al quitar a las almas el incógnito, las quita el misterio, la atracción, casi el decoro, porque ese incógnito vela las miserias, nuestras pequeñas miserias humanas. Descubrirnos es empequeñecernos, hacer del sueño del enamorado un pedacito lamentable de realidad. Luego, el tedio de la vida opaca y desencantada...

RODRÍGUEZ.—¡Calle usted, solterón empedernido!  
(*Al cabo de una pausa, con convicción.*) ¡Habla usted como si se hubiera casado!

---

VIDA Y AVENTURAS  
DE UN LIBRO DE TEXTO

Estaba orondo y satisfecho, con su flamante encuadernación en pasta, que tenía en el lomo un tejuelo rojo y otro azul. Tras el período de inconsciencia de sus orígenes, el libro aquel empezaba a darse cuenta de su yo. Había en él una parte del alma de las cosas en que la conciencia de su personalidad se proyectaba, con cierta exageración, como les suele ocurrir a los seres humanos en la aurora de la vida. Se hallaba en ese período de calma y espera de la juventud en que se aguardan grandes y desconocidos destinos, que casi nunca llegan. El libro consabido creía sinceramente que iba a ser algo en el mundo. Tenía fe en su ciencia, en el saber que se figuraba encerrar. Esta fe era para él el equivalente a la creencia en el alma. Era, en suma, un libro bien pensante y optimista, lo cual no te extrañará, lector, si te digo que era un libro de texto.

Su primer contacto con la realidad fué desagradable. Entró en la librería un señor canoso un poco raído de ropa. Era acaso un empleado modesto, un buen padre de familia, de los muchos que se desvi-

ven por dar carrera a sus hijos, pensando asegurarles lo más incierto, flotante y sujeto al azar que hay en el mundo: lo por venir, que en el terreno práctico se convierte en *un porvenir*.

—¿Tiene usted el tratado de Derecho privado de X?

—Sí, señor.

Pasó el libro del estante al mostrador. El señor canoso preguntó el precio.

—Veintidós pesetas.

—¿Veintidós pesetas? Es carísimo. Estos libros de texto cuestan un sentido. Y luego ¿cómo es posible que los chicos se metan en la cabeza un mametreto semejante? Debía ponerse una tasa a los libros de texto. Crea usted que los que tenemos hijos estamos a matar con estas cosas. Mucha sabiduría, que luego no sirve para nada, y muchas pesetas de gasto.

El librero no hizo objeción alguna. Se limitó a cobrar las veintidós pesetas. Pero el libro se sintió herido en su amor propio. Esperaba ser acogido con veneración y alegría, como heraldo de la ciencia, y en lugar de eso le echaban en cara que costaba veintidós pesetas, que era demasiado grande y que sería demasiado trabajoso de estudiar. Aquellas palabras, que le parecieron ultrajantes y beocias, fueron su primer desengaño.

Esperaba, sin embargo, que su futuro poseedor, el estudiante a quien iba a iniciar en las fórmulas del Derecho civil, le recibiría con más agrado y respeto. El alma virgen de la juventud, abierta a todas las cosas grandes y elevadas, no podía menos de acoger como una revelación augusta las enseñanzas del saber.

Su joven dueño pareció recibirle con alborozo. Acaso comprendía el valor del sacrificio paterno que representaba aquel libro caro. Quizá su alma nueva sentía un llamamiento de la curiosidad hacia aquel reino ignorado de la Ciencia, donde debían de florecer cosas serenas y exquisitas, regalo del espíritu, y al final de cuyos caminos había también cosas prácticas, prosaicas, pero apetecibles: la carrera, el puesto oficial, el bufete, la vida encarrilada y segura. El hecho es que el joven hojeó el libro, miró el índice, leyó algunos párrafos del texto y luego lo cerró distraídamente.

Entonces empezó para el libro protagonista de esta breve historia una existencia accidentada y extraña, una vida de sorpresas y descubrimientos. Vivía con su dueño en una intimidad aparente; eran inseparables en las horas de Universidad y en las correrías estudiantiles que precedían y seguían a las horas del aula; pero conversaban poco. El estudiante estudiaba lo menos posible. Por eso llevaba siempre consigo al libro como socorro de su pereza, para poder echarle una ojeada en los duros y honrados bancos de los claustros.

Así adquirió el libro cierta experiencia mundana. Conoció una porción de lugares, que al principio le parecieron raros y hasta depresivos para su austeridad de texto científico. Aguardó pacientemente en bancos de billar a que terminasen partidas de carambolas; oyó, tendido en los divanes de los cafés, pláticas de amores, disputas políticas y chistes de almanaque o de pieza, del género chico, que aquellos

jóvenes estudiantes, compañeros de su amo, inventaban y decían gratis, a diferencia de los autores, que cobran por ello gruesos trimestres. Y alguna vez, no sin sonrojo, estuvo en comedores de hospitalarias casas, donde tres o cuatro mocuzuelas desenvueltas y pintadas cantaban coplas flamencas y bromeaban con los estudiantes. Una de ellas, morena, ojerosa, pintados los labios y las mejillas, le cogió un día, sin que el libro osara protestar de aquella libertad.

—¡Valiente lata! —dijo después de haber medio deletreado un párrafo—. ¿Todo esto tenéis que metéroslo en la cabeza? Oye, chico, ¿sabes lo que debías hacer? *Pulir* este librote y convidarme a la Bombilla.

Conoció también el desventurado libro el Argel de una casa de préstamos, donde dieron por él ocho pesetas. Creía él, y lo decía con seguridad doctoral en sus páginas, que estaba abolida la prisión por deudas. Mas entonces se convenció de lo contrario y empezó a dudar de sí mismo y de su ciencia.

Fué rescatado; los días se sucedieron iguales unos a otros, hasta que llegó el florido mayo. Entonces su dueño (el del libro, no el de mayo, que es la reina Primavera) pareció cobrarle de súbito el cariño que antes no le había mostrado. Sobre él pasaba las tardes y las noches, leyéndole atento, repitiendo de memoria las lecciones, pasando y repasando párrafos.

Una mañana de junio salieron ambos, libro y estudiante, camino de la Universidad. El libro se quedó a la puerta del aula, en manos de un compañero, mientras el escolar entraba, un poco azorado, a exa

minarse. Salió con cara risueña, de esperanza, y a poco el bedel empezó a repartir las notas:

—Don Fulano de Tal, *Bueno*.

El libro se sintió orgulloso. Aquella era su obra. Se creía acreedor a la gratitud de su poseedor, y fué grande su desengaño cuando observó que desde aquel día no volvió a mirarle el mancebo. Pero le esperaba un desengaño todavía mayor. Una tarde, el estudiante le cogió, le envolvió en un papel y lo vendió a un librero de viejo en cuarenta reales.

Pasó el libro por diferentes manos y en todas fué parecida su existencia, hasta que una vez observó con tristeza que llegaba el otoño y no se acercaba nadie a rescatarle del poder del librero. El catedrático autor del tratado había muerto. El libro no era ya de texto. Había sufrido, sin enterarse mas que de los efectos, una *capitis diminutio* máxima. No era ya nadie. Pasó muchos meses arrinconado y polvoriento en un estante, y por último fué llevado a las ferias, donde oyó, con la melancolía de los que han venido a menos, que pedían por él dos pesetas.

Tenía de compañero en el tenderete a un viejo libro de Psicología, que también había sido libro de texto en más lejanos años. Platicaban a veces en su mudo lenguaje, inasequible a los toscos oídos humanos, de las vanidades del mundo y las mudanzas de la Fortuna, y el libro filósofo, que era algo machacón, solía acabar la plática diciendo:

«Nosotros, los libros de texto, somos como los hijos de lacayos, a quienes azotaban los preceptores, en los antiguos palacios, cuando eran malos los princi-

ptós, para que con los azotes dados en las plebeyas carnes escarmentasen sus altezas. Se nos azota con el vituperio por los pecados de una enseñanza desquiciada. Nacemos de una oposición verbalista y ridícula, de un magisterio mal pagado. Se nos tacha de pedantescos, y somos fruto de un sistema basado en la pedantería. Se nos acusa de caros y se olvida que hasta entre los sabios es axiomático aquello de *primum est vivere, deinde philosophari*. Nuestros autores tenían que vivir, y por eso han filosofado en nosotros en esta forma. Así anda el mundo.»

Y el libro filósofo callaba, luego de expresar estos pensamientos. Y el libro jurista sentía que tenía razón su compañero de infortunio.

## XXI

### LA MUÑECA

LUISA, diez y ocho años; ISABEL, quince años; DON MANUEL, sesenta y cinco años. Interior de alta burguesía, con humos aristocráticos.

LUISA.—¡Mirala qué preciosa! Es una muñeca divina. Parece un figurín. No le falta un detalle... la falda *entravé*, su gran sombrero con plumas lloronas, el bolso bordado... Es una señorita muy *chic*. Y tiene una cara muy pícara...

ISABEL.—Eso es lo que le encuentro. No tiene cara de muñeca. Parece una mujercita en miniatura, como los liliputienses de los *Viajes de Gulliver*. Si a mí me hubieran regalado una muñeca así cuando era pequeña, no habría sabido qué hacer con ella. No me hubiera atrevido a jugar. Me hubiera dado respeto; vamos... respeto no; pero no hubiera tenido con ella confianza como con las otras muñecas. No es una muñeca para niñas, sino para señoras. Para ti, que hace ya tres años que vas de largo, está bien.

LUISA.—Calla, tonta. Si ahora ya hasta los bebés de las tiendas de juguetes parecen bebés de veras. Con cara de niños, y algunos haciendo pucheritos. Es

natural que a las muñecas les den figura de mujer. Es la influencia del realismo en el arte, como dice mi *miss*. ¿No sabes tú que en las novelas y en las funciones de teatro, para que sean buenas, tienen que pasar las cosas como suceden en la vida, como dicen que suceden? Es la moda. Yo leo a veces los folletines de los periódicos que traen a casa y me gustan; los encuentro muy divertidos y muy interesantes; pero me daría vergüenza que se supiera, porque es cursi que gusten esas cosas. A ti te lo digo, porque tengo confianza contigo, aunque eres una pitusa.

ISABEL.—Yo no he visto esas comedias que dices, ni tú las habrás visto tampoco, porque no las dan los sábados blancos, y las muchachas no podemos ir las otras noches.

LUISA.—Yo sí he visto algunas en París. Allí no hay sábados blancos. Se ve todo...

ISABEL.—¡Qué ganas tengo de ir! Y de que me lleven a todas partes. Pero como mamá es así, hasta que me case no hay de qué. ¡Se creerán que soy todavía una mocosa!... Pues mira, yo creo que no me gustarían esas comedias. En el teatro deben suceder cosas muy bonitas, muy sentimentales, que no se vean en el mundo. Para ver lo mismo que sucede en todas partes, lo que oímos decir en las casas a donde vamos, no haría falta ir al teatro. Lo mismo me pasa con las muñecas. Yo creo que no deben ser como las personas. Por eso me gustan más las muñecas de antes, las muñecas de jugar, que estas figuritas tan preciosas y tan peripuestas. Una muñeca no es una mujer ni una niña; es otra cosa, una cosa suya, distinta,

que yo no sé explicar. Y ésta tuya es algo *shocking*. Con esos ricillos que le salen de debajo del sombrero y esa sonrisa descarada parece una *cocota*. Me daría vergüenza darle un beso.

LUISA.—Pero, ¡chical! ¿Tú sabes lo que es una *cocota*? ¿A quién has oído eso?

ISABEL.—Vaya si lo sé. Aquellos disgustos que hubo en mi casa con mi hermano fueron porque estaba enamorado de una *cocota*. ¡Es más tonto! Y este verano, en Biarritz, las he visto. Un día, en la playa; había unas señoras muy llamativas, y oí decir a papá que eran unas *cocotas*.

LUISA (*riéndose*).—¿Y qué crees tú que son las *cocotas*?

ISABEL.—Son unas mujeres muy bonitas, muy pintadas, que son muy malas y les sacan dinero a los hombres, y no está bien hablarlas en la calle. Mi primo Fabián, como es un golfo, las hablaba en Biarritz. Y en París hay un sitio, creo que es un café, adonde van... Se llama...

LUISA.—¡Ah, sí!, *Maxim's*. A mí no me han querido llevar. ¡Tengo más ganas de ver! Pero las solteras no podemos ir. No se puede ser soltera. En cuanto me case, mi marido me tendrá que llevar a todas partes. Cuando vayamos a París, no se libra de llevarme a los sitios a que van los hombres. Allí no la conoce a una nadie, y si se encuentra con algunos conocidos en *Maxim's*, por ejemplo, como están en el mismo caso no podrán decir nada...

DON MANUEL (*entrando*).—¡Hola, sobrinillas! ¿Qué es eso? ¿Estáis contándole secretillos a la muñeca?

LUISA.—¡Si a ésta no le gustal Dice que no parece una muñeca de verdad.

ISABEL.—No la hagas caso, tío. Me gusta, pero no para muñeca. Es un *bibelot* muy mono para una vitrina o para ponerle sobre una mesita. Si yo fuese muñeca, me gustaría más que jugara conmigo una chiquilla que no estar muy seria en una consola.

DON MANUEL.—Sabés mucho, nena. Y tienes razón. Yo, como viejo, soy poco partidario de novedades. La gente se empeña en poner todas las cosas del revés. Hasta las muñecas van dejando de ser muñecas para convertirse en objetos de arte, en mujercitas muy presumidas y compuestas. Gustan, pero no inspiran cariño. ¡Si yo os dijera que con muchas mujeres pasa lo mismo que con las muñecas estas! Son mujeres de adorno. Lo malo es que no puede uno meterlās en una vitrina. Muchachas, si queréis ser felices, sed como las muñecas de antes, que eran un idolillo familiar, un diosencillo doméstico de la infancia y recogían besos y lágrimas de sus amitas...

LUISA.—Y también las rompíamos para ver lo que tenían dentro. Y era serrín.

DON MANUEL.—Todos rompemos alguna vez las cosas que amamos. Pero ésa lo pasará peor. La romperá cualquier día el criado con el plumero, no para descubrir su misterio, sino por torpeza.

ISABEL.—¡Rabia, rabia, Luisilla! Tío Manuel me da la razón.

## XXII

### EL DISFRAZ

—Venga esa historia de Carnaval.

—Pues allá va. Advierto de antemano, en descargo de mi conciencia de narrador, que no es picante ni divertida. No les contaré a ustedes esa eterna aventura de Carnaval, que se ha contado tantas veces y puede que no haya sucedido nunca, del que va a un baile de máscaras a pasar el rato y encuentra allí nada menos que al amor en forma de una bella desconocida, a quien después de la aventura inolvidable no vuelve a ver en la vida. Tampoco les contaré el lance burlesco del que va en busca de aventuras, bromea con una máscara, se apasiona o encapricha por ella y en el momento crítico resulta que es su suegra. Confieso que en mis Carnavales, que no son pocos, no he conocido ni una ni otra aventura, ni la sentimental ni la cómica. Mi historia es sosa, gris, no tiene nada de particular. Si la cuento es porque encierra una pequeña elegía de la gloria. Además, el recuerdo retoca sabiamente los sucesos y les da una importancia que acaso no tuvieron cuando eran simples realidades. El tiempo es un excelente anticuario,

que hace valer los trastos viejos que tenemos recogidos en el desván de la memoria como los chamarrileros hacen valer las antigüedades que amontonan en sus tiendas.

Verán cómo fué el caso. Era yo un rapaz de pocos años. Tenía pasión por las máscaras. Salir a la calle disfrazado en los días de Carnaval me parecía uno de los más exquisitos placeres que puede gustar el ser humano. Excusado es decir que carecía de toda experiencia sobre el particular. Las máscaras me parecían seres superiores y me inspiraban una ingenua admiración. No es que creyera yo que las máscaras eran otra cosa que personas disfrazadas. Hoy diría que a algunas se les hace mucho favor al graduarlas de personas.

Confusamente sentía, más que pensaba, que el traje debía de comunicarles cierta secreta virtud que las trocaba pasajera y en una especie de genios o superhombres, en genios de la risa y de la alegría, y que la persona que se echaba encima un disfraz adquiría un desparpajo y una disposición para el placer y la diversión a que no podía llegar nunca con el traje de todos los días. En resumen: tenía una fe firmísima en que las máscaras se divertían mucho y adquirían una notable superioridad sobre las gentes que no se disfrazaban. No se me ocurría siquiera que podía darse el caso de que divirtieran a los demás más que se divertían ellas, y que el fuero de bur-las que parece anejo a la careta se volviera en vejamen del enmascarado.

Calculen ustedes lo que desearía yo vestirme de

máscara. Me parecía asomarme a un mundo encantador y maravilloso. Hice los imposibles para que en mi casa me diesen licencia y me hicieran el traje, y al cabo me salió con la mía. La víspera del domingo de Carnaval no dormí pensando en *mañana*, la palabra mágica de las promesas y a veces de los temores, el hada del tiempo. Por algo se ha dicho que lo mejor de las cosas es la víspera. En la infancia y en la adolescencia, en que caen, naturalmente, las vísperas de muchas cosas, tenemos una idea exagerada y poética de los placeres. Nos los figuramos mucho más sabrosos y deleitables de lo que después resultan.

He de confesar que mi traje no había satisfecho por completo mis aspiraciones; pero la perspectiva del placer desconocido y exquisito que esperaba me hacía ser indulgente. Yo hubiera querido vestir algún arrogante y lujoso disfraz de época, por ejemplo, un traje de mosquetero de Luis XIII, como los de Dumas, a quien había leído a escondidas, o una vistosa armadura de guerrero; pero todo esto era caro, y mi madre, que tenía ideas firmísimas de economía doméstica, decidió irrevocablemente que el traje se hiciera en casa. Hube, pues, de elegir disfraz con que pudiese atreverse la confección casera. Después de pensarlo, quise ser, ya que no podía mosquetero o paladín de la Edad Media, diablo, que es al cabo un personaje mucho más importante, aunque menos vistoso.

El traje tenía excelente apariencia. Era de seda barata, mitad verde, mitad amarillo: un diablo arlequinado con abundosa cola. Lo vestí ufano, sin acor-

darme ya de mosqueteros, y me lancé a la calle muy poseído de mi papel. Me sentía alguien; no era ya un chico de segundo de latín: era un personaje, era una máscara. Algo me sorprendía no sentir la transformación interior que me había prometido, aquel atrevimiento y aquel don de burlas que me figuraba ser naturales en las máscaras. Era un diablo tímido. Pero al oír a los chiquillos y aun a algunas personas mayores: «¡Mira, ahí va una máscara!», experimentaba por vez primera la deleitosa sensación de la gloria y la popularidad. Todavía más arrogante y satisfecho me sentí después de haber tenido el alto honor de ofrecer un caramelo a Jesusita y de decirla, disfrazando la voz: «¿A que no me conoces, Jesusita?» Esta interesante persona era una amiga de casa, una linda morena que figuraba en mis sueños precoces de colegial, aunque de seguro yo no ocupaba lugar alguno en los suyos, en razón a que tenía ella diez y ocho años y yo tan sólo doce. Pero el haber bromeado con Jesusita me ponía en aquella pasajera exaltación de mis sentimientos, al nivel del teniente de Caballería que la hacía el amor y casi en condiciones de disputársela.

De esta pasajera embriaguez me sacó una sensación desagradable. Sentí un fuerte y descomedido tirón de la cola correspondiente a mi disfraz de demonio carnavalesco. Volvíme y topé con los autores de la hazaña: dos golfillos callejeros, a mí me parecieron tales, que, lejos de cortarse, empezaron a hacerme muecas y a lanzarme pullas. «¡Que se te cae la cola!» «¿Me la prestas para un zurriago?» «Verás si te

doy con ellas, rezongué yo, amostazado, y seguí mi camino, recogiendo cuanto pude el que ya se me antojaba enojoso apéndice. Fué en vano. A poco sentí un nuevo tirón y más risas y burlas. Airado por el ultraje, me lancé contra los agresores, me enredé con uno de ellos a cachetes, rodamos por el suelo enzarzados y, al fin, nos separaron. Pero mi pobre traje, causa del combate, había sido también su víctima. La calle, recién regada, lo dejó en un estado lamentable. ¿Cómo presentarme lleno de lodo? Mi aventura de Carnaval había terminado. Sentía ira, desilución y al mismo tiempo la embriaguez del combatiente. Yo era un niño modoso, criado entre faldas, que no *me había pegado* nunca en la calle con otros chicos. A no estar poseído de mi dignidad de máscara, creo que hubiera esquivado prudentemente la pelea. En una hora había conocido la gloria, la rechifla, el peligro, el valor. Todo un anticipo de las emociones intensas de la vida. Creo que desde entonces mi anhelo es no llamar la atención, contemplar la vida desde un balcón tranquilo y apacible; pero también comprendo que el hábito hace al monje, y que el disfraz que llevamos, el papel de que estamos poseídos, es lo que nos da fuerza y resolución para afrontar las circunstancias...

---

## XXIII

# MUJERES DE ESPAÑA

### BARBARITA

Barbarita acaba de llegar de la calle. Es mañana; viene de misa y de hacer algunas compras. Ha doblado cuidadosamente el velito, ha dejado sobre la mesa unos paquetes. No estaría bien que nos metiésemos a curiosear lo que contienen esos blancos envoltorios; pero me atrevería a asegurar que deben de ser el postre del almuerzo o cosa así. Desde luego son algo para la casa, porque Barbarita es el prototipo de la mujer casera. Toda su vida se encierra dentro de aquellas cuatro paredes.

¡Su vida! No ha sido en verdad novelesca. Se ha deslizado día tras día como la mansa corriente de un arroyuelo. Si a una damisela mundana o a una estrella del más mínimo teatro le contásemos la vida de Barbarita, y no digo su historia, porque Barbarita, como los pueblos felices y las mujeres honradas, salvo alguna excepción, no tiene historia, es probable que diera un bostezo y dijese: «¡Qué aburrimiento!» Barbarita se pasa la vida informándose del precio y calidad de las subsistencias y otros indispensables artículos; peleando, como ella dice, con las cria-

das; cuidando de que su marido tenga las cosas a punto; de que estudie el chico; de que Rosarito, la niña, salga elegantita y se vaya haciendo una mujer honesta, tierna y hacendosa: una segunda Barbarita. Todo esto parece muy poca cosa, y, sin embargo, puede llenar una vida. A nuestra heroína no le sobra el tiempo. Va poco al teatro, no frecuenta reuniones ni fiestas. La única debilidad de esta mujer fuerte son las visitas, y no abusa.

\* \* \*

¿Está satisfecha de la vida Barbarita? Pocas veces se plantea esta cuestión, y creo que las más contestaría afirmativamente. La felicidad de Barbarita es una felicidad singular, una felicidad refleja, hecha del gozo de ver contentos a los que la rodean. Una sonrisa agradecida del marido al ver atendidas sus pequeñas rarezas de hombre comodón que ha entrado ya en la cuarentena; un apretujón del chico, que adora en su madre; un mimo de Rosarito, que tiene el empaque melindroso de una princesita rubia de cuento, derraman una onda de tibia ternura, una alegría sencilla y humilde que no sabe de sí misma por el alma de Barbarita. Y no creáis que una mujer tan olvidada de sí misma es fea ni vulgar. Todavía sus bellos ojos y su talle airoso la hacen atractiva y apetecible. Si perteneciera al gran mundo y cuidara de su belleza en ocaso, los cronistas de sociedad la podrían llamar, con menos hipérbole que a otras, «la bella señora de X».

Barbarita tiene un pasar. Vive la familia sin estrechez, aunque sin opulencia. El marido es jefe de Administración en Hacienda, «un alto empleado», en opinión de los que están más abajo; tienen una casita, un poco de papel del Estado. Pero, sobre todo, tienen el genio administrador de Barbarita, que, como dice con orgullo su marido, sería un ministro de Hacienda incomparable, capaz de realizar el milagro crematístico de convertir un duro en dos.

\* \* \*

En el pasillo cercano a la habitación donde está Barbarita suena una risa juvenil, de fresca adolescencia. Entra Rosarito, su hija, con los ojos brillantes, la carita sonrosada, muy linda con su traje blanco, que le da un aire de inglesita. Trae una raqueta en la mano.

—Mamá—dice—, me voy al *tennis*. Han venido a buscarme de parte de Mercedes.

—Sí, hija; que te diviertas mucho. Y no te sofocues—contesta Barbarita, pasándole la mano suavemente por la rubia melena.

Cuando la chiquilla sale corriendo de la habitación, Barbarita se queda un momento pensativa. Siente una extraña melancolía. Le parece que Rosarito es ella misma cuando tenía catorce años. También ella fué una princesita mimada, que no pensaba en nada mas que en reír y en bailar y en jugar al escondite y a juegos de prendas, porque el *tennis* era entonces cosa desconocida en Madrid. Así, insensible-

mente arrastrada por el tirón suave del recuerdo, Barbarita reconstruye su vida, vuelve a ver su vida en una rápida visión de ensueño. Aunque no lo creáis, Barbarita ha sido romántica de soltera: leía novelas —los modernos libros de caballerías— y soñaba con «el vizconde rubio de los desafíos», que dijo el poeta Rubén. Después su vida ha sido prosa. Piensa que lo mismo será dentro de algunos años la de Rosario. La ve ya casada, embebida en el trajín de la casa, sin humor de vestirse ni de presumir, e involuntariamente se le ocurre este pensamiento amargo: «Las mujeres somos unas esclavas.»

Más en seguida su espíritu de mujer fuerte se rehace: «Debo de estar nerviosa—se dice—. ¡Qué tontería! ¿Es que ella no es feliz? Piensa en aquel pequeño mundo que ella rige: el marido, los hijos, la casa. Si pudiera elegir el destino de su Rosario, temblaría antes de escoger otro. Al menos así vivirá tranquila y en gracia de Dios. Un marido bueno, aunque sea un poco cargante a veces; hijos sanos y cariñosos, lo necesario para vivir, ¿qué más se puede desear?»

Barbarita es entre las mujeres de España la violeta, esa pobre violeta a quien los poetas cursis han puesto en ridículo con sus ditirambos, de que ella no tiene la culpa. De Barbarita no hablan los poetas; pero ella, con sus manos ágiles y hacendosas, que nunca escribieron versos, labra la poesía íntima y humilde del hogar. Esas manos blancas y puras de miles y miles de Barbaritas conservan en el ara de la casa española el fuego familiar.

## XXIV

### LA POESÍA QUE PASA

Daniel está sentado en la butaca de un teatro. Es por la tarde. No sé qué sensación de tedio, de aburrimiento, de paralización del tiempo, en que se siente necesidad de hacer algo, de agujonear las horas que andan demasiado lentas, le ha impulsado a entrar en aquel teatro que topó en su camino. La función no le interesa. El tedio, que era su compañero, parece haber salido de él para exhibirse, burlón, detrás de las candilejas, como diciendo: «¡No me darás esquinazol!» Y la atención de Daniel se dispersa; vaga perezosa por la sala y acaba por posarse en la conversación de una pareja que tiene detrás el aburrido espectador. Es una pareja de novios madrileños, de esos que cuchichean muy arrimaditos, como sorbiéndose el aliento, en todas partes: en los paseos, en los teatros, en los tranvías, a la salida de misa, bajo la mirada protectora de una mamá que es como un accesorio del dúo amoroso, como la licencia expedida por las conveniencias para el amartelamiento de la pareja. Daniel los mira a hurtadillas. La muchacha es fresca, tiene el atractivo de la juventud; su cara morena está llena de salud y de insignifican-

cia. El es un pollo enclenque, almidonado, muy arreglito, de una elegancia cursi. Se adivina en su aspecto un muchacho metódico, que debe fumar todos los días un número fijo e invariable de pitillos y tener reglamentados de igual suerte todos sus hábitos, hasta las escapatorias que haga de vez en cuando al huerto prohibido. Parecen enamoradísimos; se beben uno a otro con los ojos. Daniel les escucha, distraído al principio, interesado luego por esa curiosidad de las vidas desconocidas que se abren por azar a nosotros y nos dejan vislumbrar algo de su interior, como vemos a través de una ventana entreabierta una habitación iluminada sin saber quién mora en ella.

La pareja habla, habla a media voz con la verbosidad inagotable de los novios. Hablan de las mil naderías que forman las pláticas de los enamorados. «Esta tarde no pasaste. ¿Por qué no te has puesto las violetas? ¡Qué poquito me escribiste esta mañana!» Ella cuenta que ha estado en casa de una amiga que va a casarse, y describe a su enamorado los regalos, los trajes. El habla con suficiencia de no sé qué Academia o Sociedad donde se discute una Memoria en cuyo debate va a tomar parte. «Cuando yo digo —piensa Daniel— que este muchacho va para diputado de la mayoría!» Luego vuelven las ternezas, las quejas adúladoras, los secretesos...

«Parece mentira —piensa Daniel— que el amor, fuente de toda poesía, sea tan tonto *d'après nature*. Si se fotografiase y se fonografiase, se le desacreditaría completamente.»

Nuestro curioso vuelve la mente a sus recuerdos, la sumerge en un pasado lejano, y considera que en su verde mocedad ha sido tan ridículo y soso como aquellos novios. Se ve a sí mismo tan amartelado como el pollo de la fila de atrás, cuchicheando ni-miedades amorosas junto a una dulce tez pálida, cal-deada por unos grandes ojos negros y coronada por sedosos rizos, y siente como un sonajero interior al recordarse tal como aquel novio que le hace sonreír.

Luego una onda de ternura y melancolía sube a su meditación de muy hondo, acaso de aquellos leja-nos recuerdos. «Las palabras—piensa—valen poco o nada por sí; valen por las emociones que reflejan. Es-tas tonterías que se están diciendo esos muchachos son pura y legítima poesía, de mejor ley que las ri-mas de los más celebrados poetas, porque responden a una emoción presente y viva, a un ensueño encan-tador, y las rimas no son más que un eco imaginati-vo. Ellos las entienden y oyen su divina música por-que están dentro del encantamiento del amor, que pone su claror de luna y su canción de hadas en las cosas y en los dichos vulgares. A los demás nos pa-recen sosas y desmadejadas porque estamos fuera del hechizo.»

Y una gran envidia, envidia de juventud, de fres-cura de corazón, de volver a coger tiernas florecillas de ilusión, invade a Daniel, mientras la pareja sigue cuchicheando en la penumbra del teatro.

## LAS TARJETAS

*Casa de la clase media acomodada; lo que algunos llaman, a la francesa, «interior burgués». LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ, sentada frente a un escritorio, consulta una lista de señas y va escribiendo sobres de tarjeta. RODRÍGUEZ, alto empleado, catedrático, etc., lee un periódico ilustrado.*

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ.—Creo que están todas. A ver... ¿He puesto a la marquesa de X?... Sí. ¿Al doctor Gelmírez? También. Se me había olvidado Nuño. Oye (*a Rodríguez*), Nuño ¿tiene excelencia?

RODRÍGUEZ.—No sé; pero pónsela. En esto de los tratamientos no rige lo de «en la duda, abstente». En la duda, otorga, sobre que no cuesta nada...

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ.—Verdad. Además, al interesado siempre le halaga ver en el sobre: «Excelentísimo señor», aunque sea por equivocación.

RODRÍGUEZ.—Lo malo, querida, es que el interesado no ve muchas veces los sobres, ni siquiera las tarjetas. Yo no quiero quitarte la ilusión; pero en esta tarea que te tomas de enviar tarjetas de Año Nuevo

lo que haces es dar trabajo a los secretarios particulares y a los carteros... Después de todo, para eso están.

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ.—Todo el mundo envía tarjetas por Año Nuevo. Cuando todo el mundo lo hace, su razón habrá. Además, ¡cuanta tan poco trabajo! Sobre todo a ti. Gracias a tu mujer, que se toma este trabajo, pasas por hombre cumplido.

RODRÍGUEZ.—Y recibo unos centenares de tarjetas, enviadas por los secretarios particulares de nuestros conocidos de viso y por nuestros conocidos del estado llano. Esto de las tarjetas es un acto ceremonial que ha perdido su significación, un rito fácil de cumplir desde luego. El minimum de la felicitación y del recuerdo. Al menos, los ingleses envían los *Christmas*...

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ.—No me salgas ya con los ingleses. Yo estoy por lo español, que, aquí entre nosotros, es lo más barato. Por dos pesetas tienes un ciento de tarjetas. Los *Christmas* son muy caros. Aparte de eso, yo no los entiendo, y me figuro que lo mismo les pasará a muchos de los que los reciben. ¿Te parece que está bien felicitarle las Pascuas a un señor con unas palabras que no entenderá probablemente? Luego, los versitos que tienen los *Christmas* me inspiran el miedo de lo desconocido. ¿Qué sé yo si voy a cometer una indiscreción enviando a una persona unos versos que no vengan al caso? ¡Como si a nosotros nos desearan pasar las Pascuas con nuestros hijos. que no los tenemos! Parecería una broma de mal gusto. Yo, no... Además, en los *Christmas* hay

que elegir las estampas. Todo se presta a interpretaciones y cavilosasidades... Las tarjetas son una gran invención. Tú mismo las has ponderado cuando vamos a hacer visitas y cumplimos con el tarjetazo.

RODRÍGUEZ.—En esos casos me parecen excelentes. Son como el molino de oraciones de los budistas. Un medio simbólico de salir del paso. ¿Hay cosa más ridícula que una visita de cumplido, en que si es invierno hablamos del frío y si es verano del calor?

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ.—Conversación de actualidad. Es que los hombres no sois sociables cuando no lo sois demasiado. Es decir, algunos sí. Tu amigo Montal, por ejemplo, que, según te he oído, va a todos los entierros y procura hacer relaciones hasta en el tranvía... Así ha llegado a hacerse camino, aunque no ha inventado la pólvora.

RODRÍGUEZ.—Tienes razón. No ha inventado la pólvora, que se inventó hace mucho tiempo; pero ha inventado otra cosa, que no mete ruido, pero tiene su utilidad: el arte de sacar partido de la sociabilidad. Montal no falta a un entierro, aunque no conozca al difunto, ni a un estreno de teatro, ni a lugar alguno donde se pueda ser visto y ver gente; es de todos los comités y de todas las juntas de que se puede ser a título gratuito o por poco dinero; va a firmar a todas las casas donde hay lista; felicita a todas las personas notables, aunque no las conozca; se asocia a todas las protestas razonables y toma parte prudente en todas las subscripciones. Montal está en todas partes. ¿Cómo tiene Montal tiempo para hacer tantas cosas, al parecer tan inútiles?

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ.—Inútiles no, puesto que gracias a su entrometimiento ha llegado a ser algo y tiene relaciones en todas partes. Nadie se acuerda del que se está metido en casa como tú.

RODRÍGUEZ.—Certísimo. Montal es un tonto... muy listo, un majadero lleno de discreción y de prudencia. Ha presentido un arte moderno: el arte del exhibicionismo, de estar presente en todas las ocasiones. ¡Se vive tan de prisa, que para hacerse presente hay que estarlo en todos los minutos y en todas partes! Te digo de veras que a veces envidio a Montal y le juzgo un hombre superior. Otras veces le compadezco. Cuando se acueste debe de estar rendido de haber hecho tantas cosas, que en puridad no son nada, no son de ningún provecho, y, sin embargo, van concurriendo al suyo. Pero este arte requiere facultades especiales. Hay que ser quizá, para cultivarle, tan majadero como Montal, tener una gran confianza en sí mismo y en la virtud de las pequeñas causas, carecer de ese enemigo interior que es el sentido crítico del peligroso espíritu de la oportunidad, y el miedo al ridículo... Montal, en su clase, es un genio.

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ.—Un genio... tonto.

RODRÍGUEZ.—¿Y eso qué? Quizá otro rasgo de genialidad.

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ.—Pues imitémosle. Voy a enviar las tarjetas.

RODRÍGUEZ.—Bueno; pero acuérdate de que el genio es inimitable.

## XXVI

### CUENTO DE HADAS MODERNO

RODRÍGUEZ. — ¡Me irá usted a hacer creer que toma en serio los cuentos de hadas!

GONZÁLEZ. — ¡Ya lo creo! Y no yo, mucha gente. ¿Usted no ha leído *Ortodoxia*, de Chesterton? Pues dice que los cuentos de hadas son lo más razonable que hay en el mundo. Hasta creo que los llama el luminoso reino del sentido común.

RODRÍGUEZ. — Todo eso son paradojas, es decir, el arte de *tomarle* el pelo al sentido común.

GONZÁLEZ. — Pero si la realidad misma se ha pasado al campo de los cuentos de hadas; si ya suceden. Hasta en Madrid, donde por lo general no sucede nada de particular, hemos visto uno con personajes de carne y hueso.

RODRÍGUEZ. — ¿Y cree usted que a los cuentos de hadas les convienen esos personajes? Lo irreal, lo imposible es su mayor atractivo. En volviéndolos verosímiles y sacándoles de su país encantado—encantado porque no existe—quedan reducidos a una historia de apariencias más o menos novelescas.

GONZÁLEZ. — Perdone usted; si en la realidad se dan todas las circunstancias esenciales del cuento de hadas, el que suceda en el mundo no le quita ningún

prestigio, antes le da la fuerza, la corporeidad de la vida. Además, estos casos excepcionales dan al género la autoridad de lo posible. Hacen que las personas imaginativas puedan creer en los cuentos de hadas sin avergonzarse de su credulidad y si es menester citando ejemplos en apoyo de su fe. Y si bien se mira, ¿qué es sino un cuento de hadas realizado en estos tiempos nuestros que llamamos prosaicos porque los tenemos demasiado cerca para admirar sus maravillas, la historia de esa bella compatriota nuestra convertida de bailarina de un *kursaal* en princesa india? Los que hemos visto días atrás en los teatros a la princesa Anita y al rajá de Kapurtala podemos decir que hemos visto en carne mortal a los protagonistas de una historia no menos maravillosa que la de la Cenicienta o la de Piel de Asno.

RODRÍGUEZ. — Esos cuentos se han visto o se han representado más de una vez en la historia. Recuerde usted a Teodoro y Justiniano. Y se trataba nada menos que del Imperio bizantino. Verdad es que la razón de Estado se ha ido volviendo cada vez más exigente a medida que las sociedades se tornaban más democráticas. Un *basileo* de Bizancio, que era un semidiós, podía casarse con una danzatríz, y un rey de Inglaterra — república regia — no podría casarse con una duquesa del más antiguo abolengo en la Pairía sin atropellar el protocolo y escandalizar acaso hasta a los socialistas.

GONZÁLEZ. — Luego la historia del príncipe indio y de la bailarina malagueña es el cuento de las hadas, brotando en una época poco propicia. Una flor de si-

glos lejanos—tan lejanos que acaso no existieron nunca—que por un capricho del azar reaparece entre nosotros.

RODRÍGUEZ.—Pero al bajar al mundo pierden mucho los cuentos de hadas. En el cuento auténtico, verdadero, que para el caso es el fantástico, el príncipe *charmant*—perdón, el príncipe gentil o el príncipe galán; usted ¿no es clasicista?—sería rey de inmensos dominios. En este cuento encantador, convengo en ello, pero que tiene el defecto de haber sucedido, la realidad, que todo lo tasa, empequeñece el argumento. Abra usted el Whitaker o el Statesman Year Boock y verá usted lo que es Kapurtala. Es un pequeño Estado *sikh* del Penjab, cuya población no llega a trescientos mil habitantes y con una extensión de seiscientas treinta millas cuadradas. En la lista de los honores a que tienen derecho los soberanos indios de los *Native States* o Estados indígenas feudatarios del Imperio, el Maharajá de Kapurtala figura con once cañonazos. Los grandes soberanos, es decir, los más altos feudatarios del emperador de las Indias, el Gaekwar de Baroda, el Nizam de Hyderabad, el Maharajá de Mysero, que tienen millones de súbditos, son saludados con veintiún cañonazos. La capital de Kapurtala tiene pocos más de diez y ocho mil habitantes...

GONZÁLEZ.—Suspenda usted la estadística. Aunque Kapurtala tenga en total menos de la mitad de la población de Madrid y su capital menos habitantes que Cangas de Tineo, ¿le parece a usted poco cuento de hadas la aventura del lejano príncipe de

Oriente que viene a España con motivo de unas bodas reales e ignora que el Destino le ha conducido a concertar las suyas con una muchachita andaluza que bailaba en un *music-hall* y que de seguro no sabía que existiese Kapurtala, donde había estado creciendo el príncipe que le estaba destinado, y acaso ni siquiera tendría noticia de ese Imperio indio donde iba a ser princesa? No seamos más exigentes con la historia que lo somos con los cuentos fantásticos. ¡Si les aplicáramos la claridad despiadada y fría de la crítica!... ¿Hay modo de sentir la emoción poética si calculamos que la Cenicienta, condenada a las más duras faenas domésticas, debía de tener unas manos horribles, o que Piel de Asno, entre sus pavos, no olería a ámbar? Crea usted que para la heroína de este cuento de hadas Kapurtala es el más hermoso reino de la tierra.

RODRÍGUEZ. — Lo creo así. Pero si el rajá tropieza con una mujer que no hubiera sido de tipo matrimonial, el cuento de hadas hubiera podido acabar en *vaudeville*. ¡Cuántas cabecitas locas hemos conocido a quienes les hubiera encantado ser princesas y se hubieran figurado que lo serían gozosas toda la vida; pero que a los tres meses hubieran hallado horriblemente aburrida la venerable Kapurtala y cualquier día las hubiéramos vuelto a ver otra vez en un cabaret de París con la aureola de su historia de princesas indias fugitivas, en la cual no hubiésemos creído por descontado! La fe es difícil en estos tiempos. Para creer del todo en la novela de Anita hemos necesitado verla aquí con el rajá...

GONZÁLEZ.—Sí, es verdad. Hay que saber ser protagonista de cuentos de hadas. No todas tienen vocación ni constancia; pero a esas cabecitas frívolas no suele escogerlas el azar para el poético papel de princesas de leyenda. A lo más, se quedan por los alrededores. El azar sabe lo que se hace.

RODRÍGUEZ.—Entonces ¿no es azar?

## XXVII

### EL SAPO

*En casa de Enrique Gelmírez. Un cuarto de fumar moderno; muebles ingleses cómodos, sin fisonomía particular. Una estatuilla antigua, un Hermes de bronce cubierto por el verdín del tiempo; un búcaro veneciano con unas flores rompen, destacándose sobre una vieja arca tallada, la monotonía y la regularidad del decorado moderno. En la habitación están ENRIQUE, escritor conocido, y CARLOS MEVIA, abogado que no ejerce, propietario, miembro de esa aristocracia del dinero a quien generaciones laboriosas han legado el placer del ocio, que pocos saben gustar dignamente y que consiste en la libertad de no hacer nada por obligación, que permite a un hombre inteligente hacer muchas cosas nobles por gusto. Son Carlos y Enrique amigos de la infancia, con amistad verdadera, que es como parentesco de elección. Hay un silencio, uno de esos silencios íntimos en que el espíritu divaga entre recuerdos o acaso goza de un reposo que pone en la vigilia algo de la vaguedad del sueño, un como sueño*

consciente. De pronto Carlos se fija en un periódico que hay doblado sobre una mesa, lo toma, hace un gesto despreciativo y dice:

—¡Ya te han traído este papelucho!

ENRIQUE.—Sí; me lo han traído. Tiene mucha psicología tu verbo, querido Carlos.

CARLOS.—No hace falta mucha. Tú eres un hombre distraído. Lees pocos periódicos y por encima. No creo que figures en la lista de subscriptores de *La Tramoja*, órgano de la moral libre y del *chantage* metódico. Además, ya sabemos que nunca falta un alma caritativa que nos venga a contar las perrerías que dicen de nosotros. Y si están impresas, mejor; hay menos riesgo en la referencia.

ENRIQUE.—No hay más remedio que enterarse, chico. Hay dos categorías de personas que tienen a su cargo sacarle a uno de la ignorancia de las injurias: las queridas que hemos dejado y los amigos. Cuando recibo un papel de éstos, *muy dobladito*, metido en un sobre, por el correo interior, dudo poco sobre el origen del piadoso envío; no necesito mirar la letra del sobre, que además puede estar escrito por la doncella o por la peinadora. «Esto viene de Fulana—me digo—; la conozco perfectamente.» El alegrón iracundo con que habrá metido en el sobre el *encarguito*, como ella dice, pensando que me voy a poner furioso porque un *quidam* dice, con la autoridad de su firma, que soy un imbécil y que no tengo estilo. Chico, las mujeres no llegan a conocerle a uno nunca. Juzgan siempre por sí. Fulana discurre

en tiple. Cuando un revistero cualquiera, que estaba mal con la empresa o con ella, decía que no había cantado bien o estaba remiso en los adjetivos encomiásticos, se ponía fuera de sí. Yo la decía al principio: «¡Pero tú haces caso de eso, monada? ¡Si aunque no cantases! ¡Si tu cara canta mejor que la Patti!» Pero, lejos de agradecermelo, me hacía una escena, y acabé por tener que indignarme como ella. ¡Si viera el caso que hago yo de estos papeles que me envía! Es decir, éste no me lo ha enviado ella. Lo ha traído un amigo. El procedimiento de los amigos es diferente. Estos no nos envían bajo sobre los dicterios, guardando el incógnito. Nos los traen en propia mano, para fortalecerle a uno con su indignación y gozar de paso el espectáculo de la impresión que nos producen los improperios. Excuso decirte que conmigo pierden el tiempo. Tú lo sabes. No me dan frío ni calor estas cosas. Contigo no disimularía. Entre nosotros no hay secretos. Somos más que amigos, casi hermanos; nos conocemos desde chicos; no nos hemos hecho la competencia en nada; hasta nos hemos respetado las novias cuando éramos estudiantes y las amigas después.

CARLOS. — Hombre, ¡si lo sé! Pero ¿qué quieres?, no lo comprendo. Yo no podría aguantar que me pusieran en solfa. Me alegro de no ser nadie, viendo lo que se escribe de los políticos, de los literatos, de los artistas. Prefiero la obscuridad de la vida privada, con su educación relativa, al ruido de la vida pública, en que se mezclan aplausos y silbidos y todo el mundo se toma confianzas con los personajes conocidos.

ENRIQUE.—¡Ya lo creo! Ser hombre público no está tan mal visto como la publicidad en el otro sexo. Pero en el fondo se parece. Tiene su degradación al lado de su gloria. Lleva consigo una disminución de nuestra independencia. Una parte de nuestro ser se convierte en vía pública, por donde puede pasar todo el mundo, sin exceptuar a los asnos. Entramos en cierto modo en el dominio público. Nuestra morada interior no es un domicilio, sino posada en la cual se creen autorizados para entrar libremente los curiosos y los indiscretos. ¡Y si sólo fueran los curiosos y los indiscretos! Entra toda clase de caballerías, y particularmente los malévolos, los fracasados, con toda la bilis de su derrota. Una de las cargas de la vida pública, de la notoriedad, es ésta: aprender a despreciar los insultos. Es una asignatura difícil y desagradable. ¿Te acuerdas de los sapos de que habla Zola? A fuerza de tragárselos se acostumbra uno. Es una purga. Al principio hay que vencer la repugnancia. Después... He llegado a la indiferencia, hasta sentirme halagado por el homenaje involuntario del insulto. Estos improperios—me digo—dependen de que soy conocido, de que gano dinero, de que tengo influencia. El autor de los dicitos acaso no me conoce. Es un muchacho que ha venido a Madrid con hambre e ilusiones, peligroso bagaje. Ha trabajado, ha ensayado cien cosas para salir de la oscuridad, y, no lográndolo, apela al insulto para llamar la atención, para dar fe de vida y hacer saber que hay un hombre llamado Fulano de Tal que quiere ser algo. Una contestación mía, un desafío, le harían



feliz, le llenarían de orgullo. Pero yo no hago caso de los memoriales redactados en ese estilo, y me desquito pensando malignamente en la decepción que le causa mi silencio. Y cuando hace una hermosa mañana y me levanto alegre y dichoso de vivir, si me traen un periodiquete de éstos siento la tentación de decir a mi criado: «Francisco: si se pasa por aquí don Fulano de Tal, dele usted un duro y un par de botas usadas.»

---

## XXVIII

# DESPUÉS DE LA GUERRA

### I

—Lo siento, amigo Gessler—dijo el comisario—; pero no hay más remedio; las órdenes son terminantes. Usted es alemán, movilizable por su edad... ¿Por qué no se habrá usted naturalizado belga? ¡Al cabo de catorce años!

«¡Diez y seis!», rectificaba mentalmente Gessler, sin atreverse a interrumpir, abrumado por aquella sorpresa de la guerra, que echaba por tierra todas sus ilusiones y todos sus proyectos. Se había hablado tantas veces de la guerra sin que llegara a producirse la temida conflagración, que las gentes habían acabado por no creer en ella. La fábula del paster gritando por burlas: «¡El lobo!, ¡el lobo!» Gessler, en aquel ambiente pacífico, laborioso, patriarcal, en aquella vida fácil y cómoda de orden y abundancia burguesa de Bélgica, consideraba la guerra como una cosa antinatural, como una pesadilla histórica que no podía surgir en estos tiempos de civilización y de justicia mas que entre pueblos semibárbaros. Y he aquí que la pesadilla se hacía realidad. La guerra venía, y sus paisanos, los que él consideraba con or-

gullo los más civilizados de Europa, invadían la pacífica Bélgica, su segunda patria.

\* \* \*

Diez y seis años llevaba allí. Llegó a los diez y ocho, después de haber hecho sus estudios en la Escuela Industrial de Dresde y de haber trabajado dos años en la gran fábrica de relojería de Glashüte. En Amberes había sido, primero dependiente, luego socio, y, por último, sucesor del relojero Lambert, establecido en la *Place Verte*. Otto Gessler se había creado en aquella ciudad tan alegre, tan amable, tan animada, afectos, amistades; allí había pasado los años de su primera juventud; allí había formado su modesto capital; allí iba a fundar una familia. Dentro de pocos meses iba a casarse con Luisa Sanders, una rubia de espléndida carnación de Rubens, modesta, hacendosa y bien dotada. Otto se había hecho belga de costumbres y de ideas; hablaba el francés como su lengua nativa, y si no se había naturalizado era porque, siendo de carácter tímido y obediente, le intimidaba la probable censura de sus amigos de la colonia alemana. La guerra, la pesadilla bárbara, venía a comprometerlo todo: intereses, afectos, costumbres. Estaba lejos todavía — los alemanes peleaban en Lieja — y su hálito abrasador destruía ya el círculo íntimo de aquella vida. Se había dado orden de concentrar a los alemanes comprendidos en la edad militar para conducirlos hacia un confinamiento desconocido. Dentro de unas horas Otto partiría, dejan-

do su casa, su ciudad, su novia... Era la fatalidad inexorable que asomaba a su vida. Dejó entregada la tienda a su dependiente principal; se proveyó de algún dinero, de un poco de ropa y fué a despedirse de Luisa. Hasta el beso de despedida de su novia le pareció más frío. Un hermano de ella era oficial de la guardia cívica en Lieja. Un indefinible ambiente de hostilidad parecía haber cambiado en horas a la ciudad alegre y hospitalaria.

Embarcaron los alemanes en el tren. Iban custodiados por algunos guardias cívicos, con la bayoneta en el fusil, graves y ceñudos. Nadie hablaba. El tren caminaba hacia la frontera de Francia. Después otro tren, custodiado por reservistas republicanos; luego el embarque para una isla.

En el campamento de los confinados los días se sucedían lentos, llenos de inquietud y de curiosidad respecto al drama bélico que se desarrollaba lejos. La vigilancia era severa. Sólo llegaban de tiempo en tiempo algunas cartas... que no hablaban de la guerra. Oían hablar los confinados de derrotas alemanas; otras veces, el rostro ceñudo de sus vigilantes y tal cual injuria murmurada entre dientes les hacía adivinar los triunfos de Germania, que la mayoría esperaban rápidos, fulminantes, pero que tenían alternativas y se hacían esperar. Algunos, llenos de un odio frío y reconcentrado, aguardaban ansiosamente la paz victoriosa que les daría la libertad y el desquite. Otros, desalentados, habían caído en una especie de modorra: les parecía parado el tiempo, como si

estuvieran perdidos en el Océano en una calma chicha. De éstos era Otto. Al principio había recibido algunas cartas de Luisa. Luego, nada. ¿Qué habría sido de ella? ¿Qué sería de Amberes? ¿Qué suerte habría corrido su tienda? Vagamente, por tal o cual periódico que llegaba hasta ellos, los confinados sabían que se peleaba furiosamente en Francia, en Bélgica, en Alemania. Las naciones en guerra eran a la vez invadidas e invasoras. La relación confusa y contradictoria de batallas y victorias no permitía formar juicio. Sólo se desprendía que la guerra se prolongaba porfiada e indecisa. Con frecuencia llegaban a la isla torpederos coronados por un espeso penacho de humo, que en seguida se alejaban veloces. Luego, todo seguía igual, en aquella calma, cuyo velo no podían atravesar la ansiedad y la angustia de los confinados.

Por fin... la paz. La mágica palabra corrió como transmitida por una corriente eléctrica. Todo estaba en apariencia lo mismo, y, sin embargo, la convicción de la paz era general, como si hubiese habido una súbita revelación en los espíritus, unánime, firme como una fe. Al cabo de pocos días estaba confirmada. Era un hecho. Los confinados quedaron en libertad. La buena nueva parecía haber dilatado las almas hasta de los más belicosos. Cada uno marchó hacia donde le convino. Otto emprendió el regreso a Amberes...

## II

Mientras caminaba hacia Amberes, deseoso de rehacer su vida pacífica y tranquila, interrumpida por la horrenda pesadilla de la guerra—la cabeza de Medusa moderna—, Otto Gessler repasaba mentalmente la tragedia de las naciones, de que se habían enterado al cabo confinados y prisioneros. Más de ocho millones de vidas en pleno vigor habían sido segadas. La guadaña de la Muerte había hecho supremos honores a los belicosos emperadores. Un número casi tan crecido de hombres quedaba inválido y valetudinario. A los centenares de miles de millones gastados en la guerra había que añadir otros tantos destruidos, abrasados, pulverizados por las bombas y los explosivos, pisoteados por las enormes masas de caballería, aniquilados por las necesidades de la guerra y por el furor bestial de las horas de frenesí bélico: cosechas arrasadas, edificios derribados, obras de arte y monumentos hechos trizas, buques hundidos en el fondo del mar, puentes volados, líneas férreas deshechas; todo el trabajo de la civilización durante medio siglo, aniquilado. Los mercados de la América del Sur y del Oriente estaban perdidos para los europeos; las industrias de los Estados Unidos, del Japón y de la Australia se habían apoderado de ellos, adquiriendo un estupendo desarrollo. El primado económico emigraba a otros continentes e islas en castigo a la locura militarista. La guerra había sido terrible, porfiada, empeñadísima.

Al cabo el cansancio, la agitación interior de los

pueblos, el hambre, los síntomas de una revolución europea—revolución de desesperación, de hambre, de horror contra la matanza continua—hicieron desear la paz a todos. Los Estados Unidos, a pesar de ser beligerantes, sirvieron en realidad de mediadores, y la paz se hizo a costa de los que habían flaqueado; de Rusia, de los pueblos que no supieron cumplir el deber heroico hasta el fin.

Aquel combate de titanes parecía un sueño, la exageración de un novelista quimérico de esos que se lanzan a escribir la historia de lo por venir. Pero a medida que Otto iba pasando por tierras de Francia y Bélgica, con dirección a Amberes, comprendía la verdad del enorme desastre. Montones de ruinas ocupaban el lugar de pueblos antes florecientes y alegres; las comunicaciones ferroviarias se verificaban con gran dificultad. Por todas partes el monstruo de la guerra había dejado las disformes huellas de sus pesadas y destructoras pesuñas.

Llegó por fin. Amberes parecía otra ciudad. Palpitaba en la atmósfera el rencor de la ocupación alemana. No, no tenía ya aquella hermosa avenida de Nicolás de Keyser el alegre y atractivo aspecto con que antes parecía acoger a los viajeros que desembocaban de la gran estación. La tristeza de las cosas parecía una irradiación del dolor humano. Otto se sentía solo, perdido en aquella ciudad que fué como una prolongación de su casa y que ahora parecía contemplarle hostil y desconfiada. Su novia vestía luto por el hermano militar, muerto en los combates de Lieja. Un impedimento de sangre frustraba el idi-

lio soñado; los padres de Luisa nunca admitirían por yerno a un compatriota de los que les mataron el hijo. La tienda de Gessler había sido saqueada por el pueblo, enardecido cuando una bomba de un *zeppelin* cayó sobre un asilo de huérfanos y mató a una veintena de criaturas.

¿Qué hacer? Otto Gessler se veía solo, arruinado; tenía que volver a empezar su vida a los treinta y cuatro años. Y allí, donde había pensado continuarla, encontraba sólo frialdad, despego, desconfianza. Era el enemigo de ayer, quizá el enemigo de mañana.

—Se ha derramado demasiada sangre—le decía M. Lampretch, un viejecito profesor de Historia en un liceo, que solía ir todas las tardes a la tienda de Otto a comprobar al segundo la marcha de un antiguo cronómetro de French, que cuidaba como una reliquia; quizá el viejo reloj tenía una historia sentimental—. La riqueza material que ha aniquilado la guerra no es nada en comparación de los bienes morales que ha destruído. Se acabó la hospitalidad de los pueblos. No se puede vivir ya en tierra extranjera. En el extranjero se ve a un enemigo, a un espía, y se le hace el vacío. Poco importa que las leyes y los tratados le reconozcan derechos si se le encierra en un círculo de animosidad. Si quisiera usted seguir aquí, donde tantos años ha vivido, nadie le tendería la mano. Váyase usted. Hemos vuelto a los tiempos en que el extranjero era el *hostis*, el enemigo.

—Pero esto pasará—contestó Otto aterrado—. Estamos en el día siguiente de la guerra.

—Sí, pasará. La civilización es inmortal. Pero se necesitarán años de olvido para que se restablezca la colaboración humana al través de las fronteras. Hoy por hoy son como murallas de la China, detrás de las cuales vigila el espíritu nacionalista, exasperado por la sangre y la destrucción.

## XXIX

### «FOR EVER»

—Es curiosa esa medallita. ¿Me permite usted?

Y uniendo la acción a la palabra, sin esperar el permiso pedido, don Braulio cogió la medallita que colgaba de la doble cadena del señor Ordóñez y se puso a examinarla, con los lentes a caballo en mitad de la nariz.

Don Braulio, como habrá comprendido el lector, era fundamentalmente indiscreto y muy curioso. Su gran placer era saber vidas ajenas. El no era murmurador activo; pero la murmuración era el gran regalo de su espíritu. Solterón y sin nada que hacer, había heredado de su padre un regular pasar, y era el tipo del casinista. La vida de don Braulio, desde hacía treinta años, había transcurrido en una butaca del Casino, oyendo contar historias de políticos, de actrices, de señoras mal casadas y de toreros, más algún que otro cuento verde que contaba un magistrado andaluz cuando se arrimaba a la tertulia. Don Braulio no jugaba; sólo rendía ya al sexo femenino un desmayado culto a largos intervalos. Una pasión insaciable de saber, de saber cosas inútiles, de hablar, de oír, reemplazaba en él a las pasiones que traen

soliviantados y encendidos los ánimos de los hombres. Iba al Casino antes de almorzar, por la tarde y un ratito por la noche. No comía allí porque le sentaba mal la comida de fonda, y tenía en su casa de solterón una cocinera vizcaína que le preparaba guisos sabrosos y sanos.

—Acabará usted por casarse con ella—le decía algún amigo entrometido.

Don Braulio se reía. No había peligro. El no paraba en casa. Su casa era el Casino. Si no se hubieran inventado los casinos, don Braulio no hubiera comprendido el Universo.

\* \* \*

Era una medallita pequeña, de oro amarillento, desgastada. No tenía nada de particular. En ella se leían las palabras *For ever*, y debajo una fecha. Don Braulio no comprendió eso de *For ever*, con ser frase corriente. Los idiomas no eran su fuerte. Al pronto se figuró que sería un nombre. Como no era tonto, comprendió que la medalla era un recuerdo íntimo y que había estado indiscreto al examinarla.

—Dispense usted, amigo don Juan. Creí que era una monedita y he asomado la nariz a sus secretos.

—¿Secretos?—dijo Ordóñez—. A la vista está. Además, ¿no ha leído usted la fecha... 1892? Las cosas que datan de más de un cuarto de siglo no son ya materia de indiscreción; pertenecen a la jurisdicción de la historia y del recuerdo cuando nos acordamos de ellas. Entonces las vemos pálidas, lejanas, como

imágenes de otra vida que no nos parece que fué nuestra, como figuras de una película de cinematógrafo, en las cuales descubrimos caras conocidas que vimos alguna vez.

—Vamos, vamos, que usted bien se acuerda, cuando lleva siempre la medallita.

—Veinticinco años hace que la puse aquí, y hace muchos que pude quitarla; que el *For ever* ese que ha leído usted era una ironía. Pero no me he tomado la molestia. Soy un hombre apático que me he plantado. No quito nada del sitio donde lo puse. Los retratos de las amigas que conocí en mis buenos tiempos siguen en sus sitios, mirándose unos a otros. Son ya antiguas conocidas. Alguna vez, mi hija casada, cuando viene a casa a arreglar o a enredar un poco, me dice: «Papá: el día menos pensado te quito estos retratos de señoras; mira que ya eres muy viejo.» «Déjalos—digo yo—, ¿qué mal hacen? Siempre recrean la vista.» Ella se ríe y me dice: «¡Qué puntos sois los hombres!» Y no los quita, y hasta creo que siente cierta ternura hacia esas mujeres desconocidas que fueron las ilusiones del viejo papá. Seguramente, mi yerno, que es hombre grave, le dirá si hablan de eso: «¡Chifladuras!»

\* \* \*

Ordóñez hablaba lentamente. Era, como él decía, un hombre que se había plantado. La cadena de dos ramales que cruzaba el chaleco: el corte anticuado de la ropa, que era, sin embargo, nueva y buena, indicaban que Ordóñez era un hombre que se había

despedido hacía mucho tiempo de la moda, que había echado el ancla al tiempo en una hora ya lejana y se había sentido acabado. Recuerdo que vi una vez en el «National» de Lucerna, frente al lago, a una señora anciana que llevaba un estupendo collar de perlas y vestía un traje y una manteleta de seda a la moda del segundo Imperio. Parecía salida de una estampa antigua. Su vida debió de pararse alrededor de 1860. Quizá la muerte de un ser amado, de un marido, de un amante, acaso de un hijo, la clavó en una fecha. O puede que no hubiese novela sentimental y que fuese el desgaste de los resortes de la actividad, del mudar, del deseo de nuevas impresiones. El hecho es que la mujer, con su pena o con su fatiga, seguía andando por el mundo como una sonámbula, luciendo las joyas de antaño y el vestido del día en que la vida no fué ya para ella mas que pasado, recuerdo, en que cerró el balcón del porvenir. Cuando veo a Ordóñez me acuerdo de la señora anciana del Hotel National

— *For ever! ¡Para siempre!* ¡Qué vanas y temerarias palabras dicta el amor, o sus simulacros, pues nunca sabemos si es el amor o una contrafigura suya quien nos asalta en el camino! Siempre, ¿cuánto dura? A veces, años; a veces, unos meses. Y si durara, ¿no nos estremeceríamos de horror y de hastío viendo que aquella imprudente palabra había labrado un destino y querríamos borrarla y hasta borrar los instantes sublimes en que nació y escribir por encima *nunca?* ¿Será posible que toda esta poesía de amor sea mentira?

—Pero ¿a quién se le ocurre pensar de ese modo? Eso lo pensamos nosotros a los sesenta años, cuando ya nuestro *siempre* sería ridículo. Pero en la juventud sería quitar su precio a la vida. *Siempre* es verdad en el momento en que se dice. Ese instante de apetito de eternidad es fugaz; pero tiene algo de eterno en intensidad: ¿Que pasa? ¿Y qué? Basta que haya existido.

---

## XXX

### EN EL BAILE

García ha recorrido el salón del Real, lleno de máscaras y de fraques negros. ¿Qué le ha atraído allí? Un vago sentimiento de curiosidad, un deseo vago e indeciso de revivir emociones pasadas, de resucitar horas de la vida que fué. Son los mismos sentimientos que le han impulsado a regresar a España después de un largo período de expatriación, de un período de argonauta moderno, que no conquista el vellocino de oro en una osada aventura, sino en largos años de trabajo obscuro. García no es ya joven. Todavía no es viejo. Está en esa edad en que lo por venir no es aún una palabra sin sentido, pero es ya un horizonte breve, y en que lo pasado pesa mucho sobre el corazón y es un reino poblado de imágenes, de sombras, que el recuerdo hace amables.

—Los bailes de máscaras—dice García a un su amigo que se le ha agregado—son un rito orgiaco que ha perdido ya el sentido antiguo y del que sólo se conservan las formas externas y aparentes. Eran antes la fe en la aventura, la esperanza en el divino azar. en que todos hemos confiado, en las horas impacientes y luminosas de la juventud, que nos traería

la fortuna, la gloria, el amor. Era esa hora propicia y única en que todos hemos creído alguna vez, esa hora portadora de la dicha que hemos acechado algún tiempo, temerosos de que pasara a nuestro lado sin conocerla, hasta que nos hemos convencido poco a poco de que tal hora no suena en todos los relojes, sino en muy pocos. Esa fe se ha perdido. Observa cuántos hombres vienen al baile con pareja, es decir, se traen la aventura hecha, temerosos de no encontrarla si no la preparan de antemano. Es algo así como la elegancia adquirida en un bazar de ropas hechas, una aproximación muy lejana, muy relativa. Mira cuántas mujeres sin antifaz. ¿Es porque son bonitas? No; es que no creen en el atractivo del misterio, en el hechizo de los ojos de una desconocida luciendo tras el negro antifaz de terciopelo, como invitación a abrir una novela de amor. Prefieren la historia, que es cosa más segura, y llevan la cara destapada para que las reconozcan más pronto sus amigos.

—Sí—dice el otro—; pero esas aventuras de antes ¿han ocurrido alguna vez fuera de las novelas y los cuentos románticos? Aquellas aventuras, como las de ahora, en que no suele haber incógnitas que despejar, estaban formadas del ambiente, de la acción excitante del ruido, de la influencia voluptuosa de la música, de la excitación del *champagne*, de la emanación sutil de sensualidad que brota del concurso de mujeres que suponemos hermosas, caprichosas, enamoradizas. El misterio era un pretexto psicológico. Era la versión poética de la realidad, y ¡duraba tan

poco! Ahora, las mismas causas externas, el ambiente, el ruido, el *champagne*, la música, los descotes y las miradas de las mujeres producen los mismos efectos, pero con más simplicidad, sin que sea menester poner en verso la emoción ni sublimarla con la metafísica del misterio. Estos jóvenes que dentro de una hora se quitarán el frac en los pasillos de los palcos y gritarán en mangas de camisa, creerán a pie juntillas en la alegría de vivir cuando tengan unas copas más de *champagne* en el cuerpo; se sentirán dionisiacos, aunque no hayan oído hablar en su vida de Dionisos; tendrán la alegría de los antiguos sátiros. Y después de dormir profundamente, acaso dirán al día siguiente: «¡Cómo nos divertimos anoche!» Y dirán verdad si lo dicen. Se habrán divertido sin pretensiones, de un modo burgués, sencillo, al alcance de todos, sin esperar al mago Azar ni al hada Casualidad.

— Puede que tengas razón. ¿Sabes lo que me recuerda esto? Pienso en los fumaderos de opio de Oriente, en la sombra cálida de los fumaderos de Saigón y de Cantón, donde sobre una esterilla se cita a la ilusión, aspirando la droga de los sueños. El Occidente es más grosero, necesita medicos más materiales, un simulacro sensible.

Una máscara ase del brazo a García. «Hace un siglo que no se te ve—le dice—. Tú has resucitado. ¿Dónde has estado tanto tiempo? ¿A que no me conoces? ¡De seguro no te acuerdas ya de mí!» Bromean y discretean la máscara y el caballero. García la invita a tomar una copa de *champagne*. Tras algunos

melindres, protestando de estar ya vieja, la máscara se quita la careta. Es una amiga de la juventud, que evoca horas sentimentales y horas de pasión lejanas. García la observa con enternecimiento. Está ya ajada, en el ocaso. El la ve doble, como fué y como es, y quisiera que se fundieran en una ambas imágenes. Después piensa en la acción corrosiva, destructora, del tiempo, y vuelve a acordarse de los fumaderos de opio del Oriente viejo y sabio.

---

## PARADOJA DEL HISTORIADOR

—Esta moda de la historia papelista, pegada al documento, que no se atreve a dar un paso sin los andadores de las fuentes escritas, pasará .. Creo que renacerá el espíritu de los antiguos historiadores moralistas, psicólogos, políticos y retóricos, que hablaban en sus libros con la majestad y a veces con la pasión con que se solía en los Senados y las Agoras antiguos. No creo que el tipo del historiador se reduzca al de un secretario de actas o un escribano de actuaciones. Tras la generación de los obreros de la historia, que han acarreado auestas los materiales al papelorio inmenso de los archivos, surgirá la legión de los constructores. Entonces la historia dejará de ser una momia, para convertirse en una evocación vestida de brocados fastuosos y llena de joyas recargadas y bárbaras, como las Basilisas bizantinas que han resucitado ante nosotros Schlumberger, el historiador, o Paul Adam, el novelista.

Así hablaba Lucio, que no era, como supondrá el lector, por su lenguaje, historiador profesional. Un verbo fácil y brillante le había dado un puesto preeminente en la Prensa. La libertad de juicio que esta po-

sición le daba y su afición a los juegos del ingenio hacían que en sus discursos aparecieran algunas de esas verdades errantes y fugitivas que no se dejan ver de los hombres que tienen el espíritu demasiado clasificado y reglamentado, porque son verdades reñidas con el método y que se asustan de verse encerradas en el nicho de un casillero intelectual.

Cayo le oía con ira. Se sentía aludido en lo del historiador papelista. Era autor de algunos libros históricos, de erudición ramplona y estilo pobre y sarmatoso, que le habían dado cierta vaga reputación de saber entre los que no los habían leído, por esa enorme fuerza que tiene la virginidad de los libros no leídos. Cayo se engañaba en esto. Lucio, ignorante de muchas cosas, le ignoraba a él, que era después de todo un ente poco interesante e ignorado de muchos. Pero la superioridad social e intelectual de Lucio, la agilidad de su ingenio y las sales de su palabra humillaban a Cayo, que se sentía obscuro y pequeño junto a aquel hombre que le parecía un farsante, y al sentirse pequeño se juzgaba víctima de una gran injusticia.

—Entonces—dijo Cayo, tras una pausa—volveríamos a las fábulas de los historiadores antiguos, tal vez a los falsos cronicones. Los documentos han dado a la historia moderna su exactitud y su carácter científico.

—Los documentos son, sin duda, una fuente apreciable—contestó Lucio—; pero en ellos no está toda la historia, sino una pequeña parte de ella, muchas veces desfigurada por la vanidad y el interés de los hom-

bres. Todo documento voluntario escrito para la posteridad es sospechoso y requiere una crítica detenida y desconfiada. Así como en las estelas de los antiguos reyes y conquistadores de Oriente un escriba adulator y complaciente convertía en rey del mundo a un príncipe que sólo imperaba en un reducido territorio de Asia, y en batalla de razas y de pueblos lo que fué choque entre dos pequeños ejércitos allegadizos como las *harkas* de Marruecos, en los documentos oficiales y semioficiales más modernos no se guarda mucho más respeto a la verdad. Los hombres no se contentan con engañar a sus contemporáneos y quieren que el engaño se prolongue por el tiempo y llegue a la posteridad. Todo documento que encierra intención histórica es en principio sospechoso de parcialidad. Quiere prolongar una fama o un vituperio. Los testimonios involuntarios, los que nos ofrecen la literatura y las reliquias de las Artes, son los más verídicos. Un cacharro, una poesía religiosa o erótica, un arma enmohecida y, en épocas más avanzadas, una novela, encierran más substancia histórica, o al menos una substancia histórica de mejor calidad, que los papeles que guardan afanosamente en los archivos unos hombres cuyos espíritus y cuyas calvas llegan a adquirir la amarillez y la tiesura de los pergaminos que custodian. La misma tradición oral, desfigurada, cubierta de la vegetación que hacen nacer sobre ella las imaginaciones, encierra un tesoro de verdad. El hecho de que el pueblo romano siguiese amando a Nerón y creyendo que no había muerto y que un día recobraría la púrpura, nos hace dudar

de los retratos sañudos y parciales que de él trazaron los historiadores, clientes y partidarios de los Flavios, interesados en ennegrecer la memoria del último de los Césares. La historia diplomática, documental, papelería, no representa más que una fase, un período de acarreo, una preparación para la verdadera historia. Los archiveros y los ratones de bibliotecas están trasegando y almacenando los ladrillos y las piedras con que han de fabricarse los futuros palacios de la historia, cuyos arquitectos tendrán que ser ante todo hombres de imaginación, poetas, creadores, inventores...

—Esos señores—interrumpió Cayo, furioso—escribirán novelas, pero ¡lo que es historia!

—La historia—replicó Lucio—adoptará quizá la forma novelesca, como adoptó en lo pasado la forma oratoria, reservando sus mejores trozos para las arengas de príncipes, estadistas y capitanes. A esta palabra novela va unida una mala fama inmerecida de ligereza y de ficción. Hay novelas que son más verdad que algunas historias, por lo que nos descubren de la psicología y de las costumbres. Pero, sobre todo, la historia-novela o la historia novelesca no significará más que una forma artística, una transformación del arte de narrar que convertirá el relato en una reproducción dramática de las grandes escenas de la Humanidad. En los grandes historiadores, en Gibbon, en Taine, en Renán, hay páginas novelescas que no por eso son menos históricas. Además, la inventiva es legítima y aun necesaria en la historia. Si la historia ha de llegar a ser ciencia por otro cami-

no que el de afirmarlo los escritores a la cabeza de los tratados y manuales, preciso será que se adopten los procedimientos científicos, que se valga de la inducción y que use de la hipótesis, que es el gran explorador de la ciencia. ¿Qué pretende la historia? Darnos la visión de lo pasado, resucitarlo en nuestro espíritu. Del pasado nos quedan vestigios dispersos, ruinas, cuadros descoloridos y borrosos. Hay que ordenar esos vestigios, restaurar esas ruinas y esos lienzos, a fin de que la primitiva traza arquitectónica y el color y dibujo primeros renazcan, venciendo las injurias del tiempo y del olvido. El historiador que se atiene a reunir esos materiales es un anticuario, un chamarilero de la historia. El verdadero historiador tiene que sacar de las partes existentes las partes perdidas. Por comparación, por inducción, por penetración psicológica, por esa adivinación de los inventores, ha de componer sobre las reliquias que nos dejó el pasado la desvanecida imagen de sus escenas y el borrado retrato de sus héroes. Así, cada día la historia se aproximará más a la realidad de lo pasado, y como Cuvier reconstruía, partiendo de un hueso, el tipo de un animal de alguna primitiva especie desaparecida, reconstruía ella una época, un hecho, un personaje, partiendo de los materiales de recuerdos que nos han dejado, a veces de un pormenor pequeño, trivial, pero significativo...

—Eso no será historia; nadie tomará en serio esas divulgaciones—gritó Cayo.

—Los pedantes no las *tomarán* en serio al principio, hasta que se extienda la moda de escribir así la

historia. Los que creen que la verdad para ser verdad ha de ser solemne y sibilina, y la virtud áspera y antipática, y el deber penoso, y que si no son así no serán verdad, ni virtud, ni deber cabales y dignos de que se sacrifiquen por ellos los hombres y las mujeres, se resistirán a ese cambio de la historia. También se opondrán resueltamente los historiadores que por virtud de esa mudanza tendrían que dejar de serlo, por falta de imaginación, de estilo, de agudeza psicológica. Pero la historia interesa a tan pocas personas, que en ella es facilísimo hacer una revolución. Los intereses creados ¡son tan pequeños en este orden de cosas!

---

## XXXII

### EL IMPOSIBLE VENCIDO

El vascófilo Larramendi puso este título a su tratado sobre el vascuence. El vascuence parece ser un idioma extremadamente difícil. Ponderando esta dificultad, se ha dicho que el diablo quiso aprenderlo y no pudo. Yo creo que el diablo, si ha llegado a sus oídos ese rumor, se habrá reído de muy buena gana. En sus buenos tiempos ha hecho cosas mucho más difíciles. No hay que faltar al diablo atribuyéndole menor capacidad que la de los hombres que han aprendido el vascuence, el éuskero, o como se diga.

Yo conozco otro caso más notable de imposible vencido. Es el de Adriana, una actriz a quien todos conocemos y a quien no llamo por su verdadero nombre porque soy enemigo de alusiones personales. No me gusta sacar a plaza a los vivos, ni siquiera a los muertos cuando no están a la debida distancia histórica. Pienso que la letra impresa debe tener cierta impersonalidad y no meterse en vidas ajenas mas que con nombres supuestos, mirándolas como casos o ejemplos de costumbres.

¿Y qué imposible ha vencido Adriana? Uno muy femenino. Ha vencido la tentación de ser borita. Y

lo era, y lo sigue siendo todavía. Sin embargo, la vemos en los escenarios haciendo papeles de característica, de señora mayor, a veces de vieja decrépita. ¿Comprendéis el sacrificio que representa para una mujer joven y hermosa convertirse en característica? Ser característica, para una actriz, es como despedirse de las ilusiones y de la juventud, pasar a la reserva, por lo cual se dilata ese terrible momento todo lo posible y un poquito más. Matronas que andan bordeando la cuarentena hacen papeles de bulliciosas y juguetonas ingenuas. Hay grandes actrices, cercanas al medio siglo—de la parte de acá o de la parte de allá—, que siguen representando las heroínas inspiradoras de pasiones volcánicas que hace veinte años les iban tan bien... Abdicar es muy duro.

\* \* \*

Adriana ha sido al revés. Para que la veamos tal cual es, joven, fresca, bonita, es menester que se quite los afeites del teatro. Son veinte años menos, cuando para tantas de sus compañeras de farándula el despintarse y quitarse pelucas y añadidos son veinte años más en un momento, veinte años adquiridos día por día, pero que ocultaba el disfraz galante de la escena. ¿Es que Adriana ama la vejez y la fealdad? ¿Tendrá esa extraña perversión del gusto? Ni por pienso. Es una historia triste y vulgar. Yo he conocido a Adriana en sus primeros tiempos de teatro, antes de dedicarse al *verso*, a la comedia seria, que, por la tradición del género, se sigue llamando *verso* en el

*argot* teatral aunque esté en prosa. Era una segunda tiple, que habría sido insignificante sin su belleza aristocrática de rubia fina, sin su carnación nacarada, sin el dorado casco de su pelo. Aquella criatura blanca y sonrosada, de ojos acariciadores, dibujados en forma de almendra; de boca roja y fresca como un clavel, parecía una marquesita que por capricho había ido a pisar el tablado escénico con sus piecitos hechos a deslizarse sobre alfombras de Oriente. No había tal capricho ni tal marquesita. Era hija de un actor obeso y ordinario; pero lo que es parecer, parecía una damita de sangre azul.

Yo sé de un amigo que tuvo entorces por ella un tierno *béguin*. Adriana era honesta, cándida, como se puede serlo aún en los interiores de un teatro, con esa candidez que lo sabe todo y no desconfía de nada. Se casó por amor con un comicucho, que al mes la pegaba y la empeñaba sus pobres alhajitas. A los tres o cuatro años aquel bandido se marchó a América, dejando abandonada a Adriana con un hijo. Ella se contrató donde pudo, en lo primero que se presentó, en una compañía de verso. El problema para la pobre muchacha era vivir y que viviera su hijo. Aceptó todas las humillaciones. Un día la obligaron a hacer un papel de característica. Gustó; arrancó un aplauso espontáneo, y bien espontáneo, porque era demasiado poca cosa en la compañía para que la mimara la *claque*. Aquel aplauso decidió su destino. Siguió haciendo características. La decían los autores que era su género, y al cabo Adriana ha llegado a ser una gran artista como dama de carácter.

Al principio sé yo que le ha costado algunas lágrimas furtivas; pero ya sonríe y bromea serena, diciendo: «Me voy a hermosear», cuando se pone a afearse y a envejecerse concienzudamente delante del espejo de su *camerino*. Ocultar su belleza ha sido para ella el pan y la tranquilidad, como para otras el mostrarla.

¿No es verdad, lectora, que no he exagerado mucho al decir que se trata de un imposible vencido? Parecer bella es la mayor pasión y la mayor tentación de la mujer. Es la herencia del sexo, que viene del Paraíso, al través de innumerables generaciones de abuelas, cuyo anhelo de parecer hermosas palpita en las células de la mujer moderna. Sobre todo en la mujer de teatro, ofrecida a la admiración de la multitud como un ídolo, como una estatua viviente. Francamente, yo creo que si el diablo es mujer y se ve en el caso de Adriana, le hubiera costado mucho más trabajo que lo del vascuence.

---

## XXXIII

### VAGANDO

—Creo—dijo Enrique—que la afición a vagar por las calles de nuestras grandes ciudades, a *flamear*, como se dice en la jerga franca que nace del trato con diversos idiomas, viene de muy lejos. Es un resto, muy atenuado, del nomadismo, de la vida errante, que ha pasado por tantas etapas en la historia. Una ciudad que conocemos ofrece sin duda menos margen a la aventura y a lo imprevisto que ofrecían los caminos de la vieja España de los Austrias a los pícaros, a los comediantes de la legua, a las mozas de partido y a los rufos arrogantes, que peregrinaban en busca del sustento o de la fortuna y llevaban al lado, sin saberlo, en sus jornadas por las polvorientas rutas de Castilla, una excelente compañera de viaje: la ilusión del cambio, de lo inesperado, de la vida libre, que muda continuamente de paisaje y de cara. Algo atenuado está ese placer de la movilidad, de la renovación de impresiones y la sucesión de espectáculos en una ciudad; pero algo queda de él, y ofrece la comodidad de que lo tenemos delante de la puerta y podemos tomarlo y dejarlo cuando nos parezca, sin alterar nuestra vida ordinaria. Hay hom-

bres prosaicos que creen que ese gusto de corretear sin objeto por las calles es cosa de vagos y holgazanes; yo sostengo que es de espíritus afinados y poéticos, que buscan el regalo de lo imprevisto, que una civilización ordenada y monótona se empeña en destruir. Poco importa que no lo encuentren. Aspirar y desear son las sonrisas de la vida. Lograr es casi siempre la iniciación de un bostezo.

Este exordio viene al tanto de decir que soy aficionado a curiosear en los escaparates, afición en que se juntan el noble placer del ocio y la curiosidad, madre del saber y de las ciencias. En los escaparates se aprende más psicología que en los manuales que sirven de texto de esta entrometida ciencia y aun en algunos libros clásicos. Lo que se expone allí, para los ojos vulgares es una porción de baratijas y artefactos; mas para los iniciados es una parte del alma humana. Mirando los escaparates he comprendido que está por formar y por escribir una nueva ciencia que ofrece amplios horizontes a los filósofos de lo por venir: la estética de lo feo — estética digo, porque no hay como las contradicciones para entenderse—. Hay, en efecto, un arte del mal gusto, con arreglo a cuyos cánones se fabrican multitud de objetos completamente superfluos y completamente horribles. El hecho de que se fabriquen no puede atribuirse al afán de llevarle la contraria a la belleza, porque la industria y el comercio no se guían por estos motivos espirituales, sino por el sólido juego de las causas económicas. Se fabrican, luego se venden, según enseña el más puro cartesianismo económico. Esto arro-

ja mucha luz sobre el sentido estético de nuestros contemporáneos.

Hay, por ejemplo, unas petacas que podrían dar materia a un curioso capítulo, o siquiera a una nota o ejemplo de esa futura estética de la fealdad y la cursilería. En ellas se ven, esmaltados sobre plata, una botella de *champagne*, unos naipes franceses, una chica ligera de ropa. Estos profundos símbolos son las armas del soltero, Paul de Kock en imágenes, el blasón del vicio, de un vicio cursi, que siente la necesidad de fabricarse un escudo y de ostentarlo bien visible para que nos enteremos, como los *parvenus* que acuden a un rey de armas para que les fabrique un linaje y ostentan el flamante escudo hasta en el faldón de la camisa. ¿Cabe algo más *rasta*, más descaradamente cursi, de un ridículo más formal y tomado más por lo serio que la ostentación de esos emblemas de la mala vida, exhibidos como una ejecutoria o una divisa?

Me figuro al dueño, a uno de los numerosos dueños, de la petaquita, que sin duda llevará en el dedo un sortijón con un grueso brillante y hablará mucho de sus conquistas y de sus caballos, aunque no haya montado más que de tarde en tarde, sacando la petaca con aire de importancia, para ofrecer un pitillo y dejarla ver, como quien dice: «Aquí me tienen ustedes. Soy un compendio de todos los vicios, y a mucha honra. ¡Las mujeres que yo he conquistado! ¡Las botellas de *champagne* que he pagado! ¡El dinero que me ha sacado el *bacarrat!* ¡Pero la vida es hermosa, amigos!»

Y como las conveniencias sociales son muy poderosas y estos actos de ostentación suelen dirigirse a personas parcamente pensantes y fáciles a la admisión, lo probable es que no haya uno que le conteste: «Usted, señor mío, no es mas que un majadero de solemnidad y un cursi de la clase de incurables. No ha digerido usted el *champagne*, ni las mujeres, ni el dinero. Quizá el *champagne* era Codorníu; el dinero, calderilla, y las mujeres, infelices peripatéticas, vulgo... no quiero decir cómo traduce el vulgo esa clase de paseantas. Y si no lo fueron, merecerían serlo. La distinción del vicio, como la de la virtud, consiste en no darles importancia.»

---

## XXXIV

### PARADOJA DEL JUEGO

«¡Hagan juego, señores! ¿Está hecho? No va más.» Estas frases sacramentales de la liturgia del azar resuenan monótonas en la sala de juego del Casino de playa en que me encuentro, en una situación extraña, que me guardaría de proclamar en alta voz temeroso de indignar al concurso. Estoy en la situación de un observador asomado a un laboratorio de psicología. Todos los seres humanos, desconocidos para mí, que se sientan en torno del tapete verde son casos psicológicos. El misterio con que el incógnito rodea a las personas que la casualidad pone en nuestro campo visual por vez primera deja ancho margen para la inducción y abre una indefinida pista por donde puede correr la fantasía, adivinando tal vez, equivocándose acaso, pero sin saber si se equivoca o adivina, dejando a la verdad y el error que jueguen al escondite en la penumbra de las suposiciones.

La silla en que me siento es una silla usurpada; está puesta para soporte de un jugador y no de un curioso. A fin de tranquilizar mi conciencia y de no disonar de la concurrencia, he lanzado un duro a una casilla cualquiera, sin inquietarme por su suerte, pen

sando que si aquel náufrago llega a la playa no faltará alguna piadosa mano que le recoja. Luego de hecho este leve sacrificio en el altar de la *cagnotte*, observo con el ánimo aliviado ya de escrúpulos. Mi curiosidad es mi propiedad. La he pagado con las cinco pesetas.

Estas tafurerías elegantes de playas y estaciones veraniegas se diferencian de los casinos de las grandes capitales. Allí se conoce todo el mundo y el jugador es un personaje habitual. Aquí el público es heterogéneo: las prevenciones, las categorías y las diferencias sociales se funden en la religión niveladora del azar. No se exige más que un traje «admitido en la buena sociedad», como en los bailes de máscaras de segunda clase, y un *mínimum* de modales. No lejos de una rubia *cocota*, de ojos agrandados por el lápiz y labios teñidos de carmín, se sienta una señora mayor, de aspecto grave y austero, que en cualquier otro lugar huiría tal compañía. Junto al tipo del jugador de oficio cosmopolita, que podría trazar el mapa de los garitos del mundo, veréis a un honrado padre de familia, burgués y metódico, que ignora los secretos del treinta y cuarenta y de la ruleta y se asoma a ellos como a la orilla de otro mar.

Entre todos los tipos que rodean la verde pradera artificial de la fortuna, que es tan engañosa como el verde del tapete, los más interesantes son los jugadores de paso, los jugadores de verano, que en Madrid, o en París, o donde residan, no se jugarían un duro, pero que toman el juego como un número obligado del veraneo. Un viaje de verano supone

gastos extraordinarios, un cambio de costumbres, de medio de horizonte. El tributo a la ruleta es una partida de los gastos de viaje, al modo que las chucherías y las cosas inútiles que se compran para llevarlas como recuerdo a los amigos y parientes.

Además del placer de saborear un vicio desconocido, mueve a estos jugadores de ocasión la grata y tentadora esperanza de que el viaje le salga gratis, merced a un capricho de la suerte. ¡Jugadores incautos, que no estáis aún dominados por la fiebre del azar, os deseo una fortuna propicial Y el mejor don que la fortuna puede haceros es que perdáis una cantidad que no os desequilibre y os escarmiente, que no os obligue a volver precipitadamente, mustios y cabizbajos, a vuestros lares, y baste para inspiraros una saludable desconfianza hacia el caprichoso azar.

¿Sabes tú acaso, varón ordenado y laborioso, la perturbación que introduciría en tu vida el hecho, al parecer favorable, de ganar cuatro, cinco o diez mil pesetas en esa furtiva excursión al templo de la suerte? Ese dinero tan fácilmente ganado te parecería más amable, más tentador que el que obtienes con esfuerzo y parsimonia en tu industria o tus ocupaciones profesionales. Te arrastraría su seducción, y pronto sería tu ruina. El dinero del juego es como aquellas monedas que antaño daban el diablo o los gnomos guardianes de los tesoros de la tierra y que presto se convertían en hojas de árbol secas. La sonrisa falaz de la fortuna sería para ti como las engañosas palabras de aquella mujer ramera de la Biblia, que, encontrando a un mancebo incauto, le dice que

ha perfumado su alcoba con áloes y cinamomo y la ha tendido con paños de Egipto, y le lleva al degolladero, ni más ni menos que cualquier «Casco de oro» de los bulevares exteriores de París.

Esto es lo que explica el que en una sociedad en que todos los pecados capitales están consentidos, y hasta algunos disfrutan de consideración social y pagan la cuota correspondiente de contribución industrial, el juego, que no figura en tan alta categoría en la escala de los pecados, sea perseguido como delito, con algunas excepciones de tolerancia. El juego es la derogación del orden económico, basado en la previsión, en el cálculo, en la supresión del azar. Un oscuro instinto ha hecho adivinar a los legisladores que bajo sus mansas apariencias es la mayor rebeldía.

Mas he aquí que estando en estas meditaciones oigo una voz que me dice: «¿Sigue todo?» Miro y advierto que sobre mi duro se alza una columnita de fichas. La fortuna ha velado por él. Una onda peligrosa de indulgencia amenaza anegar mi naciente filosofía sobre el juego. «¿Me tentarás, traidora?», digo mentalmente a la fortuna. Pero no; un golpe contrario se lleva otra vez aquellas fichas y me deja íntegra mi convicción de que en el juego lo mejor es perder, para no aficionarse a los halagos pérfidos, de mujer engañosa y fatal, de la suerte.

## JÓVENES Y VIEJOS

DON FULGENCIO, *sesenta años, persona de viso*; MARTÍNEZ, *cuarenta, sujeto de mediano estado*; UN SEÑOR *que no habla hasta última hora, edad indefinida.*

MARTÍNEZ.—¡Paso a la juventud! Si quiere usted ponerse al nivel de lo que reclaman las circunstancias, amigo don Fulgencio, debe usted abandonar esta vida perra, o por lo menos sus pompas, vanidades y utilidades, para no estorbar a los jóvenes, que se están poniendo impacientes. ¡Qué demonio! ¡La longevidad se extiende de un modo alarmante!

DON FULGENCIO.—Lo he pensado. Pero ya que habla usted de la juventud, ¿será servido en decirme dónde para esa señora? ¿Acaso está en los que piden el exterminio de los viejos? Creo que si les pidieran la partida de bautismo, muchos de ellos se verían apurados y en trance de pasar de sacrificadores a víctimas. Además, lo que pretenden es una cosa vejisima, que tuvo mucha aceptación en la aurora de la Humanidad. Vea usted si el antecedente es poético y remoto. Pocos precedentes habrá de autoridad tan rancia. El caso en sí no era tan poético. Hubo pueblos primitivos, parecidos a nuestros salvajes, que

sacrificaban a los viejos, y hasta algunas de aquellas hordas prehistóricas, poco escrupulosas o muy exquisitas, ¡quién sabe!, en materia de alimentación, daban a sus mayores amorosa sepultura en sus estómagos. Probablemente los orígenes de esta costumbre fueron de índole económica. Los viejos no podían ya cazar ni pelear. Eran una impedimenta que conservaba el vicio de comer. Después, por el buen parecer, pues la Humanidad ha procurado siempre disfrazar sus motivos utilitarios, el sacrificio de los viejos se convirtió en un rito sacro. Los mismos viejos se hicieron a ello por la fuerza de la costumbre, y se hubieran considerado deshonorados si no se los merrendasen sus pacientes.

MARTÍNEZ.—Vea usted si eran complacientes aquellos venerables ancianos. A los de ahora se les pide mucho menos, y ¡que si quieres!

DON FULGENCIO.—¡Cómo ha de ser! Se perdió la costumbre. Es preciso inventar algo nuevo que justifique la eliminación de los viejos. Lo que dicen los campeones de esa mocedad inquieta, enemiga de las canas ajenas, no es nuevo. Se dice o se piensa hace muchos años en todas las oficinas. «¡Que se corran las escalas! ¡Que jubilen a don Fulano! ¡No le vendría mal una pulmonía a don Zutano! ¡El pobre, con sus achaques, no perdería gran cosa!» Es un sentimiento burocrático, de gente acartonada, que vive pendiente de un escalafón. ¿Es ese el arranque de la juventud? Yo soy más radical. Los jóvenes, si es que lo son, no deberían decir que se quiten los viejos, sino quitarlos.

MARTÍNEZ.—Bien quisieran; pero ¿cómo? ¿Por el procedimiento de los salvajes de antaño?

DON FULGENCIO.—No está de moda. Superando a los viejos, eclipsándolos con las lozanías y los arreos de la mocedad. Ellos dicen: «¡Los viejos no sirven!» Puede que sea verdad. Pero lo que importa es demostrar que los jóvenes sirven, y en esta demostración están mucho menos adelantados.

MARTÍNEZ.—Y ¿cómo han de demostrarlo? Los viejos ocupan los primeros puestos; gozan de todas las ventajas de la antigüedad, de la fama que se elabora lentamente, de la riqueza que se acumula año tras año. Es natural que los jóvenes se subleven contra este estado de cosas, que quieran gozar de los bienes que coronan la última etapa de la vida ahora que tienen plena apetencia para saborearlos. ¿Le parece a usted que es consuelo para un joven pensar: «Dentro de treinta años o cuarenta seré famoso, seré rico, seré quizá personaje; pero el reuma y el asma me harán desagradable la vida; ahora es cuando me vendrían bien el dinero, el halago de la fama, la satisfacción del mando»?

DON FULGENCIO.—Pues para eso sería menester enmendarle la plana a la Naturaleza, que, como vieja, acaso chochea. Que nacióramos viejos y llegásemos más tarde a la madurez y fuésemos después jóvenes, y, por último, cuando nos fuésemos a morir, niños. Sería divertido, tal vez, este trastrueque de las edades y desde luego el único medio de darles gusto a los jóvenes, que quieren recoger el fruto de la vida antes de vivirla. Lo que hay, amigo mío, es que los

jóvenes han vuelto la espalda a la juventud y prefieren a sus alegrías las utilidades de la vejez. Crea usted que yo me cambiaría por cualquiera de ellos, a condición de que se me garantizase que su juventud no era pura apariencia y consistía en algo más que una fecha del Registro civil. ¿Cree usted que es mejor ser senador, académico o teniente general que tener veinticuatro años y conquistar a todas las modistas sensibles que se pongan a tiro? Por mi parte, prefiero las modistas.

MARTÍNEZ.—No sea usted ansioso. La senectud también va volviéndose absorbente e invasora. En las primeras filas de butacas de los *cines* sicalípticos no se ven mas que calvas y barbas venerables, o que deberían serlo. En la novela y en el drama franceses están de moda los hombres de cuarenta años para arriba. ¿Qué van a hacer los jóvenes sino pensar en las senadurías vitalicias? Quizá la ambición de los jóvenes depende de que la carestía creciente de los precios alcanza a todos los géneros, incluso al género femenino.

EL SEÑOR QUE NO HABLA.—La juventud no depende de los años; hay jóvenes viejos y viejos jóvenes.

MARTÍNEZ.—Ese es el consuelo de los viejos que no se resignan a serlo. Pero no hay que fiarse. Se ha dicho que cada uno tiene la edad de sus arterias. Es mucho más dudoso que tengamos la edad de nuestro corazón o de nuestra fantasía. Aun tratándose de las arterias, hay que poner en cuarentena la juventud de los que llevan sesenta años de buenos servicios.

## XXXVI

### EL CRIMEN DE AYER Y EL DE SIEMPRE

GONZÁLEZ.—¡Otra mujer degollada! Me sublevan estos supuestos crímenes de amor, que no son mas que casos extremados de la brutalidad del macho, que quiere imponerse a la hembra, como en la selva primitiva, y si ella no se somete, la mata. ¡Pobres mujeres!

RODRÍGUEZ.—¡Pobres mujeres... y pobres hombres!

GONZÁLEZ.—¿Va usted a compadecer a los chulos que toman por lo trágico su papel y matan a su amante?

RODRÍGUEZ.—Verá usted. Cuando tengo la digestión fácil, compadezco a todo el mundo. En esos momentos en que parece que no tenemos cuerpo, que no le sentimos, que es la fórmula de la felicidad orgánica y de toda felicidad, porque la felicidad nos visita siempre de incógnito y no la percibimos hasta que se va, en estas ocasiones, digo, el espíritu está libre, ligero y sube sin esfuerzo a las cimas de la comprensión y de la indulgencia. La digestión influye poderosamente en nuestros juicios y en nuestros sentimientos. No quisiera yo ser juzgado por jueces dis-

pépticos. En el ojo clínico del *sablista* entra por mucho espiar ese momento en que estamos dispuestos a la benevolencia; acechar el instante de los rostros abiertos, de los ojos alegres, de las bocas preparadas al sí y de las manos prontas a sacar el bolsillo.

GONZÁLEZ.—Entonces Pangloss es una creación de su cocinera. Bueno es saberlo, por si se ofrece ocasión de pedirle a usted cinco duros. Voy a apuntar las señales de pronóstico favorable: buena digestión, cara alegre, mano que se va sola hacia el bolsillo... hacia el propio—la atracción hacia el ajeno es un fenómeno frecuente, más estudiado por los legistas que por los fisiólogos—. Todo eso está muy bien; pero por lo de disculpar a los criminales no paso.

RODRÍGUEZ.—Disculpar no es la palabra. Pongamos provisionalmente explicar. Siempre que me entero de un drama de amor, por plebeyo que sea—no me interrumpa usted—, de sensualidad si usted quiera, en una forma inferior, pero de la misma familia, siento una compasión infinita hacia las criaturas, por viles que fueren, a quienes ha abrasado el aliento del monstruo.

GONZÁLEZ.—¡El mayor monstruo, los celos! Pero, francamente, en ciertos casos son un monstruo completamente inverosímil. Un hombre que sabía, que ve, que consiente...

RODRÍGUEZ.—Pese a Calderón, el mayor monstruo no son los celos. Es el amor mismo. Al revés de lo que sucede en todas las cosas, en amor no son buenas mas que las imitaciones. El género auténtico, legítimo, es fatal. Verdad es que él mismo no es

sino una falsificación poética de lo que primitivamente quería la Naturaleza sin tantas complicaciones. El hombre es un animal demasiado imaginativo. De todas las invenciones que han echado al mundo los poetas en verso y prosa, la más funesta e inhumana ha sido esta del amor. ¡Me río yo del inventor de la pólvora y del de la dinamita! A fuerza de tropos y de imágenes han convertido un hecho natural, casi diría una función, si no temiera que me llamase usted materialista, en una fatalidad avasalladora, en una especie de sublime locura, que tiene embebecida a la Humanidad desde que se escribieron las primeras fábulas de amor, y que ha creado, con su prestigio, más de la mitad de la literatura. Todo ese enjambre de novelas, de comedias, de tomos de versos que dan de comer a tanta gente y siguen conservando en las imaginaciones el fuego del culto a Eros, viene de los primeros hombres que poetizaron el encuentro con el sexo contrario sin saber lo que hacían, ignorantes de que estaban labrando el destino de la Humanidad.

CONZÁLEZ. — Todo eso está muy bien. No se lo discuto a usted, aunque bien podría, porque yo no admito que el amor haya sido una invención de un antepasado medio gozila, que era algo más sensible que sus congéneres, o no tenía otra cosa que hacer cuando realizó el descubrimiento. Para mí, el amor es un impulso innato, una comunión natural de almas, que, como están dentro de cuerpos, no pueden prescindir de ellos. Pero ¿cómo poner al nivel del amor, ni siquiera en las cercanías, esas pasiones brutales o esos simples lazos de concupiscencia, en que no hay ni

sombra de espiritualidad, donde no ha sonado la música divina de Eros?

RODRÍGUEZ. — ¡Ah, amigo! Es que Eros anda también entre gente tosca y plebeya, y entonces se pone al nivel de los seres con quienes alterna. El amor es un fenómeno subjetivo y varía según los sujetos donde se produce. Además, el juego de los motivos de nuestra conducta es obscuro y complejo; es una madeja que no puede desenredar por completo el más paciente y sagaz psicólogo. Si la dinámica de esos motivos fuese simple, sencilla, no habría amor. ¿Cree usted que aceptaría alguien si le dijese: «Vas a entregar tu albedrío a una criatura, que es uno de tantos seres humanos, pero que a ti te parecerá cifra y compendio del Universo; tu tranquilidad estará pendiente de ella, su voluntad jugará con la tuya, que-rrías absorberla en ti y siempre quedará algo que se escape; su mano marcará el destino de tu vida y de su boca penderá el que tus horas sean alegres y ligeras o eternas y desesperadas; serás su cosa, y a lo sumo te dará algunos momentos fugaces de éxtasis en torno a cosas que se pueden encontrar a poca costa en el mundo sin riesgo, sin dificultad, sin esa enajenación de sí mismo»? Todo hombre sensato responderá: «Muchas gracias; declino el obsequio.» Mas en amor no hay hombres ni mujeres sensatos. La esencia de locura que encierra el amor se extiende por todos sus grados y manifestaciones, desde las más groseras a las más sublimes. Hasta en el caso del libertino o del rufián que encuentra a una mujer, que, naturalmente, no es una vestal, y sólo ve en ella una

esclava posible o un entretenimiento, hay el peligro del amor. Eros acecha en todos los lugares, y los que repiten sus palabras y reproducen sus gestos, aunque sea sin emoción, se exponen a que el mito se convierta en realidad, a que surja la llama misteriosa del dios. Decía usted antes: «¿Cómo ha de sentir celos el hombre que sabe, que ve, que consiente?» Pues sí; ese hombre tendrá celos de tal accidente, aunque no lo tenga de la substancia, o los sentirá en particular, no sintiéndolos en general, y podrá ser un instrumento del monstruo, un parodiador trágico de los vengadores calderonianos.

GONZÁLEZ.—¡Vengador de una honra que no existe! Entonces ¿Juan José?

RODRÍGUEZ.—Sí, Juan José. El drama más representado en la realidad.

GONZÁLEZ.—¿Sabe usted lo que le digo? Que todo eso es falta de dinero y falta de moralidad. Con dinero, los matadores de mujeres no tendrían que matarlas, y con un poco de moralidad, no se meterían en esos tratos. Mientras no haya ni lo uno ni lo otro seguirán, seguirán.



# INDICE

---

	<u>Páginas.</u>
I.—El valor de amar. . . . .	5
II.—La elegía del sombrero. . . . .	12
III.—El erudito. . . . .	17
IV.—La tertulia . . . . .	26
V.—La vuelta a Italia. . . . .	32
VI.—Mal de ojo . . . . .	39
VII.—Nochebuena de antaño. . . . .	44
— VIII.—La conquista . . . . .	53
— IX.—La principianta. . . . .	62
X.—El hombre serio en París. . . . .	67
XI.—La Nochebuena en el submarino . . . . .	74
XII.—La comedia de las ideas.—La voluntad . . . . .	78
XIII.—El hombre que deseó envejecer . . . . .	82
— XIV.—La Doro. . . . .	87
XV.—Los tres reyes. . . . .	91
XVI.—Comida de taberna. . . . .	95
XVII.—La Naturaleza. . . . .	102
XVIII.—Un poeta se aburre... . . . .	108
XIX.—Al volver de la boda . . . . .	113
XX.—Vida y aventuras de un libro de texto. . . . .	117
— XXI.—La muñeca . . . . .	123
XXII.—El disfraz. . . . .	127
XXIII.—Mujeres de España.—Barbarita. . . . .	132
XXIV.—La poesía que pasa. . . . .	136
XXV.—Las tarjetas. . . . .	139
XXVI.—Cuento de hadas moderno. . . . .	143
XXVII.—El sapo. . . . .	148
XXVIII.—Después de la guerra . . . . .	153

XXIX.— <i>For ever</i> . . . . .	161
XXX.—En el baile . . . . .	166
XXXI.—Paradoja del historiador. . . . .	170
XXXII.—El imposible vencido. . . . .	176
XXXIII.—Vagando . . . . .	180
XXXIV.—Paradoja del juego. . . . .	184
XXXV.—Jóvenes y viejos. . . . .	188
XXXVI.—El crimen de ayer y el de siempre. . . . .	192



# MONOGRAFÍAS "CALPE" DE BIOLOGÍA Y MEDICINA

PUBLICADAS BAJO LA DIRECCIÓN DE LOS DOCTORES RAMÓN Y CAJAL, MADINAVEITIA, GOYANES, PITTALUGA Y LAFORA.

## VOLUMENES EN VENTA

- Origen, formación y evolución del folículo de Degraaf**  
Histogénesis del cuerpo lúteo, por el doctor G. Guílera Molas (L.).—Un volumen en tela, 4 pesetas.
- Estudio clínico de la tuberculosis gangliopulmonar en los niños.** por el doctor García del Diestro (J.).—Un volumen en tela, 4 pesetas.
- Pneumotórax artificial.** por el doctor Reventós (J.).—Un volumen en tela, 10 pesetas.
- Tratamiento de la úlcera del estómago,** por el doctor Fernández y Martínez (F.).—Un volumen en tela, 4 pesetas.
- Sífilis, blenorragia y matrimonio,** por el doctor Sainz de Aja (E. A.).—Un volumen en tela, 10 pesetas.
- Análisis clínico de los esputos,** por el doctor Dargallo (R.).—Un volumen en tela, 10 pesetas.
- Diagnóstico y tratamientos modernos de la neurosífilis,** por el doctor Lafora (G. R.).—Un volumen en tela, 8 pesetas.
- Los leucocitos eosinófilos y la eosinofilia.** por el doctor Jiménez Asúa (F.).—Un volumen en tela, 6 pesetas.
- El suero antidiftérico.** Fundamentos, producción y aplicaciones, por el doctor Murillo (F.).—Un volumen en tela, 7 pesetas.
- La rabia.** por García Izcara (D.).—Un volumen en rústica, 10 pesetas.
- La adrenalina,** por el doctor Sopena (J.).—Un volumen en rústica, 8 pesetas.

# OBRAS VARIAS

DE

## BIOLOGIA Y MEDICINA

EDITADAS POR CALPE Y PUBLICADAS BAJO LA DIRECCIÓN DE LOS DOCTORES RAMÓN Y CAJAL, GOYANES, MADINAVEITIA, PITTALUGA Y LAFORA.

### VOLUMENES EN VENTA

- A. R. Cushny.—La secreción de la orina.—Traducido del inglés por el doctor Sopeña (J.).—Un tomo, 16 pesetas.
- R. Turró.—Los fermentos defensivos de la inmunidad natural y adquirida.—Un tomo, 8 pesetas.
- R. C. Cabot.—Ensayos de Medicina social.—Traducido del inglés por la doctora González Barrio (N.).—Un tomo, 5 pesetas.
- Hewlett.—Manual de Bacteriología.—Traducido del inglés por el profesor Sadí de Buen.—Un voluminoso tomo con muchos grabados. En rústica, 27 pesetas; en tela, 30.
- Enrique Suñer.—Enfermedades de la infancia (segunda edición).—En rústica, 90 pesetas; en tela, 105.
- Eskuchen.—La punción lumbar.—Traducido del alemán por el doctor Corral (J. M.<sup>a</sup> de).—En rústica, 10 pesetas; en tela, 13.
- E. Fernández Galiano.—Morfología y biología de los protozoos.—Un volumen, 12 pesetas.

Fourneau y Madinaveitia.—Síntesis de medicamentos orgánicos.—Un tomo, 20 pesetas.

Nicolle.—Antígenos y anticuerpos.—Traducido del francés por el doctor Jiménez (J.).—Un tomo, 3,50 pesetas.

Bigotteau y Bissauge.—Enfermedades del carnero.—Traducido del francés por Campuzano (T. R.).—En rústica, 12 pesetas; en tela, 15.

Garrison.—Historia de la Medicina.—Traducido del inglés por el doctor García del Real (E.).—Dos tomos, con muchas ilustraciones.—En rústica, 40 pesetas; en tela, 50.

Albee.—Cirugía de los injertos óseos.—Traducido del inglés por el doctor Mata (T. R.).—En rústica, 15 pesetas; en tela, 18.

Guttmann.—Elementos de Física.—Traducido del alemán por el profesor Palacios (J.).—Un tomo en rústica, con muchas ilustraciones, 12 pesetas.

Oreste.—Enfermedades infecciosas de los animales domésticos.—Traducido del italiano por García Izcarrá (D.) y Pittaluga (G.).—En rústica, 20 pesetas; en tela, 25.

Serrallach.—Higiene y peligros de la generación.—Un tomo, con grabados y láminas, 3 pesetas.

#### EN PRENSA

Hertzler.—El peritoneo.—Traducido del inglés por el doctor Torre y Blanco (J.).

Gradwohl y Blaivas.—Nuevos métodos de análisis químico de la sangre y la orina.—Traducido del inglés por el doctor Corral (J. M.<sup>a</sup> de).

Hoffmann. — Los médicos alemanes en la guerra mundial. — Traducido del alemán por varios médicos españoles.

Schwalbe. — Tratamiento de las enfermedades urgentes. Traducido del alemán por diversos especialistas españoles.

Müller. — Terapéutica del médico práctico. — Traducido del alemán por varios médicos españoles.

Noorden. — La diabetes y su tratamiento. — Traducido del alemán por el doctor Delceto (G.).

Winterstein. — La narcosis. — Traducido del alemán por el doctor Goyanes (J.).

Eichwald y Fodor. — Fundamentos fisicoquímicos de la Biología. — Traducido del alemán por el profesor Palacios (J.).

Newman. — La biología de los gemelos (mamíferos). — Traducido del inglés por Zulueta (A. de).

Max Nonne. — Sífilis y sistema nervioso. — Traducido del alemán por Martín Alcalá (L.).

Raecke. — Compendio de diagnóstico psiquiátrico. — Traducido de la octava edición alemana por Mira (E.).

### PRÓXIMAMENTE

Elementos de higiene, por el profesor Hugo Selter, director del Instituto de Higiene de la Universidad de Königsberg.

Tratado de dietética, por el doctor Theodor Brugsch.

Técnica auxiliar médica, por el profesor G. Freichser von Saar.

Tratado de psiquiatría, por el profesor Bleuler.

# LOS NUEVOS

---

*En esta colección CALPE irá dando a conocer las obras de los escritores nuevos españoles y americanos que son poco conocidos.*

PRIMER LIBRO PUBLICADO:

**La última cigüeña**, por Félix Urabayen.—  
Un tomo de 224 páginas, con artística cubierta, 3,50 pesetas.

---

## OBRAS DE JULIO CAMBA

---

TRES LIBROS DE VIAJES:

**Alemania.**

**Londres.**

**Playas, ciudades y montañas.**

Precio de cada volumen, 3,50 pesetas.

# LOS GRANDES VIAJES CLASICOS

## VOLÚMENES PUBLICADOS POR CALPE:

- 1 y 2.—Speke (J. H.): Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo.—Dos tomos, con grabados y un mapa. Cada tomo, 4 pesetas.
- 3 y 4.—Bougainville (L. A. de): Viaje alrededor del mundo. Dos tomos, con cartas y grabados. Cada tomo, 3,50 pesetas.
- 5 y 6.—Bernier (F.): Viajes al Gran Mogol, Indostán y Cachemira. Dos tomos, con grabados, láminas y cartas. Cada tomo, 3 pesetas.
- 7.—La Condamine (C. de): Viaje a la América Meridional. Un tomo, con una lámina y un mapa, 3 pesetas.
- 8.—Matthews (J.): Viaje a Sierra Leona, en la costa de Africa. Un volumen, con un mapa, 2,50 pesetas.
- 9 y 10.—Darwin (C.): Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo. Dos tomos, con grabados y mapas. Cada tomo, 4 pesetas.
- 11, 12 y 13.—Cook (J.): Relación de su primer viaje alrededor del mundo. Tres tomos. En prensa.
- 14, 15 y 16.—Cook (J.): Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del mundo. Tres tomos, con 32 grandes láminas fuera de texto y mapas. Cada tomo, 4 pesetas.
- 17.—Núñez Cabeza de Vaca (Alvar): Naufragios y comentarios de... Un tomo, con mapas, 4,50 pesetas.
- 18.—Colón (Cristóbal): Viajes. Un tomo, con un mapa, 4 pesetas.

## EN PRENSA

Ross (John): Narración de un segundo viaje en busca del paso del Noroeste. Dos tomos.

Mungo Park: Viajes por las regiones interiores de Africa.

López de Gomara (F): Historia general de las Indias. Dos tomos.

Hernán Cortés: Cartas de relación sobre la conquista de Méjico. Dos tomos.

Cieza de León (Pedro): La crónica del Perú.

Pigafetta: Primer viaje alrededor del mundo.

Dumont D'Urville: Viaje alrededor del mundo.

Camerón: A través del Africa.

Schweinfurth: En el corazón del Africa.

Burton (R.): Aventuras en el Dahomey.

Clavijo (Ruy González de): Vida y hazañas del Gran Tamorlán.

Bonneville (B. L. E.): Las montañas rocosas.

Hernández (Luis): Relación de Omagua y El Dorado.

Clapperton: Viaje al Africa Central.

Wood Rogers: Viaje alrededor del mundo.

La Perouse: Viaje alrededor del mundo.

Carver (Jonathan): Viajes por el interior de América Septentrional, 1766-1768.

Caillié (Renato): Diario de un viaje a Tumbuctu y a Yenne, en el Africa Central.

Dampier (Guillermo): Nuevo viaje alrededor del mundo, 1697.

# BIBLIOTECA AGRICOLA ESPAÑOLA

EDITADA POR CALPE Y PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE D. LUIS DE HOYOS SÁINZ. CON LA COLABORACIÓN DE INGENIEROS AGRÓNOMOS, CATEDRÁTICOS, VETERINARIOS, PERITOS AGRICOLAS, AGRICULTORES Y GANADEROS DE ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA.

**Tratados generales y especiales en prensa y en preparación de las XV series.**

- I. — Topografía agrícola y Agrimensura, por Pascual Doderó (J.). — Motores térmicos y de explosión, por Fernández Montes (J.). — Motores animados, por Canizo (J. del). — Química general agrícola, por Martínez Strong (P.). — Análisis químico general y mineral agrícola, por Campo (A. del). — Zoología descriptiva agrícola: vertebrados, por Cabrera (A.). Hidráulica agrícola, por Lorenzo Pardo (M.).
- II. — Hidrología general agrícola, por González Quijano (P. M.). — Aguas subterráneas: Investigación y aprovechamiento, por Fernández Navarro (L.). — Geología agrícola general y española, por Hoyos Sáinz (L. de). — Fisiología vegetal agrícola, por Crespi (L.). Botánica descriptiva agrícola: fanerógamas, por Dantin (J.).
- III. — Crédito agrícola, por Redonet (L.). — Tratado jurídico de aguas y riegos, por Jordana de Pozas (L.). Asociación y cooperación agrícolas, por F. de Velasco (R.). — Valoración agrícola y Catastro, por Salazar (Z.). — Diccionario consultor de legislación rural, por Casso (I. de). — Tratado jurídico de la propiedad rústica, por Buen (P. de).
- IV. — Los abonos y la fertilización de la tierra, por Quintanilla (G.). — El estiércol: preparación y empleo, por Navarro de Palencia (J.). — El agua en la finca: Manual de riegos, por Lapazarán (J. C.). — Labores de cultivo general, por Cascón (J.). — El motocultivo: tractores agrícolas, por Velázquez (A.).
- V. — Entomología agrícola, por García Mercet (R.) y Boívar (C.). — Enfermedades del olivo, por Navarro (L.). — Botánica criptogámica agrícola, por González Fragoso (R.).

- VI.**—**Tabéculos y raíces: la patata**, por Fernández Creapo (D.).—**Horticultura general especial**, por Gayán (M. M.<sup>a</sup>).—**El maíz**, por Carmena (P.).—**Pastos y prados**, por Naredo (M.) y Bajo (E.).—**Remolacha azucarera**, por Díaz Alonso (M.).—**El arroz y su cultivo**, por García Montesoro (E.).
- VII.**—**Jardinería y floricultura**, por Priego Jaramillo (M.).—**Reconstitución de la vid: portainjertos e injertos**, por Quinto (F. de P.).—**El naranjo: cultivo y explotación**, por Fon de Mora (R.).—**Arboles de fruto seco (almendro, avellano, nogal y castaño)**, por Rueda (M. M.<sup>a</sup>) y Uzuquiza (J. J.).
- VIII.**—**Flora forestal española**, por Romero (F.) y Esteve (M.).—**Geografía forestal y selvícola de España**, por Baró (F.).—**Ordenación y valoración de montes**, por Florrieta (O.).—**Patología forestal**, por Aulló (M.).—**El alcornoque y el corcho**, por Ugarte (J.) y Velaz (I.).—**Eucaliptos y su explotación**, por Buisan (A.).—**Repoblación de montes**, por Florrieta (E.).
- IX.**—**Plantas medicinales y aromáticas**, por López Mateo (R.).—**El café**, por Gómez Flores (E.).—**Arboles tropicales**, por Solá (V. M.<sup>a</sup> de).
- X.**—**Enología y vinificación**, por Oliveras (C.).—**Destilería agrícola**, por Dabeo (A.).—**Industrias tártreas y cítricas**, por Bellver (J.).—**Vinificación en países cálidos**, por Marcella (J.).
- XI.**—**Terapéutica clínica veterinaria**, por Saldaña (G.).—**Alimentación de los animales domésticos**, por Iglesias (A.).—**Patología general veterinaria**, por Morros (J.).—**Enfermedades infecciosas y parasitarias de animales domésticos**, por Campuzano (T.).—**Enfermedades de los equinos**, por Medina (M.).—**Enfermedades del ganado de cerda**, por Ruiz Folgado (J.).—**Enfermedades del ganado vacuno**, por Sáiz (I.).—**Veterinaria forense. Medicina legal y Toxicología**, por Martínez Baselga (P.).
- XII.**—**Ganadería bovina: variedades y explotación**, por Ros Codina (J.).—**Ganado lanar: razas, explotación y enfermedades**, por Fernández Turégano (F.).—**El ganado cabrío**, por Sanz España (C.).—**El perro: razas, higiene y enfermedades**, por Buerta (A.).—**Agricultura general**, por Calderón (B.).
- XIII.**—**Piscicultura y pesca**, por Rioja (J.).—**Aplicultura: la miel y la cera**, por Trigo (J. T.).—**Industrias de la leche: quesos y mantecas**, por Alvarado (V.).
- XIV.**—**Administración y contabilidad agrícola y pecuaria**, por Torrejón (A.).—**Comercio agrícola**, por Bernacer (G.).
- XV.**—**Costa y la agricultura nacional**, por Costa (T.).—**Agricultura general de Alonso de Herrera**, por Hoyos Sáiz (L. de).

# LOS HUMORISTAS

## TITULOS PUBLICADOS POR "CALPE"

- Julio Camba.—La rana viajera.—Cuatro pesetas.
- Arnold Bennet.—Enterrado en vida.—Trad. del inglés por Vicente Vera. Cuatro pesetas.
- El «matador» de Cinco-Villas.—Trad. del inglés por C. Rivas Cherif. Cuatro pesetas.
- La viuda del baleón, y Otros cuentos de Cinco-Villas.—Traducido del inglés por C. Rivas Cherif. Cuatro pesetas.
- René Benjamín.—Gaspar.—Trad. del francés por Manuel Azaña. Cuatro pesetas.
- Jorge Courteline.—Los señores chupatintas.—Trad. del francés por Nicolás González Ruiz. Cuatro pesetas.
- Boubouroche.—Trad. del francés por Nicolás González Ruiz. Tres pesetas.
- H. S. Harrison.—Queed, el doctorecillo.—Trad. del inglés por Juan de Castro.—Dos tomos. Cada uno tres pesetas cincuenta céntimos.
- Eugenio Heltai.—«Family Hotel» y Mi segunda mujer.—Traducido del húngaro por Andrés Révész. Cuatro pesetas.
- Manuel VII y su época.—Trad. del húngaro por Andrés Révész. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Gómez de la Serna.—Disparates.—Cuatro pesetas.
- Pedro Veber.—Los cursos.—Trad. del francés por José A. Lucngo. Tres pesetas.
- Antón Chejov.—Historia de una anguila, y otras historias.—Trad. del ruso por Saturnino Ximénez. Tres pesetas cincuenta céntimos.
- Esteban Szomahazy.—El dramaturgo misterioso.—Trad. del húngaro por Andrés Révész. Tres pesetas.

## PROXIMAMENTE

- Humoristas húngaros (Antología de).—Trad. del húngaro por Andrés Révész.
- Kálmán de Mikszáth.—Gente de rumbo, y El caftán del sultán.—Trad. del húngaro por Andrés Révész.
- Eugenio Heltai.—Los siete años de hambre, y Cuentos.—Traducido del húngaro por Andrés Révész.
- Gómez de la Serna.—El Incongruente.



# COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS  
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES  
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS  
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien  
páginas, cada mes, al precio de CIN-  
CUENTA CENTIMOS cada número

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL  
O ANUAL  
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 680 números publicados desde julio de 1919 a  
— — septiembre de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,  
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,  
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE  
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,  
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,  
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-  
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-  
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,  
STAEI (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,  
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

## CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13